

LA INFANCIA DE LOS DICTADORES

**POL POT, AMIN DADA, STALIN, GADAFI, HITLER, FRANCO, MAO, MUSSOLINI, SADAM HUSEIN Y
BOKASSA**

VÉRONIQUE CHALMET



Adolf Hitler el 5 de mayo de 1889.

Fuente: Adolf Hitler, Kinderbild. Bundesarchiv Bild 183-1989-0322-506/ ca. 1889/1890 /
Fotógrafo desconocido.
© BY-SA 3.0.



Adolf Hitler cuando tenía 10 años.

Fuente: © Dominio Público.

Título original en francés:

L'enfance des dictateurs

© Éditions Prisma, 2013

© De la traducción: Heber Ostro

Corrección: Marta Beltrán Bahón

Diseño de cubierta: Enric Jardí

Primera edición: octubre, 2019, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Avenida del Tibidabo, 12 (3º)

08022 Barcelona, España

Tel. (+34) 93 253 09 04

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

Preimpresión: Moelmo, S.C.P.

www.moelmo.com

eISBN: 978-84-17835-31-6

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

PREFACIO

Los diez personajes que analiza este libro definieron en gran parte los trazos de nuestro mundo. Hitler, Stalin o Mao demostraron, en el peor sentido, que un solo hombre puede modificar la historia del mundo, desplazar las fronteras, deportar o diezmar poblaciones hasta el punto de cambiar la fisonomía de países enteros. ¿Por qué diablos existen hombres de esta calaña? ¿En qué momento se transformaron en tiranos? ¿Acaso no fueron en algún momento niños inocentes? ¿Qué tipo de sufrimiento pudo engendrar a estos hombres brutales, asesinos, insensibles? Los padres de los jóvenes Stalin y Hitler los golpeaban salvajemente, pero todos los niños maltratados no se transforman en asesinos. Amin Dada vio cómo la bruja de su madre preparaba pócimas basadas en fetos, pero todos los hijos de criminales no pierden absolutamente el sentido de la compasión. Pol Pot vivió experiencias sexuales traumáticas durante su adolescencia en el harén del rey de Camboya, pero no todos los niños abusados buscan vengarse con un pueblo entero... No, más allá de lo que hayan vivido durante sus primeros años, nada justifica sus futuros crímenes. El destacado trabajo de Véronique Chalmet —una síntesis original basada en investigaciones inéditas—, nos muestra que todos llegaron a edad adulta llenos de frustraciones y fisuras psicológicas, desequilibrados, incapaces de entablar relaciones humanas normales. Un día, estos «fracasados sociales» se toparon con una situación histórica excepcional, una crisis de civilización, una guerra, una revolución. Así, en una alquimia imprevisible, la embriaguez de la omnipotencia se apoderó de esas almas atormentadas. Para ellos, la moral ordinaria había dejado de regir...

Las diez infancias de dictadores que Véronique Chalmet explora en esta obra dan miedo, porque todo lo que vivieron en sus años de formación, todo lo que sintieron nos resulta en realidad familiar: se trata de sentimientos humanos, miedos, ira y frustraciones que, después de todo, nos resultan cercanos. Estos sujetos son de nuestra misma especie. ¿Cómo podríamos protegernos de ellos?

Jean-Pierre Vriгдаud

Responsable editorial de *Ça m'intéresse Histoire*

1. POL POT

Un halo dorado coronaba Prek Sbauv, un pueblo habitado por unas quince familias, al borde del río Sen, en el noreste de Camboya. Algunas barcazas de pesca ya habían abandonado la orilla para subir hacia el lago Tonlé Sap, donde abundaba el pez gato. Cuando pasaron delante de la casa de pilotes más grande, ubicada en la orilla decorada con buganvillas exuberantes, los pescadores escucharon unos gemidos prolongados. Un hombre vestido de negro, el *kru'u* (brujo) del pueblo, se dirigía de prisa hacia la casa de la que provenían los gritos. Detrás de él, una matrona que haría de partera llevaba una cesta llena de sábanas, inciensos y velas, todo destinado a calmar los ánimos.

La esposa de Phem Saloth estaba a punto de parir a su octavo hijo.

Saloth Sar, el «Blanco», así llamado por su semblante pálido heredado de sus ancestros chinos, nació en marzo de 1925, un año situado bajo el signo del búfalo. Tal como se acostumbraba, la madre inscribió su nombre en una de las paredes de la casa y predijo: «Mi hijo será como este animal: perseverante y organizado. Inspirará confianza en los demás, pero no tendrá piedad para vengarse si se siente traicionado...». Un rasgo de la personalidad que, cincuenta años después, se transformaría en un delirio paranoico cuando Sar, devenido Pol Pot, fuera el jefe de los Jemeres rojos —un déspota obsesionado por los complots y las traiciones, responsable de más de dos millones de muertes—.

Entre dos mundos

Por el momento, el recién nacido cuyo destino aún no estaba escrito, era tranquilo y colmaba a su madre de esperanza. Antes de su nacimiento, otros tres hijos habían muerto siendo muy pequeños, dos niños y una niña. Sok Nem sentía más nostalgia que tristeza; para los budistas jemeres la vida de aquí abajo es sólo una etapa de una larga procesión de encarnaciones sucesivas. Las almas de los muertos habitan el mundo invisible, que los camboyanos desde muy jóvenes aprenden a temer y honrar. La más importante de estas entidades es *Neak Ta*, el ancestro fundador del pueblo o la aldea, el primero que labró la tierra para cultivarla y fundar allí la comunidad. Saloth Sar apenas había aprendido a caminar y ya debía hacer ofrendas de frutas y agua perfumada para esa deidad tutelar, así como a sus propios ancestros, y se inclinaba con temor delante de sus restos conservados en la *stupa* (túmulo) erigida detrás de su casa. Sok Nem era una mujer piadosa, muy respetada en su comunidad, que procuraba que sus hijos fueran fieles a sus raíces étnicas y espirituales. Le inculcó a Saloth Sar, al igual que a sus cuatro hermanos y a su hermana, un amor incondicional por su tierra natal, el *srok*, una conquista de los campesinos a la naturaleza. Pero también los crió con leyendas atemorizantes sobre los poderes oscuros que dominaban el bosque... y sobre las tribus ancestrales y guerreras que se habían instalado allí.

Los primeros años de Sar se sucedieron entonces colmados de un éxtasis infantil, mezcla de terror y fascinación, entre la perspectiva domesticada de los arrozales y la sombra primordial de la jungla.

Siempre conservó un profundo respeto por esas dos facetas de su identidad nacional: la fuerza campesina y la preponderancia de la agricultura en la construcción del país, pero también por los orígenes «salvajes» y fantásticos del pueblo jemer. Es más, las primeras rondas de propaganda de los Jemeres rojos se realizaron en el corazón de los bosques... A los veinte años, Saloth Sar eligió el pseudónimo «Jemer Daeum», que significa el «Jemer ancestral». En 1970, cuando ya era el líder principal del Partido Comunista de Kampuchea (CPK), se rodeó de una guardia personal de setenta guerreros provenientes de una tribu de las montañas del norte, hombres de roble famosos por su ferocidad y su obediencia a cualquier costo. Pol Pot, alias Saloth Sar, los apreciaba muy especialmente, dado que recordaba haber aprendido él mismo, desde su más tierna infancia, el valor de una disciplina implacable...

En ese comienzo de siglo xx, la educación jemer se apoyaba en el miedo a la sanción y el respeto por una jerarquía tácita pero inamovible: a partir de los cinco o seis años, los niños debían someterse a la voluntad de los mayores, privilegiando a los notables de su comunidad: los monjes budistas y los educadores. Estos últimos empleaban y abusaban de los castigos corporales cuando no se les hacía caso o las lecciones no eran aprendidas de la mejor manera: palazos, humillaciones, golpes de puño y patadas eran moneda corriente. Sin embargo, a aquellos que se ocupaban del alimento y la instrucción se les tenía una gratitud desmedida. No se estimulaba ni la reflexión personal ni la discusión. Prevalcían los supuestos, y el niño jemer debía aprender a adivinar y ejecutar la voluntad de los adultos sin que fuera ni siquiera necesario formularle órdenes directas. ¡Lo ideal era anticiparse a los deseos de los jefes! Una «pedagogía» perniciosa que, en períodos de crisis personal o colectiva, favorecía la paranoia y enturbiaba los códigos morales... Esta adhesión pseudovoluntaria y absoluta a la autoridad sería además explotada al extremo por los Jemeres rojos, lo cual derivó en asesinatos y delaciones en todos los niveles.

Los padres del joven Sar respetaban la norma de esa severidad tradicional. Golpeaban a sus hijos, les enseñaban que expresar sus emociones era intolerablemente impudoroso. Saloth Neap, el joven hermano de Saloth Sar que nació un año y medio después que él, afirmó que nunca había visto a sus padres enojados. Ninguna manifestación de humor, tampoco risas a carcajadas: «Nuestro padre a veces sonreía, pero nunca hacía bromas. Era muy calmado. Mi madre era como él, y se entendían perfectamente». A los niños no les toleraban ningún tipo de desborde. En ese sentido, su penúltimo hijo superó las expectativas. Incluso cuando lo corregían, era raro verlo llorar. Sar nunca se quejaba y tenía una mirada inquisidora sobre los demás, imperturbable y seguro de sí mismo. Su hermano menor afirmó que Sar se mostraba siempre «gentil» pero también «dominador». Estos dos hermanos eran inseparables, dado que eran los de edades más cercanas. Al igual que sus hermanos mayores, Sar cuidaba a Neap y orientaba sus juegos. Sin embargo, su rol fraterno no

explicaba el malestar que sentía el menor: «Nadie podía saber lo que él pensaba. Nadie hubiera podido adivinar sus intenciones».¹ A pesar de todo, Neap admiraba a su impenetrable hermano mayor y lo seguía en sus largos paseos tutelados por la jungla. Los dos niños se divertían siguiendo las pistas de los elefantes salvajes, que en ciertas ocasiones pasaban por el pueblo camino a la orilla del gran lago donde se refrescaban. Saludaban con gritos de alegría a los hombres que partían a cazar cerdos salvajes, armados con lanzas y montados en búfalos. Pero entre los cuatro y los seis años, los niños debían ayudar a sus familias. «Soy hijo de un campesino. Me acostumbré a participar en los trabajos del campo cuando era niño. Era algo habitual», confesó con orgullo Pol Pot.² Al atardecer, cuando los campesinos abandonaban los arrozales, Sar y Neap se instalaban uno al lado del otro en unas hamacas atadas a los árboles, para mantenerse a salvo de los escorpiones y las serpientes. Poco después, escuchaban a los narradores. Noche tras noche, se dormían cerca del fuego entre historias de brujas, ogros y espectros sanguinarios listos para surgir desde las brumas jemer...

La vía real

Phem Saloth y Sok Nem eran campesinos de buen pasar, algunos los consideraban ricos en base a los criterios locales. Eran dueños de una docena de hectáreas de arrozales y de varios búfalos y convocaban como mano de obra a vecinos menos ricos que ellos para trasplantar el arroz. Los padres de Sar aprovecharon el legado del abuelo paterno, una figura heroica de la familia, que se transformó casi en una leyenda para los nietos que lo veneraban a pesar de no haberlo conocido.

A mediados del siglo XIX, el abuelo había vivido el período en el que Vietnam y Siam (futura Tailandia) se disputaban la conquista del reino jemer en decadencia. Al cabo de numerosos combates signados por masacres y saqueos, vietnamitas y siameses declararon el fin de las hostilidades. Cada bando conservó las provincias camboyanas anexadas, pero ambos mantuvieron sus ambiciones sobre el resto del territorio. Con el objetivo de frenar el previsible desmantelamiento de su país, el rey jemer Ang Duong, aconsejado por Monseñor Miche, vicario apostólico en Camboya, decidió solicitar en 1853 la intervención de Francia. Pero lo que Camboya ganó en seguridad lo perdió en libertad. Diez años más tarde Norodom I, el hijo del monarca, aceptó el protectorado y firmó un acuerdo que progresivamente debía integrar a Camboya a la Indochina francesa. En esos tiempos, el abuelo de Saloth Sar se había refugiado en los bosques para escapar de los invasores. Había sobrevivido a la hambruna y a los asesinatos. Más tarde, de regreso en su aldea, había logrado cultivar su parcela de tierra a pesar del caos imperante. Con el correr de los años, acumuló tierras y se transformó en un notable de Prek Sbauv. El siete de marzo de 1885, el intrépido abuelo integró la revuelta contra los colonizadores franceses, pero fue asesinado en una emboscada, justo frente a la casa familiar, en la orilla opuesta del río.

Phem Saloth, que había visto morir a su padre delante de sus ojos, narraba ese final con mucho orgullo y un heroísmo que derramaba sobre las generaciones siguientes: para recompensar la lealtad del patriarca, el gobernador de la provincia, un ferviente realista, había introducido a la familia en la corte. Cheng, la tía paterna de Sar, ingresó al servicio del rey Sisowath y su hija, Meak, pasó a ser una de las concubinas del príncipe heredero Monivong a fines de los años 1930. Rápidamente, Meak le dio un hijo —el Príncipe Kossarak— y obtuvo el grado de *Khun Preah Moneang Bopha Norleak* (el equivalente jemer de *lady*) y accedió al rango privilegiado de favorita del futuro rey. Considerada una de las mujeres más importantes de palacio, presentó a Roeung, la hermana de Sar, que por entonces tenía dieciséis años, a Monivong, que aceptó integrarla también a su gineceo.

Las jóvenes primas se integraron así a la elite camboyanas, pasaron sin transición de los arrozales a los salones palaciegos, compartiendo la misma cama real... Monivong instaló a Roeung en una residencia estupenda, la cubrió de joyas, le obsequió pieles y un automóvil. Suong, el hermano mayor de Sar, se integró como funcionario en la corte del rey, allí conoció y luego se casó con una bailarina del Ballet real. En 1934, Sar fue enviado a estudiar a Phnom Penh; Neap lo acompañó poco tiempo después. Los dos jóvenes fueron admitidos en la pagoda Wat Botum Vaddei, cercana al palacio.

«Viví seis años en la pagoda. Y fui monje durante dos años. ¡Usted es la primera persona a la que le cuento mi biografía!», declaró Pol Pot con su sonrisa habitual en 1978, en una entrevista para la televisión yugoslava. La «biografía» en cuestión evidentemente era una fantasía: como acostumbraba, el déspota reescribió la historia para exaltar su imagen de patriota. En realidad, Sar nunca fue monje. Sólo pasó unos meses en Wat Botum para seguir la educación tradicional. Acogido como novicio, aprendió a leer y escribir en lengua jemer y las bases del budismo. Los códigos sociales y la cortesía eran allí principios fundamentales. El monasterio representaba una verdadera ciudad dentro de la ciudad, y propiciaba la adaptación cultural y política: el objetivo era educar a los futuros ciudadanos para que aprendieran a mantenerse en su lugar y obedecer. El novicio vestido de color carmesí se formaba allí en las reglas de la vida en colectividad, debía aceptar sin protestar los suplicios domésticos más ingratos, servir a los monjes, rezar, aprender a comportarse correctamente y con moderación, soportar todo sin rebelarse jamás... Sar no fue un alumno brillante, estudiaba por obligación y sin curiosidad ni aplicación excesiva. En cambio, la disciplina le convenía maravillosamente. No tanto para plegarse a ella, ¡sino para utilizarla en su propio beneficio! Se destacaba en el manejo de las apariencias, exhibía una sonrisa digna de la más intensa beatitud, imitaba perfectamente la cadencia tranquila de los monjes. Así, pasó a formar parte de los alumnos mejor considerados. Sar descubrió con mucho interés esa forma de comunidad en la que la jerarquía, aunque no fuera explicitada, estaba rigurosamente organizada. A medida que la comprendía y la integraba, su pensamiento era moldeado por esa noción de autoridad subyacente... *Actuar en las sombras. ¡Conservar el orden sin revelar que uno ocupa la cima de la pirámide!* El futuro Pol Pot tomó de allí la inspiración para establecer su dictadura y sólo reveló públicamente su posición de jefe —en tanto que «hermano nº1»— en 1975, cuando los Jemeres rojos estaban sólidamente instalados en el poder.

En Wat Botum, el joven Sar sólo tuvo un breve panorama de los engranajes que permitían instaurar el orden. Pudo observarlo con mayor detenimiento en la escuela primaria Miche, institución fundada en 1911 por los colonizadores.

Una sonrisa tan agradable

«¡Míreme! ¿Parezco malvado? ¿Parezco violento? ¡Para nada! Tengo la conciencia tranquila, eso lo tengo muy claro», afirmó Pol Pot en 1997. Efectivamente, Sar nunca fue un camarada difícil o temperamental. Inspiraba confianza de entrada y cultivaba esa impresión repitiendo una de las frases preferidas de su madre: «Cuando hacemos algo, tenemos que hacerlo a la perfección». En realidad, esa idea ilustraba perfectamente la ambigüedad que siempre lo acompañó: la perfección según Pol Pot no consistía en hacer las cosas *bien* —noción moral que como quedó demostrado le era ajena— sino en hacer las cosas *hasta las últimas consecuencias*. Jamás negó el genocidio de su propio pueblo, pero simplemente lo calificó como un «error» causado por «la falta de experiencia». El estudiante Sar ya poseía esa terrible frialdad emocional. Ni sus amigos ni su hermano podían recordar alguna exuberancia o algún tipo de desborde: ni fascinación ni tristeza ante el desarrollo de su propia existencia. Años más tarde, Neap confesaría con impotencia: «Era una persona honesta. Se esforzaba en el estudio. Era tan calmo... Me pregunto cómo una persona tan agradable pudo hacerle mal al pueblo camboyano. A menudo me hago esa pregunta...». Menos de un año después de haber ingresado al monasterio, Sar fue admitido en septiembre de 1935 en la escuela Miche, llamada así en homenaje al prelado francés que promovió los acuerdos con Francia. Los negocios de sus padres marchaban muy bien y podían ofrecerle a su hijo una educación privilegiada: muy pocos niños jemerres tenían la posibilidad de escolarizarse.

Sar pasó así del budismo al catolicismo, del jemer al francés. Sus profesores eran vietnamitas o europeos: ¡lo guiaban los enemigos del pasado y los colonizadores del presente! Pero el joven, imperturbable, no dejaba entrever nada de lo que sentía... La escuela Miche era un establecimiento de unos mil alumnos, la mayoría eran vietnamitas y provenían de familias de funcionarios de alto nivel. Luego, seguían los jemerres adinerados con relaciones con el poder real, los hijos de expatriados y algunos chinos enriquecidos gracias al comercio. Esa paleta étnica era un reflejo de la población de Phnom Penh, una capital cosmopolita que compartían distintas comunidades: el barrio francés en el norte, el jemer al sur, cerca del palacio. Sar vivió primero en casa de su hermano Suong y luego en la de su hermana Roeung. Asistía al espectáculo extraño y perturbador de una realeza en decadencia, cuya política era dictada por Francia, pero cuyo rey seguía siendo tratado por su pueblo como un dios vivo. Transportado en palanquín, adulado, Monivong era el heredero de los reyes de Angkor, último vestigio de una grandeza pasada y de un imperio desaparecido cinco siglos antes, devorado para siempre por la jungla. Cuando era un muchacho, Sar partió en peregrinaje a Angkor Wat, para contemplar el esplendor fenecido y meditar sobre las razones de su desaparición, con la ambición de ser aquel capaz de restaurar algún día el poder y el orgullo perdidos de su nación, purificándola de todo tipo de corrupción... Los sueños de Pol Pot se enraizaban en la mentirosa magnificencia de aquella vida de palacio a la que podía acceder y desde donde podía observar a la dinastía declinante que le inspiraba una mezcla de fascinación visceral y desprecio.

Un jovencito Sar, cuando tenía unos diez años, comprendió en poco tiempo cómo su civilización ancestral había sido destruida por el invasor. Además, en la escuela Miche, los conquistadores de ayer —vietnamitas— le enseñaban la historia de los nuevos amos del país: Sar se fascinó con la Revolución francesa, sobre todo con el Terror. *Las cabezas de los malpensados y los traidores debían ser cortadas... para que al fin emerja una nación gloriosa y unida*. Libertad, igualdad, fraternidad. ¡Estaba todo dicho! El intelecto de Sar por fin se topó con un escollo que despertó su interés. Tal vez también fue en ese momento que nació la voluntad de cumplir una «misión».

Alumno mediocre pero disciplinado, en uniforme —pantalón negro y camisa blanca—, Sar era además un compañero agradable, que hacía olvidar su naturaleza secreta y turbia gracias a la gentileza de su carácter. Al crecer, su carácter seductor se fortaleció, aquel joven amable y cordial pasó a ser también un buen orador —una cualidad apreciada por los jemerres, pueblo de tradición oral—. En cambio, en el frente escolar las cosas no mejoraban: reprobó su certificado de estudios en 1941. Volvió a fracasar en 1942 y obtuvo su diploma con lo justo en 1943, a los dieciocho años. El desfase entre su estatuto de estudiante y su físico de adolescente ya no pasaba desapercibido...

A partir de los trece o catorce años, Sar comenzó a ser especialmente apreciado cuando iba al barrio de las mujeres con la excusa de visitar a miembros de su familia. ¡El harén del rey Monivong siempre lo recibía con mucho afecto! Las jóvenes mujeres eran parte del decorado, su presencia era un signo exterior de soberanía, pero sus funciones eran nulas la mayor parte del tiempo. En 1938, Monivong tenía sesenta años, veinticuatro hijos nacidos de dieciséis esposas y casi la misma cantidad de concubinas. El rey, a pesar de conservar un cierto entusiasmo, empezaba a mostrar algunos signos de cansancio y no lograba contener a todo el mundo. ¡La libido de sus bellezas descuidadas reclamaba un poco de diversión! Los raros elementos masculinos autorizados a ingresar en ese entorno inevitablemente suscitaban deseo. Los eunucos eran regularmente convocados, al igual que los hijos de algunas de ellas; los incestos eran habituales. Los jóvenes como Sar, todavía considerados «niños» por la etiqueta del palacio, eran presas codiciadas. Así, el futuro Pol Pot fue iniciado en la sexualidad por las manos expertas y ansiosas de las más bellas princesas jemerres, entre los brillos de oro y el susurro de la seda, excitado por jadeos furtivos... El acto sexual jamás era totalmente consumado, puesto que las mujeres de Monivong no estaban tan locas como para romper una prohibición que podía constarles el honor e, incluso, la vida. Sin embargo, los juegos masturbatorios eran tolerados. Sar disfrutaba sin contenerse ese goce sin límites que se adaptaba perfectamente a su inalterable frialdad. Sin compromisos, sin afecto, sin pasión. *¡Era perfecto!* Así, multiplicó las visitas, hasta que la puerta de ese verde paraíso de los amores «infantiles» le fue definitivamente cerrada. Pol Pot ya viejo lo recordaba con una intensa satisfacción, pero sin ninguna clase de compasión. Bajo sus órdenes, buena parte del personal de la corte fue liquidado —incluso las graciosas bailarinas del Ballet real que lo habían acariciado tan acaloradamente— cuando la Angkar (la «organización revolucionaria» de los Jemerres rojos) se alzó con el poder.

Los jefes jemerres rojos en pantalones cortos

En septiembre de 1943, Sar fue admitido en el colegio francés Preah Sihanouk de Kompong Cham, a unos cien kilómetros de Phnom Penh. Esa pequeña ciudad, a orillas del Mekong, prosperaba gracias al comercio del

caucho y de maderas preciosas. Pol Pot regresaría a ese mismo lugar para instalar su cuartel general casi treinta años después. Allí implementaría su política totalitaria acompañado de su acólito y futura alma condenada, el «teórico» de los Jemeres rojos, Khieu Samphan (cuya hermana, Ponnary, se convertiría en esposa de Pol Pot).

Sar y Samphan, por entonces de dieciocho y trece años respectivamente, se conocieron en 1944 en los bancos del colegio Sihanouk. Allí también conocieron a Hu Nim, de doce años, futuro ministro de Informaciones y Propaganda de la Angkar, cuyo destino sería ser torturado y posteriormente ejecutado en 1977 por orden de su viejo amigo Pol Pot, a causa de opiniones divergentes. Pero, treinta y tres años antes, en la época del colegio de Kompong Cham, los tres jóvenes aún no tenían aspiraciones políticas. Sar se obstinaba en tocar el violín, ¡y lo hacía muy mal! Sus compañeros preferían verlo en un campo de fútbol, un deporte que practicaba con cierta habilidad, al igual que el baloncesto. A contramano de lo que podían dejar suponer sus talentos de orador y manipulador, era un lamentable actor de la compañía montada por los alumnos del establecimiento: terminaron encargándole la logística y el manejo del telón. En cuanto a sus estudios, seguían siendo desesperadamente mediocres. Sar se interesó un poco en la poesía, pero su materia preferida era la historia contemporánea. Sobre todo, la que se desarrollaba delante de sus ojos: vivió la etapa de Indochina bajo el gobierno de Vichy, luego la nominación del rey Sihanouk como sucesor de Monivong, designado por el almirante petinista Jean Decoux en abril de 1941. En marzo de 1945, vio el derrumbe del mito de la potencia colonial: la administración colonial francesa fue destruida por los japoneses; varios oficiales franceses fueron capturados y decapitados con sables, civiles europeos y vietnamitas fueron masacrados, miles de expatriados fueron deportados a campos o desaparecidos. Bajo presión japonesa, el rey Sihanouk reivindicó la independencia de Camboya, pero mantuvo cierto equilibrio para evitar una colaboración activa con Japón, hasta la capitulación de Hirohito que marcaría el fin del conflicto en Asia.

Esos acontecimientos impactaron en Sar y sus amigos, así como en la mayoría de los camboyanos. La atención desde entonces se centró en la lucha abierta contra el colonialismo y en la defensa de las fronteras del país — haciendo además resurgir el odio ancestral contra el pueblo vietnamita—. Dos temas que serían constitutivos de la base ideológica del Partido Comunista de Kampuchea (CPK).

Durante el otoño de 1947, Sar ingresó al tercer año del liceo Sisowath. No fue gracias a sus calificaciones, sino debido a la penuria de alumnos durante la guerra de Indochina, que había estallado un año antes. Se vinculó fuertemente con Lon Non, el hermano menor de Lon Nol, al que conocía desde el colegio. Estudiaban juntos y pasaban sus horas libres en casa de uno u otro.

Los dos jóvenes, por entonces muy cercanos, no sospechaban que el devenir de los acontecimientos los transformaría en enemigos mortales. El odio de Pol Pot era aún más feroz cuando se desataba contra aquellos que lo habían querido. Lon Non se transformaría en el responsable de la policía camboyana de la República jemer de 1970 a 1975. En abril de 1975, intentó negociar en vano con la comandancia jemer roja, Khieu Samphan y Pol Pot, una impiadosa hidra de dos cabezas. Lon Non sería el primer personaje oficial sumariamente ejecutado por la Kampuchea democrática.

Su hermano mayor, Lon Not, fue durante los años 1960 el líder de la derecha camboyana, varias veces ministro de Defensa y Primer ministro en octubre de 1966. Junto a su movimiento, derrocó al príncipe Sihanouk en marzo de 1970 y dirigió la República jemer hasta el momento en que huyó de Phnom Penh asediado por los Jemeres rojos el diecisiete de abril de 1975.

En 1947, los actores de una historia sangrienta ya estaban en la escena e interactuaban sin imaginar que un día deberían enfrentarse.

De Saloth Sar a Pol Pot

En el verano de 1948, Sar reprobó los exámenes y no obtuvo su diploma. No podía continuar sus estudios en el liceo. Su frustración sólo era comparable con su rabia fría, retraída, como era su costumbre. Nunca lo había acompañado ser un mal alumno. Lo que lo mortificaba realmente era la incapacidad para seguir sus clases *hasta las últimas consecuencias*. Fue una molestia pasajera dado que le quedaba un último recurso: la Escuela técnica de Russey keo, uno de los distritos limítrofes de Phnom Penh. Ante la posibilidad de un nuevo fracaso — que esta vez hubiera sido definitivo y lo hubiera obligado a regresar a los arrozales familiares—, se inscribió en carpintería, una especialidad que tenía fama de ser la más fácil del establecimiento. Con la seguridad de obtener notas correctas con un mínimo de trabajo, volvió a pasar los exámenes para diplomarse (ya no en una orientación general sino técnica), y por fin lo consiguió. La Escuela técnica, un establecimiento con muy mala reputación en el que recalaban los hijos poco talentosos de familias ricas, salvó el pellejo de Sar, pero también estaba a punto de jugar un rol crucial e imprevisto en el futuro de Camboya.

A partir de 1947, cinco alumnos podían acceder a una beca para continuar sus estudios en Francia, la llave para garantizarse un futuro prometedor cuando regresaran al país, más allá del diploma que obtuvieran. Los alumnos de la Escuela técnica se disputaban las becas literalmente a cuchillo limpio. Intrigas, peleas, trampas, ¡todas las mañas estaban permitidas! En el silencio de los austeros dormitorios, chantajes y violencias favorecían a los más fuertes, los más tramposos o los más ricos. Sar no formaba parte de los más ricos, pero gracias a su familia tenía relaciones con la corte. No se sabe nada sobre las maniobras y jugarretas que empleó para hacerse elegir, pero lo logró sin demasiadas dificultades —convencido de ser alguien excepcional que naturalmente merecía todo lo que le pasaba—. Sin embargo, con el tiempo supo disimular ese orgullo: «No me gusta hablar de mí, soy una persona más bien modesta», afirmó en 1997 el exlíder jemer delante de las cámaras de los periodistas.

En junio de 1949, Saloth Sar, con una indescriptible sonrisa, recibió de las propias manos del rey Sihanouk su beca de estudios. A partir del mes de octubre, continuó sus estudios en la Escuela francesa de radioelectricidad, en el barrio V de París. Pero en 1953 lo echaron a causa de sus repetidos fracasos en los exámenes. Sin

embargo, su estadía se reveló muy productiva... En Francia concretó su educación política, primero en la Asociación de estudiantes jemerres, un movimiento izquierdista relativamente moderado, luego en la Unión de estudiantes jemerres, más radical. Los debates políticos y anticolonialistas sucedían en la Casa de Indochina. Allí, Saloth Sar se unió a la causa comunista junto a otros futuros dirigentes de los Jemerres rojos, entre los cuales estaba su fiel Khieu Samphan, pero también Ieng Sary, un viejo conocido que había fundado en 1946 uno de los primeros grupos de estudiantes independentistas jemerres, «Liberación de Camboya del colonialismo francés». Los tres crearon en 1951 una asociación secreta: el Círculo de estudiantes marxistas. Saloth Sar, carismático y optimista, asumió la dirección. Bajo su influencia, los estudiantes jemerres ya estaban listos para llevar su fe revolucionaria hasta los peores extremos. Serían puestos a prueba apenas regresaran a Camboya... Para Saloth Sar el tiempo de la inocencia había terminado. Oculto en las tinieblas de un futuro cercano, Pol Pot lo estaba esperando.

2. IDI AMIN DADA

Distrito de Koboko,³ entre 1923 y 1928. Idi Awo-Ongo Angoo era un bebé imponente que Assa Aatte había traído al mundo con los dientes apretados, para que se sumara a sus tres hermanos y cuatro hermanas. Su padre pertenecía a la etnia Kakwa y la joven madre a los Lugbara, dos comunidades instaladas a uno y otro lado de la frontera sudanesa.

Assa, hija de un jefe tribal del Congo, tenía alrededor de veinte años. Esta mujer grande y bella, temida y respetada, era la curandera de la familia real de Buganda, el reino tradicional más grande de Uganda, que dio su nombre a todo el país. Su marido, el soldado Andreas Nyabire, se convirtió al islam en 1910 y adoptó el nombre de Idi Amin. A su último hijo lo llamó igual. Era un hombre rústico y un guerrero con oficio, que había combatido varios años en Sudán antes de convertirse, en 1921, en hombre de confianza de la policía ugandesa.

Andreas Nyabire y Assa Aatte eran considerados «nubianos», es decir originarios de una región ubicada entre el Nilo y el mar Rojo. Los nubianos habían llegado a Uganda tras enrolarse como mercenarios en distintos ejércitos coloniales que se disputaban esa parte de África. Tenían una reputación lamentable de asesinos impiadosos y eran conocidos en todo el país por su sadismo guerrero, su gran conocimiento de los peces y su rechazo a integrar otras comunidades. De modo que Idi Amin Dada inició su vida con una pesada herencia... que asumiría perfectamente una vez en el poder. Siempre privilegió a su comunidad y utilizó a los grupos nubianos como espías a sueldo en los países vecinos, principalmente en Kenia.

Los soldados mercenarios suelen ser muy malos esposos y Andreas Nyabire no rompió esa regla. Abandonó a su mujer y a sus hijos poco tiempo después del nacimiento de Idi. Su argumento fue sostener que el bebé no era suyo sino del Kabaka (rey), Daudi Chwa. Tal vez no estaba equivocado. El parecido con el monarca era sorprendente: una frente amplia se erigía sobre las pupilas pesadas, la boca grande, el mentón cuadrado. El Kabaka era considerado la encarnación terrenal de una divinidad real, a la que sus súbditos sólo podían acercarse de rodillas... y al que las mujeres no podían rechazar. Daudi Chwa, al igual que su supuesto vástago Idi Amin Dada años después, cultivaba el gusto por el uniforme y tenía un apetito sexual desmesurado. Además de sus diecisiete esposas y madres de treinta y seis hijos, tenía varias amantes. Assa Aatte era sin duda una de las más influyentes, gracias a sus conocimientos esotéricos que le permitían conservar cierta independencia: ¡la mismísima familia real no quería correr el riesgo de molestar a una encantadora considerada muy poderosa!

Brujería y despedazamiento

En esa región del norte, más que en el resto del país, la magia fue desde siempre uno de los componentes del poder. En la cima de las colinas áridas se erigían túmulos de piedra para atraer a la lluvia. Antes de los combates, los guerreros estimulaban su agresividad bebiendo *waragi* (un aguardiente de banana) y una infusión alucinógena extraída de la flor *kamiojo* —ese jugo llamado «agua de yakam» o «agua de Alá» supuestamente desviaba las balas de los enemigos—. Assa Aatte, hija mística del Nilo, fundamentalmente preparaba drogas a base de plantas, pero de vez en cuando conseguía ingredientes más tremendos que utilizaba en las pociones para la riqueza o de invulnerabilidad para sus clientes más ricos: fetos o niños eran sacrificados para extraer su sangre y diversas partes de sus cuerpos. A menudo, Assa apelaba a traficantes especializados en ese tipo de «mercancía» siniestra. El bebé Idi, antes de aprender a caminar, conoció la cocina infernal de su madre: observó rituales sangrientos, escuchó gemidos y suspiros de agonía que no se sabía si eran de animales o humanos, entrevió a su madre desmembrando pequeños cadáveres con golpes de *panga* (un cuchillo de cocina parecido a un machete) y poniendo a secar en el techo de la casilla sexos mutilados. Más tarde, cuando era oficial de comando para los británicos, se convirtió en «especialista» en interrogatorios que manejaba con el mismo utensilio, al que utilizaba para cortar el pene de sus prisioneros. El tirano Amin Dada se reivindicaba musulmán, pero su verdadera religión siempre fue practicar el culto de los dioses de la naturaleza, tal como Assa Aatte le había transmitido con su práctica terrible. En base a esas convicciones, recurrió a la magia para construir su autoridad sobre el pueblo o deshacerse de los eventuales conspiradores. Una vez que asumió la presidencia, se acercó a un tal John Obiri Yeboah, un pastor pentecostal, que según consignó el periodista alemán Eric Wiedemann era considerado «uno de los más grandes magos del continente» y era consultado por varios dirigentes africanos como Sékou Touré en Guinea y William Tubman en Liberia. Este personaje enigmático fue la eminencia gris de la corte de Amin durante varios meses. Durante el verano de 1974, Amin, siempre en búsqueda de nuevas protecciones ocultas, contrató a otros tres «consejeros-brujos» que le anunciaron un peligro de traición proveniente de alguno de sus seres cercanos. Le ofrecieron trozos de piel extraídos de sus propios abdomenes, acompañados de algunas gotas de su sangre, como parte de una ceremonia para conjurar el peligro... a cambio de una importante retribución. Esta atmósfera de magia negra y matanza, con la que Amin Dada convivía desde su más tierna infancia, poco a poco transformó al hijo de la bruja en un dictador psicópata.

La herencia de sangre

Henry Kyemba, funcionario durante siete años del autoproclamado presidente de por vida Amin Dada, fue secretario general del gobierno, ministro de Cultura y luego de Salud. También comprobó que en las celdas de Kampala desaparecieron varios de sus colegas y amigos, además de su propio hermano. En sus memorias,⁴ escribió: «Para comprender el reino terrorífico de Amin es necesario darse cuenta de que no es un tirano común. No se conforma con asesinar a quienes considera enemigos [...]. Incluso después de muertos, los trata como bestias [...]. A menudo, les falta el hígado, la nariz, los labios, los órganos genitales o los ojos. Los asesinos de Amin siguen sus instrucciones y las mutilaciones son perpetuadas de acuerdo con procedimientos bien definidos [...]. Los informes médicos a propósito de la muerte del ministro de Trabajo, Shabani Nkutu, en enero de 1973, y la del ministro de Relaciones exteriores, Ondoga, en marzo de 1974, aclararon que los cuerpos habían sido abiertos y que se habían cortado los órganos internos». Sin embargo, las atrocidades ordenadas por Amin Dada ya habían existido, en otros tiempos y en una menor escala. En síntesis, sólo repetía lo que había

aprendido durante su juventud. En Uganda, la mutilación de los muertos era un acto tradicional ejecutado por los guerreros en los cuerpos de sus enemigos para confirmar la victoria. Así, la castración de los vencidos figura en los relatos de las guerras entre los reinos del África occidental en los siglos xiv y xv. A la dimensión ritual evidentemente se adicionaba la intención de destruir hasta el recuerdo de los opositores, de allí el encarnizamiento con los restos. Y el «mensaje» que se enviaba al resto de la población daba a entender que la muerte no era lo peor que podía suceder... La antropofagia ritual servía además para apropiarse la fuerza del otro⁵ e inspirar terror en los enemigos,⁶ una costumbre a la que el niño devenido dictador no renunció. De hecho, siempre conservaba en la nevera las cabezas de algunos supuestos opositores... En los campos de detención que organizó a partir de 1971, los guardias hambreadaban a los prisioneros, luego los obligaban a matarse entre ellos y, por último, preparaban y comían los restos de las víctimas. De esta forma, Amin Dada aplicaba con su estilo perverso las enseñanzas maternas. Un año antes, en 1970, Assa Aatte lo había dejado para acompañar a su creador: Adroa, el dios de los Lugbara, que encarnaba a la vez el Bien y el Mal. La madre de Amin le había contado varias veces la leyenda de los Adroanzi, los hijos de Adroa, dioses de los ríos y los árboles. Según la creencia, ellos siguen a los viajeros durante la noche y los protegen de los animales y los bandidos, ¡pero la desgracia cae sobre aquel que se da a vuelta para tratar de verlos! A esos, los Androanzi los matan al instante, para después devorarlos entre risas.

El presidente Amin Dada, llamado «el ogro de Kampala», hizo lo mismo con su propio pueblo.

El rey de la jungla

Estas historias de divinidades ambivalentes y mortíferas tuvieron tiempo para instalarse en la mente del niño, hasta que se imbricaron totalmente en su realidad y su cotidiano. Mientras su madre estaba ocupada preparando filtrados y pociones, el joven Idi descubría librado a su suerte la ley de la jungla. Era un excelente nadador, le encantaba cazar y sobre todo pescar, lo invadía una quietud poco común cuando escrutaba las aguas calmas y observaba a los animales que se acercaban para refrescarse. Admiraba sin límites a los elefantes. En el documental *General Idi Amin Dada, autorretrato* realizado en 1974 por Barbet Schroeder, declaró que esas bestias eran «un símbolo de libertad, son gigantes que van donde quieren, sin ser molestados, son los más fuertes». Devenido general de estatura gigante, Amin se identificaba con los paquidermos y afirmaba que podía comunicarse con los cocodrilos. Es más, se autoproclamó muy seriamente «señor de todas las bestias de la tierra y los peces del mar». ¡Las fantasías de omnipotencia que lo acompañaron durante su infancia nunca lo abandonaron! El general Amin Dada solía inspirar esa impresión de puerilidad a aquellos que no lo conocían, y que no veían inmediatamente que detrás de la caricatura se perfilaba un monstruo.

A los diez años, Idi Amin cuidaba cabras. Su cuerpo era demasiado grande para su edad. Los hombres de su entorno lo retaban y se burlaban de él; las mujeres lo observaban con perplejidad. En lo que respecta a los otros niños, desconfiaban de él como de la peste y le reconocían su verdadera naturaleza: Idi era un tramposo que ocultaba su ferocidad detrás de una apariencia bonachona. Nunca dejaba pasar la oportunidad de vengarse con los más débiles de los malos momentos que le hacían pasar. Después de la partida de su padre, Idi se acostumbró a ver desfilar amantes en brazos de su madre, con una promiscuidad malsana que comprometía sus condiciones de vida. La madre y su hijo vivían sin hogar fijo, eran hospedados por diferentes miembros de la familia materna de acuerdo a sus necesidades. Primero se instalaron cerca de Semuto, a cincuenta y cinco kilómetros de Kampala. En los alrededores de Lugazi, los nubianos trabajaban en los campos de caña de azúcar que pertenecían a una de las más ricas familias indias del país, los Metha. El trabajo era duro y precario, Idi lo consideraba un sometimiento insoportable: unos cuarenta años después, el cuatro de agosto de 1972, el presidente Amin declaró la «guerra económica» y ordenó la expulsión en tres meses y la confiscación de los bienes de los ochenta mil asiáticos que vivían en Uganda, la mayoría de los cuales era indios o pakistaníes que garantizaban la actividad económica nacional. Esa partida precipitada terminaría en la ruina del país, absolutamente negada por Amin Dada, que clamaba que un sueño había desencadenado esa decisión. Y si lo había soñado, ¡necesariamente era verdadero! Desde que tenía diez años el hijo de la bruja nubiana estaba persuadido de haber heredado su supuesto don de la adivinación. Un poder que se vinculaba al mismo tiempo con el exorcismo y la profecía: gracias a la superstición, el niño retomó el control de su existencia violenta y caótica. Pero ese poder no tuvo nada de simbólico cuando extendió su dictadura. En marzo de 1973, declaró a *Los Angeles Times*: «Sólo sueño cuando es necesario». Su primera necesidad consistía en convencerse de que era un ser excepcional bendecido por los dioses: «Soñé que iba a ser nombrado comandante en jefe. ¡Y el sueño se realizó! Luego, soñé que me transformaría en presidente y que sería muy popular. ¡También sucedió!». También necesitaba domesticar a la muerte: «Soñé con mi muerte. Sé cuándo, dónde y cómo sucederá. ¡Pero es un secreto! ¡Y desde entonces sé que todos los intentos de asesinar me son vanos!». Y efectivamente lo serían, no tanto por protección mágica sino militar.

Mientras esperaba esa invencibilidad estática, los sueños del Amin adolescente le anticipaban un futuro glorioso, que le servía para reinventarse una existencia en la que los primeros años habían sido una pesadilla.

En 1941, Assa y Amin se instalaron en casa de un tío materno, en Bombo, más cerca de la capital, una ciudad militarizada por los colonos británicos que posteriormente albergó a los cuarteles generales del ministerio de Defensa ugandés. Idi, víctima de la discriminación étnica que sufrían los nubianos, sólo fue a la escuela durante algunos meses. Por entonces tenía entre trece y dieciséis años, un físico ya hercúleo y manos enormes. Junto con otros miserables, cada tanto viajaba a Kampala para pelearse con los estudiantes, lleno de odio contra esos privilegiados que seguramente se consideraban superiores a él. Los esperaba a la salida de Makerere, una escuela técnica que en 1963 se convertiría en colegio y luego, en 1970, en la universidad independiente de Uganda. Para el adolescente peleador, ese establecimiento era un insoportable territorio prohibido, el símbolo de la injusticia que lo golpeaba y de las frustraciones que lo angustiaban. El recuerdo de esa exclusión no partiría con el paso del tiempo. El general Amin siempre despreció y persiguió a los intelectuales de su país. Hizo despedazar y arrojó a las fauces de sus amigos los cocodrilos a una buena cantidad de profesores y graduados de la universidad Makerere que tanto detestaba. Los desgraciados eran atados y en ocasiones arrojados vivos en el Nilo, cerca de las cataratas Karuma, cerca del parque nacional de Kabalega. La masacre

costró tanta dimensión que los pescadores del lago Victoria lamentaban el envenenamiento de los peces, causado por las aguas saturadas de cadáveres en descomposición. En octubre de 1972, Amin Dada mandó a matar a Franz Kalimuzo, el vicerrector de la universidad. Tres años después, vestido con una toga y un collar de rector, se proclamó doctor *honoris causa* del departamento de ciencias políticas y él mismo entregó los diplomas a los estudiantes, que lo miraban consternados y aterrorizados... Pero en ese momento nadie se atrevía a burlarse del atronador general Amin, que apenas sabía descifrar las letras y dictaba todas las órdenes.

Masacres y cuentos de hadas

Hacia el final de su adolescencia, Amin partió junto con su madre a Buikwe, al norte del lago Victoria. Assa Aatte, además de sus talentos esotéricos, sabía seducir a los militares. Era una de esas mujeres que se desplazaban al ritmo de los campamentos y ayudaban a los soldados a gastar útilmente su dinero, siempre a la espera de un oficial complaciente al que pudiera engatusar. Pero en el marco de las cuarentenas, los juegos de seducción se hacían más difíciles y menos lucrativos. Como no conseguía explotar más que a algunos soldaditos de poca monta, decidió retomar una vez más la ruta y dirigirse a Jinja, la ciudad de la guarnición del cuarto regimiento británico de los King's African Rifles. Pasadas algunas semanas, consiguió instalarse en la barraca del caporal Yafesi Yasin, apenas mayor que Idi Amin. El extravagante trío sufría las burlas de los demás soldados, que catalogaron a Assa Aatte de vieja loca y lujuriosa, y a su hijo de bobo vicioso. Al cabo de un os meses, el caporal, cansado, echó a la madre y al hijo fuera de su casa y les ordenó que no volvieran a acercarse a la guarnición. Idi y Assa tuvieron que regresar a Buikwe, pero la bruja primero lanzó fuertes amenazas a su examante... Dos días después, el caporal fue víctima de un mal misterioso y fulminante: su sargento no tuvo siquiera tiempo de llamar a un médico, ¡cayó muerto! Desde entonces, en Jinja nadie volvió a burlarse de Assa Aatte ni de Idi Amin. Los poderes de la chamana ya no volverían a ser cuestionados, más allá de que se hubiera tratado de un golpe de magia o, más probablemente, de un envenenamiento.

Idi y su madre volvieron al lugar del crimen unos cuatro o cinco años después. Tras haber desempeñado varios trabajos —fue, entre otras cosas, portero y vendedor ambulante de masas secas—, Idi ingresó en 1946 a los King's African Rifles como ayudante de cocina, y posteriormente, ya como recluta, participó en exacciones en Kenia. Descubrió su vocación masacrando con entusiasmo descontrolado a los pastores Mau-Mau que resistían la autoridad de los colonizadores. Los oficiales ingleses estaban muy orgullosos de él y lo admiraban: «¡Era un tipo extraordinario, de un metro noventa y ciento veinte kilos, fuerte como un toro!», recordó uno de sus superiores, el mayor Iain Grahame. El colonialismo le había dado coraje a Amin para liberar sin ninguna restricción los más bajos instintos que incubaba desde su infancia.

Sus protectores británicos también avalaron su ascenso al poder después del golpe de Estado del 25 de enero de 1971. Fue entonces que comenzó el régimen alocado de Idi Amin Dada, en medio del cual una desagradable parodia de infancia afloró en sus horas libres: cuando no estaba ocupado martirizando a su pueblo, se hacía proyectar en pantalla gigante dibujos animados de Walt Disney. Era fanático de *Pinocho*, *Peter Pan*, *La bella durmiente*, *El libro de la selva*... Poco antes de su muerte, el 16 de agosto de 2003, el tirano exilado afirmó que no sentía «ningún remordimiento, más bien nostalgia». ¿Nostalgia de qué? Más vale ni siquiera imaginarlo.

El que se había proclamado, entre otros títulos, el de rey de Escocia y conquistador del imperio británico, se costró, según Amnistía Internacional, casi trescientas mil víctimas en ocho años de terror.

3. STALIN

En Gori, pueblo de Georgia, todo el mundo conocía a Vissarión Dzhugashvili, apodado «Besó», un campesino que se había convertido en zapatero. Este georgiano de buen aspecto, alto, con bigotes tenebrosos y mirada de fuego, fuerte y orgulloso, era un buen partido que se disputaban las mujeres del lugar. Acostumbraba a llevar un largo sobretodo tradicional ajustado en la cintura y pantalones anchos, en parte cubiertos por sus botas bien lustradas. El hombre inspiraba confianza y derrochaba virilidad. Este hijo de un siervo emancipado en 1861 trabajaba con un zapatero que se había transformado en proveedor del ejército ruso guarnecido en la región. Besó trabajaba duro, pero nunca había sido muy entusiasta. No le habían dado muchas opciones, de aprendizaje pasó a ser obrero calificado porque su padre así lo había decidido y él debía obedecer. A los veintidós años ese destino padecido lo había hecho algo taciturno, enojoso y lo sumergía en reflexiones profundas de las que nadie sabía sacarlo. Sin embargo, cuando se cruzó con Ekaterina Gueladze, a la que todos llamaban «Kek e», automáticamente salió de su monotonía cotidiana. Ella tenía diecisiete años, era pequeña y graciosa, tenía largos cabellos castaños que enmarcaban un rostro fino como la porcelana. Besó acumulaba varias conquistas, pero Keke era mejor que las otras: de hecho, varios pretendientes la cortejaban. Era tranquila pero determinada, muy madura para su edad y muy codiciada... Al ritmo de la implacable ley de la oferta y la demanda, ¡era fácil apostar que no estaría libre por mucho más tiempo! Besó no tardó en enviarle una celestina para comunicarle su propuesta.

El 17 de mayo de 1872 celebraron su casamiento con los brillos de una ceremonia tradicional: los invitados asistieron vestidos con sus trajes más llamativos y acompañaron en procesión la carroza nupcial que atravesó el pueblo haciendo sonar todas sus campanas. En la iglesia iluminada con candelabros, Besó y Keke se juraron amor y fidelidad. Un verdadero cuento de hadas al estilo caucásico. Los vecinos cantaron en honor de aquella hermosa pareja antes de festejar hasta el alba, se dejaron llevar por la música, las danzas endiabladas y las historias subidas de tono contadas por narradores.

La realidad alcanzó muy pronto a la fantasía nupcial. Aunque Besó y Keke estaban lejos de ser los más pobres, su estilo de vida no era de los más cómodos. Tenían un techo, pero su casa con piso de polvo de ladrillo contaba con lo mínimo indispensable: una mesa y algunas sillas, una cama, un samovar, algunas ollas para cocinar y una lámpara de petróleo. Aunque era austero, no pocos envidiaban su nido de amor. Circulaban rumores, dudas sobre la fidelidad mutua entre esos tortolitos de tan bello plumaje... La suerte, mucho más que los chismes, se encargó de liquidar la felicidad reciente. Menos de tres años después del casamiento, Keke dio a luz un pequeño niño llamado Mikhail, que falleció poco después de ser bautizado, sin causa conocida. En 1877, un segundo hijo murió de rubeola. Mientras Keke, afectada por el dolor físico y moral, consultaba con curanderos y sacerdotes para espantar lo que comenzaba a considerar una maldición, Besó ahogaba sus desilusiones en el alcohol. Su carácter gris se manifestaba cada vez más seguido, se convirtió en un hombre amargado, agresivo y taciturno. En medio de su desdicha, Keke perdonó la primera bofetada, pero la caja de Pandora se había abierto. Desde entonces, las palizas se sucederían sin cesar. El marido se vengaba de su vida fracasada, la mujer encontraba un consuelo perverso para su culpa de madre en duelo.

En ese clima de violencia y decepción nació Iósif Vissariónovich Dzhugashvili el 18 de diciembre de 1878 (es decir, según el calendario de la Iglesia ortodoxa rusa, todavía en vigor por entonces, el 6 de diciembre de 1878). Nadie quería apostar que sobreviviría. Era tan frágil que lo apodaron Sosso (el «delicado») y tenía una anomalía en el pie izquierdo, una parte de los dedos estaban palmeados. Era un pajarito extraño, siempre enfermo, con tos y fiebre. Keke se encomendó nuevamente al cielo para que viviera, mientras que los popes multiplicaban los gestos con sus manos cargadas de anillos sobre el pequeño cuerpecito. Lo rociaban con agua bendita, susurraban plegarias entre el humo del incienso, lo sostenían de los pies sobre fosas sagradas, mezclaban rituales paganos y liturgia bizantina.

¿El hijo de Besó el Chiflado?

Pasaron los meses y, contra todos los pronósticos, el niño se aferró a la vida. Al cabo de un año, caminaba y comenzaba a hablar; balbuceando con ahínco cuando escuchaba un poco de música. Su motricidad incipiente también le permitía esconderse apenas distinguía los pasos titubeantes de su padre. Muy pronto comenzó a reconocer sus estados étlicos más o menos avanzados. El zapatero había pasado un breve período de prosperidad; había abierto su propio negocio y contratado a unos cuantos aprendices. Ellos mantenían de pie su comercio cuando el alcoholismo le impedía asumir sus responsabilidades profesionales. Desde luego, ese acuerdo no duró mucho, sobre todo porque a Besó le pagaban en especies —como era por entonces habitual entre los comerciantes—, y cobraba generalmente en barriles de vino... El bello zapatero se convirtió pronto en la sombra de sí mismo, los rasgos se embrutecieron por la ebriedad permanente, su aspecto pasó a ser descuidado y sucio. Ideas delirantes comenzaron a poblar su mente en decadencia, atizadas por los rumores que circulaban en las tabernas de Gori. Uno de ellos estimulaba sus celos enfermizos y su sentimiento de impotencia: ¡Quizás Sosso no era hijo suyo! ¿No se murmuraba acaso que Keke había descuidado a su esposo, incapaz de fecundarla correctamente, para finalmente poder engendrar un bebé viable? Varias hipótesis circulaban respecto a la identidad del padre biológico, pero los nombres de tres hombres muy cercanos a ella se repetían: Iakov Egnatachvili, el mejor amigo de Besó cuando se casaron, joven de honor en la ceremonia y «mejor amigo de la familia» según Keke; Damian Davrichewy, el jefe de la policía con quien Keke a veces trabajaba; Tcharkviani, un cura que se acercó a la pareja hasta que se hizo omnipresente y solía acompañar a Besó en sus noches de parranda.

Si no se quedaba dormido en un granero, el borracho descargaba su alocada furia con su esposa e hijo. En el fondo de su pocilga, que se había tornado insalubre a medida que la ruina se instalaba, golpeaba con fuerza a su único hijo. Como si eso no fuera suficiente, en 1884, el pobre Sosso estuvo a punto de morir en una epidemia de viruela. De hecho, siempre conservó las cicatrices en la cara y las manos —al final de la adolescencia, sus camaradas en política lo llamaban Tchopura, «el viruelado»—. Pero lo que más lo marcó fue la violencia paterna.

En varias ocasiones el niño se salvó de milagro: un día, Besó lo tiró al suelo y lo molió a patadas, tan fuertes que el niño orinó sangre durante varios días. Su madre no lo ayudaba demasiado y confirmó en sus memorias que más de una vez a ella también se le fue la mano con el niño. Sin embargo, su actitud le parecía justificada: a diferencia de Besó, Keke utilizaba ese recurso como herramienta de educación. ¡Tenía que enseñarle a su hijo el respeto! Ya vieja, le diría con calma a Stalin, quien le recriminaba haberle pegado durante su juventud: «¡Bah! ¡Lo que te hice no te causó ningún tipo de mal!». El pequeño Sosso no tenía suerte: su padre le pegaba porque lo detestaba; ¡y su madre porque lo amaba!

Cuando no se estaban peleando, Keke y Besó se ocupan de sus cosas cada uno por su lado, irremediablemente desunidos. El zapatero en decadencia comenzó a trabajar nuevamente para otros y así costeara lo que bebía. Su mujer trabajaba como empleada doméstica para paliar la falta crónica de dinero; se dedicaba a la costura, a lavar ropa, pero cada tanto ofrecía servicios menos confesables: «Cuando era muy joven, limpiaba casas ajenas y cuando me encontraba con un joven apuesto no dejaba pasar la oportunidad». Con el objetivo de llegar a fin de mes se permitía complacerlos.

Keke nunca fue muy puritana, aunque se mostraba muy piadosa; le rezaba a Dios con fervor y asistía cotidianamente a los oficios religiosos. Era una bella mujer sensata e inteligente, que sabía orientar su barco y al mismo tiempo cuidar las apariencias. Se le adjudicaron varios romances con algunos notables, incluso con aristócratas de la región: aprovechaba las oportunidades cuando se le presentaban. Sin embargo, no descuidaba su capital. Mantenía una muy buena relación con los tres «padres potenciales» de Sosso, que protegían a la madre y al niño cuando el jefe de la familia, que por entonces apodaban «Besó el Chiflado», no se encontraba en el hogar. Keke y su hijo eran recibidos calurosamente por los tres, compartían comidas, los hijos de unos y otros jugaban juntos.

Más allá de las ausencias y su carácter violento, Besó no conseguía hacerse odiar por el joven Sosso. El muchachito embellecía los bellos momentos y trataba de olvidar los malos: la ilusión no duró mucho, pero le permitió forjarse algunos recuerdos menos desagradables que otros. Ya adulto, Sosso devenido Stalin disfrutaba recordando, por ejemplo, que su padre le contaba historias de héroes que robaban a los ricos para darles a los más pobres; también solía alabar sus cualidades como zapatero. ¡Pobre consuelo! Cuando su padre regresaba a la casa borracho y gritaba antes de pasar la puerta, y buscaba a su «asqueroso pequeño bastardo» con el cinturón en la mano, el niño aterrado se tiraba sobre los brazos de su madre llorando y trataba de esconderse. Era un juego perverso, que terminaba indefectiblemente con el padre encontrando al niño como preludio de la pelea conyugal. Sosso era entonces testigo de las peleas terribles entre sus padres e intentaba vanamente ponerles un punto final. Atrapado entre los dos, recibía golpes tremendos. Una tarde, tomó un cuchillo de la mesa y se lo arrojó a la cabeza del padre, con un gesto tan ridículo como desesperado.

Sintecho y superdotado

A los seis años, Sosso perdió toda inocencia y buena parte de su fragilidad aparente. El mundo perverso y caótico de los adultos se le impuso. Su carácter se endureció, ya no esperaba nada de sus progenitores. Ya ni siquiera tenía un domicilio estable. Hasta el fin de su adolescencia, Keke y él cambiaron de dirección por lo menos una vez por año, se mudaban a departamentos amueblados o a algún altillo en función de los ingresos de la madre. Cuando el dinero empezó a faltar más que de costumbre, se mudaron a la casa de la familia materna. Una o dos veces, Besó los hizo regresar con él, pero el infierno volvía a instalarse como siempre, entre peleas y delirios de borracho. Acorralada, Keke dejó de lado lo que le quedaba de dignidad y llegó a aceptar mudarse durante varios meses con el pope Tcharkviani, que estaba casado y era padre de familia. También fue empleada doméstica en casa de Egnatachvili, el padrino de su hijo: su esposa toleraba esa presencia y manifestaba cierta ternura hacia Sosso. También aceptaba sin dificultad aparente la intimidad de las relaciones entre su marido y Keke... Lo mismo ocurrió en casa de Davrichewy, el tercer benefactor. Durante ese tiempo, la madre del futuro Stalin enviaba a su marido una parte del dinero que obtenía con esa prostitución encubierta. Más allá de esa existencia indigente, el pequeño Sosso recibía de su madre un amor asfixiante, el niño representaba a la vez el único punto de referencia de Keke, su único consuelo y el objeto de todas sus esperanzas.

Esa atención excesiva se reveló sin embargo positiva en un punto: la madre tenía la ambición de darle una educación a su hijo. Y estaba justificado, Sosso parecía ser un niño intelectualmente precoz; aprendió muy rápido y fácilmente a leer y escribir en ruso con la ayuda de los hijos mayores de Tcharkviani. Pero aprendía a escondidas, porque Besó estaba obsesionado con la idea de que el niño fuera más instruido que él, ¡un logro del que rabiosamente quería privar a su hijo! Para Besó, el niño debía pasar los sufrimientos de sus padres y soportarlos con la misma fuerza, quería que Sosso fuera zapatero como él: «¡Comí carne de vaca rabiosa toda mi vida, tú harás lo mismo!». Lo llevaba a la fuerza a su taller que olía a cueros recién curtidos y lo obligaba a pasar largas jornadas de aprendizaje a su lado, lo llenaba de bofetadas y lo azotaba apenas dejaba de prestar atención a su trabajo.

Pero en 1888, Keke logró convencer a su amigo el pope Tcharkviani e inscribió a Sosso en la escuela parroquial, reservada para los hijos de los popes. El asunto se solucionó discreta y oficiosamente, porque nadie ignoraba en Gori que Besó, el padre legítimo, era ajeno a todo vínculo religioso. Sin embargo, los argumentos —aún hoy desconocidos— de Tcharkviani resultaron eficaces: Sosso fue admitido en segundo año tras pasar con éxito el examen de ingreso.

Ante tamaña novedad, ¡Besó el Chiflado explotó de rabia! Los «tres padres» potenciales de Sosso intentaron hacerlo entrar en razones, pero el violento altercado que siguió condujo al desaforado directamente a la alcaldía de la ciudad, donde le ordenaron abandonar la ciudad de Gori para siempre. A partir de entonces, Sosso pudo llevar una vida un poco más tranquila. Salvo cuando sus padres intentaban reconciliarse sin éxito. Esos reencuentros infructuosos suscitaban en el niño de diez años una desconfianza cada vez mayor en los adultos, pero también le inspiraron una buena dosis de desprecio hacia las debilidades maternas —que se transformaría en misoginia durante la adultez—. Stalin **sólo** manifestaría cierta estima por las trabajadoras duras y las militantes más dedicadas a la causa del Partido que al universo masculino. Sosso ya tenía dificultades para

tolerar los diversos romances de Keke. La imagen materna había quedado definitivamente desdibujada. Las encamadas de su madre lo mortificaban y sentía culpabilidad porque así era como conseguía mantenerlo.

En la escuela, el joven rápidamente llamó la atención. Vestido por su madre como un príncipe, comenzó a forjar un temperamento a la vez intrigante, carismático y temible. ¡Sosso no era un tibio! Tormentoso cuando se enojaba, excesivo en sus manifestaciones de alegría, lograba conciliar los opuestos con una facilidad desconcertante: el joven superdotado al que los profesores elogiaban también provocaba un verdadero terror entre sus compañeros. Gracias a su experiencia familiar, no tenía miedo de ser golpeado y aprovechaba esa ventaja para imponer su voluntad a los demás, incluso a los golpes cuando era necesario.

Sosso pasaba la mayor parte de su tiempo libre en las calles de Gori. Su madre, cada vez más ocupada con sus trabajos de costurera, consideraba que su hijo era suficientemente grande y sólido para arreglárselas solo. Y él le dio dos grandes razones de orgullo que acariciaron su alma de madre caucasiana: estudioso y ávido de lecturas, también era el jefe de una banda. La pelea era una verdadera tradición en Gori: el combate callejero forjaba a los hombres de verdad, ¡los georgianos temerarios y fuertes! El historiador Simon Montefiore evoca varias fiestas anuales durante las cuales «los machos de cada familia, desde la niñez, bebían y cantaban hasta el amanecer. En esos momentos comenzaban los combates de boxeo libre —o *krivi*— [...], un duelo de masas con reglas: los pequeños de tres años luchaban entre ellos, luego los niños, los adolescentes y finalmente los hombres». Se hacían apuestas y el dinero cambiaba de manos entre los gritos exaltados, las trompadas o los huesos rotos... Ese deporte salvaje, una suerte de *ultimate fighting* de otra época, en el que todos los golpes estaban permitidos, funcionaba como un rito iniciático que permitía distinguir a los valientes de los cobardes. Una vez más, Sosso sorprendió a su entorno y nunca se mostraba miedoso. Compensaba muy bien su porte pequeño con un coraje fuera de lo común. Cuando creció, su silueta continuó siendo delgada pero poco a poco se hizo musculosa como la de un gato. También se reveló rápido e imprevisible, y disfrutaba vagando por el campo que rodeaba a la ciudad con su honda en el bolsillo. Solía poner a prueba su poder de jefecito al cometer diferentes crímenes que eran considerados grandes logros por su banda: hurtos, actos de vandalismo, bravuconadas y riñas con otros chicos.

En esa etapa, fue atropellado por una carreta a la que había intentado colgarse en un desafío; su intento fracasó y la rueda trasera del vehículo le arruinó un brazo para siempre: esa discapacidad le impediría posteriormente ser enviado al frente durante la guerra, donde hubiera podido morir joven, antes de haber saciado sus ambiciones políticas. En ese caso, Stalin nunca hubiera accedido al poder... Un accidente de carreta torció así el curso de la historia.

La voz de Dios, la belleza del diablo

Los modos fuertes eran el método preferido de Sosso, en última instancia los únicos que manejaba: con sus amigos, podía ser tan dictatorial como protector... bajo la imperiosa condición de que no contradijeran sus órdenes. El joven jefe podía destruir un día aquello que había adorado la jornada anterior, sin dudas ni arrepentimientos. Su noción de la justicia era aguda y personal; **sólo** defendía a quienes le eran leales. Ya era implacable, consideraba que toda debilidad física o moral era un defecto imperdonable puesto que él mismo había superado sin flaquear sus propias discapacidades. Los demás estudiantes lo admiraban y los profesores más severos caían rendidos antes su carisma. Bello, inteligente, cínico, tenaz e increíblemente seguro de sí mismo, ¡el futuro Stalin sabía desplegar una seducción sin igual gracias a su voz de ángel! El niño prodigio del coro era el alumno preferido de su profesor de canto. En la misa, los fieles se extasiaban con su voz de contralto y su mirada inspirada, casi iluminada. Se rumoreaba que el joven Sosso había sido tocado por la gracia divina. Keke creía realmente que su hijo, cuando fuera sacerdote, accedería al mejor de los destinos. ¡Su aura mística galvanizaba las masas! Sosso era invitado a todas las ceremonias importantes de la región: le pedían que cantara, que encantara cuerpos y almas. Allí estaba su destino, en esa ebriedad popular... y en su talento innato para explotarla y hacers e adular.

Sosso acumulaba distintas cualidades, con una cierta preferencia por las artes. Era buen actor, sabía transfigurar sus rasgos gracias a una serie de gestos que expresaban burla o desesperanza. Le gustaba dibujar; incluso ya convertido en político seguiría dibujando a sus animales preferidos en un rincón de alguna hoja durante las reuniones largas. Escribía mucho, cartas a sus amigos o poemas, siempre inspirado en la naturaleza y en las bestias salvajes. Apasionado por la lectura, solía aislarse en los bosques para leer en paz. Un verdadero lujo. La serenidad de cada instante era lamentablemente muy corta...

En 1890, Sosso recibió un nuevo golpe. Fue atropellado por segunda vez por un coche de plaza, esta vez por culpa del cochero que estaba completamente borracho. El joven fue herido gravemente en las dos piernas y se salvó de la muerte por muy poco, pero las secuelas perdurarían hasta el fin de sus días. Sin embargo, esa nueva discapacidad no fue lo peor. Lo enviaron al hospital de la capital de georgiana, Tiflis, para recibir cuidados intensivos. Allí era donde vivía su padre. Besó el Chiflado lo visitaba, pero apenas volvió a caminar, ¡se lo quitó por la fuerza a Keke! El joven fue encerrado en una zapatería oscura y sin aire junto a otros obreros. Besó volvió a golpearlo e insultarlo, quería tenerlo a su merced para hacerlo trabajar en su lugar: «¡Ahora no te dejaré ir, pequeño bastardo! ¡Trabajarás duro como un buen hijo y me mantendrás!». Pero Keke, enloquecida por su hijo, apeló a sus amigos y protectores de siempre. Los tres hombres viajaron a Tiflis acompañados por varios profesores de la escuela parroquial para rescatar a Sosso de las garras de su padre. El borracho tuvo miedo y renunció a su autoridad paterna. ¡Misión cumplida! El joven regresó con sus salvadores a Gori para retomar sus estudios; la institución, teniendo en cuenta sus méritos y sus resultados brillantes, le reconoce su regreso con una beca.

Eros y Thánatos

Pasaron dos años sin desventuras. Sosso era cada vez más letrado, se instruía. También era cada vez más crítico del mundo que lo rodeaba. Esa toma de conciencia culminó cuando cumplió los catorce años, una etapa crucial que marcó su ingreso a la adolescencia y fue marcada por una doble influencia: ¡rebeldía y testosterona! Sosso

se enamoró por primera vez, de la hija del pope Tcharkviani —que podía ser su media hermana—. Tal vez Sosso era aún demasiado joven y timorato, ¿quizás su instinto le impedía sucumbir ante esa atracción casi incestuosa? Lo cierto es que la primera emoción del futuro Stalin fue apenas platónica. Bromeaba con la joven y pasaban horas conversando, pero no concretó su deseo. Sin embargo, su libido creciente se desplegó sin complejos con sus siguientes amoríos. El resultado fueron varios hijos naturales —¿cómo él?— de los que nunca se ocupó.

Por el momento, su primera pasión frustrada fue reemplazada por las cuestiones políticas, identificadas por dos hijos de sacerdote, Lado y Vano Ketskhoveri, dos jóvenes revolucionarios que devendrían amigos de Stalin. Ellos se ocuparon de su educación ideológica, le prestaban libros y le mostraban con su ejemplo de qué se trataba el activismo. Lado, el mayor, participó en varias manifestaciones contra la opresión zarista, y posteriormente en una huelga, antes de ser expulsado del seminario de Tiflis, donde era pensionista. Sosso era cada vez más sensible a ese tipo de compromiso; además su fe, que había sido muy profunda en un primer momento, ahora vacilaba fuertemente. Hasta entonces, especialmente impactado por la miseria de los más pobres y por la injusticia social, el joven quería transformarse en sacerdote para aliviar a los desafortunados. Por entonces el clero era muy poderoso y Sosso pensaba cambiar la sociedad desde dentro. Un proyecto que además respondía a las ilusiones de su madre, que deseaba fervorosamente que su hijo fuera pope.

Pero el 13 de febrero de 1892 se produjo un acontecimiento que modificó su universo. Toda la población de Gori fue convocada a un doble colgamiento en los campos que rodeaban a la ciudad. Los rusos habían preparado esas ejecuciones ejemplares como demostración de su autoridad, precisamente porque **ésta** comenzaba a ponerse en duda en todo el imperio. Los condenados eran dos campesinos rebeldes, culpables de varios robos de rebaños, cuyo último golpe había salido mal: un policía había sido asesinado cuando intentaba detenerlos. La población estaba del lado de los campesinos, los consideraban víctimas del régimen. Es más, la muchedumbre los saludaba, trataba de darles ánimo y los más indignados insultaban al verdugo. Este último, probablemente nervioso ante tanto público hostil, cumplió su tarea con muy poca destreza: debió repetir dos veces la ejecución del primer prisionero; en lo que respecta al segundo, le tomó varios minutos que cayera muerto. Desde lo alto del árbol al que había trepado para observar mejor, Sosso sintió el golpe de esa escena horrible. Nunca había visto morir a alguien. Por una curiosa coincidencia, se encontraba a pocos metros del periodista Máximo Gorki, que estaba cubriendo el acontecimiento, y que a comienzos de los años 1930 se transformaría en la pluma de la propaganda estalinista. ¿Habrá surgido en ese instante de revuelta absoluta el espíritu de Stalin? Por entonces la reflexión política se cruzaba con los interrogantes religiosos. Poco después de esos ahorcamientos, sorprendió a sus compañeros más cercanos al confesarles lo siguiente: «La injusticia es una plaga. Pero no sirve de nada intentar comprender por qué Dios permite esas injusticias. ¡No vale la pena complicar el razonamiento! Es muy simple: Dios no existe. Nos han mentido. **Sólo** los hombres son responsables de sus actos». Pero el adolescente, claramente rebelde, era demasiado inteligente como para reivindicar abiertamente sus nuevas convicciones. Todavía no era el momento adecuado. Su progresiva conciencia política demandaba mayores aprendizajes. Sosso, que era excepcionalmente maduro, sabía que debía seguir estudiando para transformarse en un actor de peso en el juego social.

A fines de 1893 pasó con éxito el examen de ingreso a uno de los mejores establecimientos superiores del Cáucaso: el seminario de Tiflis. Keke, deslumbrada, seguía convencida de que su hijo sería pope. Sosso no le aclaraba nada, ávido de saber, demasiado feliz de escapar al triste destino de zapatero que le había reservado su padre. Como los costos de escolaridad eran demasiado caros para Keke, los «tres padres» de Sosso participaron en el financiamiento. Por su parte, el joven obtuvo una beca y una contribución de una aristócrata sensibilizada por su historia y su determinación: la princesa Baratov aceptó destinar una suma a esa buena causa. Así, la educación del futuro Vojd («guía», en ruso) autoproclamado fue financiada por una «enemiga del pueblo».

Rimas de sangre

El 1 de septiembre de 1894, Sosso pasó a integrar el seminario. Otros seiscientos alumnos seguían la misma rutina: se levantaban a las siete, se acostaban a las diez, una jornada larga al ritmo de los servicios religiosos, las plegarias y los cursos, con una hora libre a mediodía. El rector del seminario era un monje ruso, Hermógenes, el preceptor general un monje georgiano, Abachidze, temido y detestado por los alumnos. Lejos de su ciudad natal, el adolescente de dieciséis años descubrió una vida austera, marcada por el rezo, los castigos corporales, el estudio y el aislamiento. Este último suplicio era a veces preferible a las humillaciones y las violaciones que los mayores infringían a los más jóvenes, entre los que estaba él, en los dormitorios. Cuando se convirtió en adulto y en tirano, Stalin mediría apenas un metro sesenta y trataría de disimular ese defecto, que le había valido tanto sufrimiento, usando tacos y estrados. León Trotski, biógrafo poco complaciente con Stalin, pintó un cuadro sombrío de aquel establecimiento: «La piedad se acompañaba, como siempre, de un espíritu policial. El preceptor Abachidze observaba de manera hostil y sospechosa las actividades de los alumnos. Al regresar a sus cuartos, solían advertir las marcas de las requisas hechas cuando se ausentaban. Es más, los propios monjes los revisaban a menudo. Los castigos eran reprimendas brutales, el calabozo oscuro estaba siempre ocupado, las calificaciones en conducta eran definitivas y podían costar la exclusión. Los más débiles pasaban del seminario al cementerio. ¡La vía de la salvación era ardua!»⁸ Un espíritu policial y un sistema coercitivo bien aceitado que inspirarían a Stalin...

Ante de llegar a ese punto, Sosso el sensato logró integrarse en aquel seminario tan austero y brutal, simulando un perfil bajo: el pequeño jefe de banda se transformó en un estudioso solitario, muy reservado y observador. Así consiguió convertirse en un alumno modelo a los ojos de sus profesores. Sin embargo, no dudaba en sumergirse a escondidas en la lectura de libros prohibidos, en especial en las obras de Tolstói, Dostoievski, Hugo, Zola y Platón. Retomó el canto como tenor y se transformó en uno de los miembros más apreciados del coro de los seminaristas. Incluso llegó a presentarse en la ópera de la ciudad. También solía refugiarse en la biblioteca del seminario, era un lector cada vez más insaciable. La literatura le ofrecía un refugio temporal ante las molestias que le causaban sus padres. Keke, para estar más cerca de él, consiguió un trabajo de empleada doméstica... ¡en el establecimiento del seminario! Su presencia le resultaba molesta puesto que se sumaba a la

humillación de ser pobre en esa escuela frecuentada mayoritariamente por los hijos favorecidos de la pequeña nobleza y el clero. Pasó a ser el «hijo de la criada». Afortunadamente, esa situación sólo duró unos meses, dado que Keke regresó a Gori. En cuanto a su padre, el borracho aparecía regularmente y deambulaba por las puertas del seminario para reclamar que le devolvieran a su hijo y, sobre todo, para sacarle algunas monedas a este último. Ante una existencia envenenada por sus progenitores, Sosso se evadía escribiendo poesía. Gran admirador de Shakespeare y de Goethe, se maravilló con *Hojas de hierba*, del norteamericano Walt Whitman; aprendió de memoria sus estrofas preferidas, en las que se puede advertir el fervor revolucionario:

Courage yet! my brother or my sister!

Keep on! Liberty is to be subserv'd, whatever occurs;

That is nothing, that is quell'd by one or two failures, or any number of failures,

Or by the indifference or ingratitude of the people, or by any unfaithfulness,

Or the show of the tushes of power, soldiers, cannon, penal statutes.

Revolt! and still revolt! Revolt!⁹

Cuando se transformó en uno de los tiranos que sus autores queridos denunciaban con tanto lirismo en sus poemas, Stalin conservó cierta indulgencia con los poetas cuyos textos lo habían reconfortado durante su juventud. Utilizó la censura y no dudó en perseguir a los escritores, pero con varios evitó las medidas más extremas: Pasternak y Bulgákov consiguieron así escapar al gulag. A pesar de su despotismo, Stalin sentía cierta consideración por la elite literaria de la que hubiera podido formar parte... En efecto, su carrera de autor había comenzado bastante bien. Al final de su primer año en el seminario, Sosso tuvo la valentía de golpear la puerta del diario *Iveria*, especializado en artes y cultura. Su fundador y director era Ilia Tchavtchavadze, autor prolífico y de buena reputación, filántropo y dirigente del movimiento nacionalista de liberación de Georgia. El hombre era curioso, abierto y despertó justamente la admiración de Sosso: Ilia Tchavtchavadze sería canonizado por la Iglesia ortodoxa en 1897 con el nombre de Elias el Justo. El futuro santo recibió al futuro Stalin cálidamente. Agradablemente sorprendido por la calidad de los textos del adolescente, decidió publicarle cinco: «¡Jovencito, tu poesía es muy prometedora! Pero veo tu firma... ¿Qué nombre le daremos a este joven escritor?». Sosso, desconcertado por esa estima inmediata, ¡no había pensado en eso! Su mentor, al observar su mirada de fuego arrogante y determinada, le encontró un pseudónimo —el primero de tantos otros, que serían mucho menos románticos—: «¡Ya lo sé! Serás Sosselo, ¡el joven de ojos ardientes!». Así fue. Los cinco poemas publicados aparecerían en varias antologías de la poesía georgiana.

Sin embargo, ese ensayo más bien exitoso quedaría en el pasado. Sosso pasó del romanticismo al realismo socialista, del canto del zorzal a los amaneceres sangrientos. Se identificaba cada vez más con Koba (el oso), un personaje georgiano de ficción nombrado así por su fuerza y su gran tamaño. Koba, héroe del escritor georgiano Kazbek, era el jefe de una banda de montañeses que se habían revelado contra las autoridades zaristas, y que sacrificaría su vida y su mujer en esa lucha. Ese «superhéroe» con estilo campesino exaltaba los valores patrióticos. Sosso se hizo llamar desde entonces como él y se apasionó por los nuevos conceptos que comenzaban a difundirse en todo el país y que derrumbarían a Nicolás II: socialismo, marxismo, revolución. «Koba» el seminarista abandonó entonces la poesía por la diatriba política y llenaba cuadernos que hacía circular para reunir discípulos. Uno de los popes encargados de la vigilancia, apodado «Mancha negra» por Sosso, solía sorprenderlo difundiendo libros prohibidos o fomentando rebeliones. El joven seminarista tejía amistades con otros estudiantes tan subversivos como él. Siguió un camino en el que muchos otros se atascaron, tal como lo confirmó Trotski: «Varios seminaristas [...] dejaban la sotana antes de habérsela puesto por primera vez, aprendían a despreciar la escolástica teológica, leían novelas de tesis, las obras avanzadas, las obras de vulgarización consagradas a Darwin y a Marx. En el seminario de Tiflis, la fermentación revolucionaria, alimentada por el ambiente exterior nacional y social, ya tenía cierta tradición. Se había manifestado en el pasado en grandes conflictos con los maestros, revueltas abiertas e incluso en la muerte de un rector», asesinado de una puñalada en la garganta... En ese contexto, «el frágil», devenido «el joven de los ojos ardientes» y finalmente «Koba el poderoso», se sentía galvanizado por su insaciable sed de poder y una ambición desmedida. Para satisfacerla, reunió en torno a él a aquellos que se sometían a su voluntad. De hecho —¡ya por entonces!—, quienes no estaban con él estaban contra él: «Aquel que pretendía contradecirlo o trataba de explicarle alguna cosa, captaba de su parte una profunda hostilidad. Iósif sabía perseguir y vengarse».¹⁰

Desde entonces, el único dios que adoraría era visible en el reflejo de su espejo cada mañana.

En 1956, en su discurso al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Krushev utilizó por primera vez la expresión que definía la adulación suscitada por el «Vojd»: культ личности, que significa «culto de la personalidad» (de Stalin); esas palabras pasarían luego al lenguaje corriente para referirse a otros déspotas. El que había sido un joven seminarista narcisista había cambiado así su fervor religioso por el radicalismo político e inauguró en beneficio propio el culto de la personalidad.

A los veinte años, se comprometió totalmente con la revolución en marcha. En 1899, abandonó el seminario para volver a ser jefe de banda, como el niño de otras épocas. Pero esta vez ya no era un juego. Su personalidad fanática y desengañada se desarrolló bajo el impulso de su ego precozmente herido, hasta alimentar una mentalidad de asesino. No retrocedía ante nada: robos para alimentar las cajas del Partido socialdemócrata al que había adherido en la facción bolchevique, palizas, asesinatos, secuestros... «Koba» se vestía a veces de mujer para escapar de la policía —¿un recuerdo del vestido de los popes?— y se hizo bautizar Stalin, ¡«el hombre de acero»! En 1905, en Finlandia, conoció y siguió a Lenin en su ascenso político antes de tomar el

poder cuando **éste** murió, en 1924. Stalin instaló su dictadura durante veintinueve años con un nuevo pseudónimo: el «padre de los pueblos», que mató a veinte millones de personas.

4. GADAFI

El joven Gadafi, «de la tribu de los Gadafa» (aproximadamente 125.000 miembros repartidos en el centro del país) y del clan arabo-bereber de los Gus, llegó al mundo el siete de junio de 1942,¹¹ en una carpa beduina en el desierto que rodea el pueblo de Qasr Abu Hadi en el distrito de Sirte. Era el benjamín y único hijo varón de Aicha y Mohamed Abdel Salam Ben Hamed, pastores de cabras y camellos. Sin embargo, un extendido rumor — y un parecido físico impactante— lo presentaba como hijo ilegítimo de un cierto Albert Preziosi, aviador del pueblo de Vezzani en la Alta Córcega.

El piloto en cuestión había pasado por la región en 1941 con la columna Leclerc. Su nave había sido declarada desaparecida durante una misión cerca de Tobruk. Herido, el piloto habría sido acogido, curado y ocultado de los alemanes por la tribu de los Gadafa, como declaró uno de sus viejos camaradas: «Vivió con ellos durante al menos tres semanas. A partir de entonces algunos hablaron de una aventura con una libia».¹² Ya recuperado, regresó a su base y, más de una vez, evocó con sus compañeros de armas a su amante nómada. Se había quedado con ellos el tiempo suficiente como para saber que ella había quedado embarazada, pero no volvió a tener la oportunidad de regresar al desierto de Sirte. Unas semanas después, Albert Preziosi fue asesinado en el frente ruso, y se llevó con él a la tumba la verdad sobre sus amores entre beduinos, junto a la calurosa Aicha...

¿Simple convergencia de intereses o fraternización premeditada debido a un secreto familiar? Lo cierto es que durante los años 1970, el coronel Gadafi invitó a los nacionalistas corsos para que se perfeccionaran en campos de entrenamiento, relanzando los rumores sobre sus orígenes franceses... Sin embargo, nunca se pudo desmentir ni confirmar esa hipótesis de una filiación adúltera.

Hacia fines de 1941, los Gadafi ya tenían tres hijas, pero no lograban procrear desde hace varios años y estaban un tanto desesperados al no poder engendrar un heredero. Con casi sesenta años, Mohamed seguía haciendo todos los esfuerzos posibles para tener por fin ese hijo tan deseado; solía rezarle a un santo adorado en toda la región de Tarhuna. ¡Y el milagro finalmente se produjo! Su esposa quedó embarazada por cuarta y última vez, y dio a luz un pequeño niño. Al fin satisfecho, Mohamed decidió llamar al niño como aquel a quien consideraba su bienhechor espiritual: se llamaría entonces Muamar, que significa «el Constructor». Ese nombre resonaba como un deseo alocado en tiempos donde aún crepitan sin cesar los fuegos de la guerra.

El niño milagro

Muamar llegó al mundo entre el estruendo de los bombardeos. Sus padres, divididos entre la alegría y el miedo, agradecieron al cielo, pero al mismo tiempo observaban las llamas en el horizonte y se preparaban para levantar su campamento y huir una vez más en caso de ser necesario. Cinco meses antes, el general británico Auchinleck había alejado a las tropas de Rommel, pero este último estaba a punto de volver para hacer retroceder a las fuerzas Aliadas hasta la costa norte de Libia, y ya había tomado la ciudad de Gazala, ubicada a 60 kilómetros de Tobruk. El 21 de junio de 1942, los alemanes finalmente la ocuparon. En julio, Rommel intentó sin éxito penetrar en las líneas británicas. Los contraataques se sucedían de un lado y del otro, hasta que los británicos consiguieron sacar ventaja... Panzers, lanzallamas, tiros de mortero y ametralladoras destruyeron la zona. Los nómadas desplazaban sus campamentos al ritmo de los movimientos estratégicos, pero no siempre conseguían evitar los tiros de alguno de los bandos.

Apenas aprendió a caminar y sostener un bastón, Muamar comenzó a ocuparse de los rebaños de cabras y camellos de sus padres, sembraba y cultivaba la tierra —un poco de cebada y trigo— en medio del caos de la Segunda Guerra Mundial. Los adultos que lo rodeaban no conseguían calmar su angustia: «Diferentes naciones combatían en nuestra tierra. Nosotros no sabíamos por qué. Los aviones sobrevolaban nuestro país. Nos tiraban bombas; las minas explotaban por todas partes. Nosotros desconocíamos el motivo. Esos son los primeros recuerdos que conservo de mi infancia».¹³ Los beduinos no conocían las razones que llevaban a los beligerantes a enfrentarse de esa forma en su territorio y a hacerles sufrir daños mortales, pero los antecedentes eran numerosos. Desde la Antigüedad, romanos, bizantinos, árabes, normandos, españoles, turcos, italianos, ingleses y finalmente alemanes los habían invadido. A lo largo del tiempo, una profunda voluntad de independencia y de revuelta había moldeado la cultura de los nómadas. Pero el sistema tribal también estaba poblado, por naturaleza, de oposiciones territoriales muy fuertes y generadoras de conflictos. Entre el peso de la historia y la violencia cotidiana, los beduinos se habían acostumbrado a una existencia ruda y precaria. Las únicas constantes eran Dios y el desierto, a los que había que respetar y temer porque eran a la vez refugio y amenaza.

El joven Muamar era muy piadoso, y amaba al desierto más que a todo. Jamás olvidaba recitar ardientes plegarias para que el Todopoderoso le acordara un destino grandioso, incluso cuando recorría las dunas de arena blanca para llevar a pastar a sus animales en la vegetación árida de una tierra roja y ocre donde alternaban olivos y palmeras. Cuando comenzaba a soplar el *ghibli*, un viento cálido y seco, él se cubría la boca y la cabeza y reunía rápido a los animales cerca del campamento, para luego encerrarse con el resto de su clan. Las carpas de piel de cabra, muy bajas, aportaban un mínimo de estabilidad en medio de tal intemperie y se hacían casi invisibles en el suelo rocoso cubierto de arbustos espinosos. Mientras esperaba que la tormenta pasara, la familia se reunía alrededor de un brasero, en el que Aicha ponía a hervir agua para el té en una tetera de hierro fundido. Kadhija, su hija mayor, molía cebada entre dos piedras planas para preparar el *bazin*, una masa servida en forma de medialuna, rellena con carne o verduras. Los granos tostados servían también para hacer la *zumita*, que preparaban para el desayuno y cubrían con caldo o alguna salsa de aceite. Con el trigo, hacían el *k eskesu* (cuscús) bereber, ¡un alimento que el niño glotón no se cansaba de comer! Mientras el viento soplaba en el exterior, Muamar, envuelto en una gran frazada de lana colorida, observaba todos esos preparativos culinarios relamiéndose. Las mujeres de la familia le guardaban la mejor parte, después de la que destinaban al padre. Aicha y sus tres hijas se dedicaban completamente a sus hombres y multiplicaban los cuidados a Muamar; el niño al que todos ya veían como un jefe de su tradición. Siempre tenía razón, ¡era el más bello, el más inteligente, el más amable! No importa lo que hiciera, nunca se equivocaba. Muamar recibía esas

atenciones con la distancia propia de un niño indiferente, demasiado mimado. Su aburrimiento dejaba entrever lo peor: el dictador libio, que se haría llamar «el Guía» y transformaría el más pequeño de sus caprichos en ley, se rodearía de una guardia personal compuesta exclusivamente de sus amantes ocupadas en cuidarlo, pero también de un harén de jovencitas, apresadas y secuestradas por orden suya para servirle de esclavas sexuales.¹⁴ La imagen terriblemente perversa de un escuadrón de «madres protectoras» de un lado y de una serie de «hermanas sumisas» del otro no quedaba muy lejos... El niño Muamar, treinta años antes, se alegraba de la adoración que le demostraban su madre y sus hermanas. Si no había carne suficiente para todos, Mohamed y Muamar compartían lo que quedaba. Era el principito adorado, el macho todopoderoso a través del cual la familia prolongaría su linaje. Aicha no ahorra elogios para su retoño, le asignaba obstinadamente todos los talentos y virtudes, sobre todo —e insistía especialmente en ello— la de transformarse en un futuro conductor de hombres. «¡Serás el más fuerte, hijo mío, serás el mejor y el más valiente!», le murmuraba casi todas las noches antes de dormirlo con calma en su cama de paja, sobre la arena roja de la carpa. El cerraba los ojos y el mundo a su alrededor desaparecía. Los volvía a abrir y el mundo resurgía, al ritmo de su voluntad. El niño milagro nacido cuando ya nadie lo esperaba, el hijo del desierto mimado por todos, soñaba ya con ser un líder omnipotente, amado por su pueblo como él lo era por su madre: de manera incondicional y absoluta.

El pirata del desierto

Esa admiración materna desmesurada se apoyaba, a modo de justificación, en una historia familiar repleta de aventuras y glorificada con gusto. Sentados cerca del fuego, su padre le contaba incansablemente la manera en que había muerto el abuelo, combatiendo a los invasores italianos, mientras que él mismo había resultado herido en el hombro izquierdo combatiendo a los mismos colonizadores después de la Primera Guerra Mundial. Los detalles sangrientos sobaban, la realidad era embellecida, mejorada cada vez, y tomaba a lo largo de los años un tono dramático cada vez más impresionante. El niño sólo advertía en ese linaje guerrero coraje y logros, las masacres y las escenas de batallas eran para él elementos normales de una vida honorable. ¡Una existencia como la que le esperaba a él! La megalomanía de Gadafi todavía era incipiente, pero e stallaría rápidamente con la borrachera del poder. El padre Mohamed acercaba sus manos al fuego y el joven Muamar, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas, se dormía acariciando sueños de venganza y de grandeza. A los ojos de los suyos, él representaba la generación de la revancha, la que lograría que el futuro de la nación se expresara en la autoridad y la sangre... Su clan soñaba con hacer olvidar los siglos pasados bajo el influjo de diversas potencias coloniales y extranjeras, para por fin devolver a los beduinos el disfrute completo de su suelo. No llegaba a los seis años y ya debía asumir esa mochila, esa responsabilidad precoz e impuesta, propia de un jefe de guerra. El niño, a modo de escapatoria, gozaba con las historias de piratas que infectaban desde el siglo xv la costa de Libia cometiendo secuestros y degüellos. Los corsarios turco-libios habían sido además aliados de la Francia de Francisco I para saquear la Córcega bajo dominio genovés, antes de que les llegara el turno de ser combatidos por los almirantes de Luis XIV. Los bandidos del mar influyeron notablemente en el paisaje político e imprimieron su marca criminal en la historia del país. Muamar estaba fascinado por su insumisión salvaje; los piratas libios desafiaron a las potencias más grandes y, al mismo tiempo, piratearon sin vergüenza el territorio marítimo durante siglos: «¡Tomaron lo que quisieron, cuando y como quisieron!». El nómada del desierto admiraba a los nómadas de los océanos. Para parecerse a ellos e identificarse con los más feroces, Muamar se vestía con telas multicolores, se enrollaba turbantes que les había robado a su madre y a sus hermanas. Solía exhibir un *janbiya* de acero, un puñal de hoja corta y curva, que guardaba en la cintura para imitar los abordajes. Algunos años más tarde, el juego se transformaría en un cruel ritual: Gadafi el tirano se vestirá con los mismos elementos para violar indistintamente niñas y niños —o para seducir a su auditorio político, según sus necesidades—. Conservó durante toda su vida el gusto por la vestimenta exuberante, con aires de cierto folclore bandolero. Sin embargo, el hijo del desierto y su tribu no apreciaban el mar, un elemento que los aterrizzaba por su exotismo. El Mediterráneo se encontraba a unos veinte kilómetros de su campamento; pero vivir más cerca del agua, como la gente de las ciudades, habría significado para ellos someterse a cierta autoridad y un límite para su libertad.

El horizonte de los nómadas se extendía hasta perderse de vista entre las dunas y las estepas. ¡Pero Mohamed consideraba que no era suficiente para su hijo! Aicha, en su exuberancia de madre colmada, le daba la razón. Mohamed tenía grandes ambiciones para su hijo, al que había esperado tanto tiempo: el cielo no se lo podía haber enviado para conformarse con una existencia banal. «¡Es tan diferente de los otros!», se decía el padre. El temperamento serio y poco locuaz de su hijo lo impresionaba, al igual que su desprecio por los juegos que preferían los otros niños de ocho años. El joven desdeñaba la inocencia y la puerilidad de los de su misma edad; se hacía a un lado, incluso con sus primos. Al comprender instintivamente la dimensión inquietante de su personalidad, los otros niños tampoco buscaban su compañía; se mantenían a distancia, pero fascinados por el carisma de Muamar que era evidente. Siempre se lo notaba seguro de sí mismo y exhibía una sonrisa en cualquier circunstancia, como si supiera algo más que el resto. Esa singularidad, que subrayaba con orgullo Mohamed, uniría luego a las masas seguidoras del «Guía de la revolución» en sus comienzos y ayudaría a construir la autoridad de este personaje grotesco, cuya avidez de poder aumentaría a lo largo de cuarenta años... En la tribu de su infancia, la frialdad emocional del hijo de Mohamed y Aicha solía ser interpretada como coraje. Cuando murió su perro preferido, ni siquiera protestó. Su padre creyó ver en esa reacción una madurez increíble, un signo precoz de virilidad. ¡Soñaba que Dios tenía grandes planes para su hijo y que debía ayudarlo a realizarlos! Con su hijo ya transformado en el coronel Gadafi, recordaría su decisión con orgullo: «No quería que tuviera un destino como el nuestro. Éramos seis, todos analfabetos. Él tenía que estudiar, él, mi único hijo. Tenía tanta voluntad que yo estaba seguro de que llegaría a buen puerto. Así, de uno de mis viajes al Frezán, adonde iba con frecuencia a vender o comprar ganado, le traje a un maestro para que le enseñase el Corán. ¿Qué edad tenía por entonces? Siete, ocho años. ¡Y que rápido que aprendió! No se despegaba ni un momento de su maestro. Sus primos también iban a las clases que se dictaban a la sombra del campamento, pero apenas podían se ausentaban».¹⁵

El pequeño pastor se sumergió en las santas escrituras con entusiasmo. Aprendió rápido a leer y escribir, pero al cabo de dos años precisaba de verdaderos profesores para poder progresar. Sus padres, aunque eran muy pobres, estaban listos a hacer el sacrificio para que pudiera continuar sus estudios. Antes de los diez años

ingresó a la escuela primaria de Sirte. Mohamed y Aicha no tenían para pagarle el alquiler de una habitación, por lo que Muamar dormía en la mezquita. Los jueves por la tarde, después del curso y para irse a descansar, tomaba sus pertenencias y regresaba a la casa de sus padres. ¡Treinta kilómetros a pie en pleno desierto! Estaba claro que el niño tenía voluntad. Y con razón, ya se había asignado un combate: en ese establecimiento escolar tan precario, eran pocos los hijos de nómadas (las mujeres ni siquiera podían soñar con el beneficio de gozar con una instrucción). Ser la excepción subyugaba y estimulaba al joven Gadafi. Y su entusiasmo era contagioso. A comienzos de los años 1970, el teniente Muftah Ali, amigo de infancia del «Coronel», recordaba así su encuentro: «Conocí a Gadafi hacia 1955, cuando frecuentábamos la escuela primaria de Sirte. Gadafi estaba en quinto año y yo en segundo. Éramos en total tres o cuatro beduinos en la escuela, el resto nos consideraba unos miserables».¹⁶ Gadafi estaba orgulloso de sus orígenes y transformó la dificultad en desafío: «Nosotros valemos lo mismo que cualquiera», solía decir, «nosotros podemos instruirnos tan bien como cualquier otro». Muftah Ali recordaba también que Muamar le inspiraba sentimientos contradictorios, en los que se percibía como en filigrana la futura dictadura: «Todavía niño, ya tenía algo raro, una especie de autoridad innata que lo posicionaba naturalmente como jefe». Ese «lado oscuro» en la personalidad del joven Gadafi encontró una justificación en su incipiente ideología. «Fue en la escuela primaria de Sirte donde sintió en el cuerpo por primera vez el peso de la injusticia, las diferencias entre los habitantes de Sirte y los beduinos», confirmó su viejo compañero. Peleas, insultos; es fácil imaginar que los pequeños nómadas debieron apelar a diferentes medios para imponerse y forzar a que se los respetase. La «injusticia» expresada por Ali le dio el impulso que le faltaba al futuro líder: Gadafi había descubierto una causa que defender, ¡y la justificación de su futura dictadura! La bestia había encontrado por fin un hueso que roer, al que no abandonaría jamás...

Muamar se adaptó sin dificultades a su nueva vida, todavía más nómada de lo habitual. Cuando encontraba un alma caritativa que viajaba hacia el mismo lugar que él, aprovechaba y hacía parte del trayecto para ir a encontrarse con sus seres queridos en mula o en camello. Su padre no dudaba sobre su futuro, porque los resultados en la escuela eran muy buenos. No dejaba de repetirles a los otros miembros del clan: «El solo encontrará el mejor camino...». Sus compañeros lo consideraban a la vez taciturno y misterioso, pero conseguía hacerse apreciar al ofrecer su ayuda a los demás. Así logró conformar un grupo de fieles devotos, algunos de los cuales —como Muftah Ali— lo seguirían en su ascenso político. Así sería también en la escuela preparatoria de Sebha (al sudoeste de Libia) en la que lo inscribieron a los quince años. Siempre hacía falta llamarlo —y ubicarse así en la incómoda posición del que debe algo— para conseguir un favor, o incluso una palabra suya. Su padre también lo advirtió: «Había que hacerle preguntas directas para hacerlo hablar».

El adolescente ya era claramente un apasionado de la política. Leyó todo lo que encontró sobre el general de Gaulle, Tito y Mao. Nasser era su ídolo. Ya se veía como coronel, un título fantaseado antes de autoproclamarse como tal, un grado que reivindicaría hasta su muerte. En clase de segundo año, ya preparaba una revolución, era un organizador carismático y seguro de sí mismo. En 1961, cuando Siria decidió romper el tratado de unidad acordado con Egipto, organizó una manifestación de apoyo a Nasser: veinte de sus compañeros fueron detenidos y a él lo echaron de la escuela. Se fue a otro establecimiento cerca de Trípoli y construyó células clandestinas con los alumnos. En 1963, sus viejas fantasías de pirata se hicieron más concretas; aquel año le dijo a su amigo Muftah Ali —por entonces ambos se encontraban en Homs, cerca del mar—: «Este mar era árabe en otros tiempos; volverá a serlo algún día, ya verás». Ingresó en la academia militar a los diecinueve años, y posteriormente fue enviado a Gran Bretaña en 1965 para seguir durante cuatro meses una formación militar en la Royal School of Signals. Luego creó el «movimiento de oficiales unionistas libres» que impulsó el golpe de Estado del 31 de agosto de 1969 y que Gadafi justificó así: «Había cinco bases militares norteamericanas y otras tantas británicas en suelo libio [...] [también] presencia permanente del ejército italiano de colonización. Nuestro deber era liberar nuestra tierra de esa ocupación».¹⁷

El «Guía de la revolución», surgido del desierto y de la guerra, inclinó a su pueblo y al mundo ante él... ¡durante cuarenta años! La sociedad libia pasó a estar en manos de su clan, que controlaba una decena de tribus más. Ya en noviembre de 1974, el antiguo niño del desierto declaró: «La muerte es la pena para toda persona que forme un partido político». Seguirían miles de ahorcamientos y mutilaciones a opositores, reales o supuestos, que se transmitirían por la televisión. Gadafi hizo realidad su sueño de niño, un sueño sanguinario y megalómano. Nada le impedía declararse «rey de los reyes de África» y disfrazarse como cuando era joven, para pavonearse delante de una comunidad internacional que era abominablemente complaciente debido a los recursos petroleros de Libia.

Muamar siguió el destino que tanto esperaba su madre Aicha. Durante los años 1980, Amnistía Internacional confirmaría «detenciones masivas, desapariciones y torturas sistemáticas». La guerra civil, que finalmente estallaría en 2011, acabaría con su dictadura. Despojado de sus harapos de pirata de opereta, el tirano fue capturado y ejecutado en circunstancias todavía confusas. Le habrían clavado una bayoneta en el ano, como hacían los piratas otomanos de antaño...

5. HITLER

Hitler era un apasionado de las abejas: desde muy jovencito su progenitor lo inició en la apicultura. El joven Adolf extrajo de allí numerosas enseñanzas sobre la selección natural, las nubes de humo que eran necesarias para adormecer la colmena, la noción de territorio, el sacrificio de los insectos-soldados... Ese rigor existencial estaba muy lejos de imperar en su vida familiar. Nacido el 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, un burgo austrohúngaro, Adolf era el fruto de una genealogía compleja y escabrosa.

El aduanero priápico y la pastora ingenua

Su padre, Alois, nacido ilegítimamente con el apellido Schicklgruber y reconocido póstumamente el 8 de junio de 1876 como hijo del molinero Johann Georg Hitler, habría sido en realidad hijo natural de su tío, el granjero Johann Nepomuk, que a su vez era abuelo de Klara Pözl, futura madre de Hitler...

Criado en una granja del pueblo de Spital, en la Baja Austria, Alois aprendió a leer, escribir y contar en la casa parroquial, a la que iba por iniciativa propia. Su padre putativo, Johann Georg Hitler, murió cuando él tenía siete años y su madre, Maria-Anna Schicklgruber, cuando apenas había cumplido los diez. El niño aprendió rápido a confiar únicamente en sí mismo y, sobre todo, a desconfiar de la familia que le quedaba: el «tío» Nepomuk era un patriarca tosco, brutal y ambicioso. Se sintió muy aliviado cuando vio partir al huérfano de trece años para probar suerte en Viena. ¡Una boca menos que alimentar! Alois primero encontró trabajo como aprendiz de caldero y luego fue contratado como zapatero. Una existencia miserable en la que su salario le alcanzaba fundamentalmente para tomar una sopa caliente dos veces por día y para conseguir una cama de paja donde dormir. Con paciencia, alcanzó una educación básica como autodidacta, leía por la noche los libros que podía comprar con su magro salario. En 1855, Alois Hitler, de dieciocho años, obtuvo un empleo modesto de funcionario en el ministerio de Finanzas de Austria; gracias a una promoción interna logró ingresar al servicio de aduanas en 1864, en 1870 consiguió el título de oficial en ese mismo servicio y en 1875 se transformó en inspector. Muy concentrado en mejorar su situación, se casó dos años antes con una mujer catorce años mayor que él, Anna Glassl. No estaban vinculados por ninguna clase de amor, pero cada uno creía obtener cierta ventaja: Anna admiraba su determinación de trepador y su belleza mientras que Alois sacaba réditos de las relaciones sociales de Anna y de su dote. Lamentablemente, en menos de un mes la pareja explotó. Alois era un mujeriego y un erotómano empedernido cuyos amoríos ofuscaban a Anna, exsolterona a la que el matrimonio no arrastró a los placeres de la carne. La relación empeoró con el declive físico de Anna, víctima de una tuberculosis. Alois, que ya dormía en otra habitación, se alejó todavía más de su mujer enferma y dormía cada vez con más frecuencia fuera de casa para escapar de los lamentos y las flemas sanguinolentas. En 1876, en el marco de una visita a casa de Nepomuk en Spital, se encontró con su sobrina Klara. La pequeña cuidadora de vacas no era muy despabilada, pero el donjuán no dejaba de observar su cintura agraciada, sus grandes ojos azules, su boca carnosa y las curvas incipientes de su frágil cuerpo. Él tenía treinta y nueve años, ella dieciséis, pero en ese lugar alejado del campo las diferencias de edad y la consanguinidad importaban mucho menos que conservar el patrimonio —y sus trapos sucios— protegido dentro de la familia. Además, necesitaba una sirvienta y propuso contratar a la adolescente, ¡a la que justamente sus padres estaban tratando de ubicar! Así fue como las cosas se arreglaron y Klara se transformó en la asistente de Anna en su residencia de Braunau. Alois todavía no se atrevía a acercarse a la adolescente delante de las narices de su esposa. Por otra parte, ya había encontrado otro capricho para entretenerse en casa: Fanni Matzelsberger, de diecinueve años, que era otra de sus empleadas domésticas con grandes habilidades para vincularse con los hombres. Su habitación estaba pegada a la de Klara, por lo que esta última no tardó mucho en advertir los revolcones mientras pensaba en su tío fogoso. Porque la joven estaba sinceramente enamorada de él, de su bello uniforme, de su autoridad, de su bigote largo y espeso que la seducía enormemente... Ese amor creció en secreto a pesar del ambiente cada vez más tóxico que imperaba en la casa de los Hitler. En 1880, Anna, la esposa legítima de Alois el infiel, obtuvo sin mayores dificultades la separación de cuerpos y abandonó la residencia conyugal viciada por el adulterio. Fanni sería desde entonces la reina del lugar y aprovechó su estatuto de favorita para hacer despedir a Klara, quien, muy decepcionada, volvió a su granja...

En 1882, Fanni dio a luz un pequeño Alois júnior. Ese pequeño niño recién sería reconocido por su padre en 1883, después de la tan esperada muerte de su primera esposa. Seis semanas después de esa muerte, *Herr* Hitler se volvió a casar con su antigua empleada y tuvieron un segundo bebé, Ángela. Pero una rara venganza, tal vez surgida de ultratumbas, cayó sobre ellos: Fanni fue víctima de la misma enfermedad que la difunta Anna, pero en una versión aún más fulminante ante la cual sucumbió el 10 de agosto de 1884.

Alois Hitler, de cuarenta y siete años, ahora era viudo por segunda vez... ¡sin embargo, no se quedaría solo! A principios de julio, envió a Fanni al campo para ahorrarse el triste espectáculo de su agonía. A la espera del momento fatal, regresó a Spital para rogarle a Klara que regresara; quería volver a estar al cuidado de su sobrina, quien se ocuparía de mantener en pie la casa y criar a los dos pequeños de dos y un año de edad. Klara tenía veinticuatro y, todavía fuerte, aceptó sin dudarle. La pequeña pastora aún soñaba con encuentros furtivos con su familiar. No tuvo que esperar demasiado: Fanni murió unos días después del paso de Alois por su casa. «¡Ahora le toca a ella!», se decía el grosero. La virgen sumisa se dejaba tumbar en la cama con una mirada llena de inocencia y sus ojos azules bien abiertos. Pero sus sueños románticos se derrumbaron pronto. Alois no era tierno, pero no tardaba en regresar a su habitación y el vientre de Klara pronto se fue redondeando. El cura se sorprendió, los jefes del aduanero Hitler se agitaron. ¡Alois debía asumir sus responsabilidades y volver a la decencia! Tuvo que casarse con Klara. Pero, teniendo en cuenta su parentesco cercano, el cura se opuso a esa unión. Alois, obstinado como de costumbre, no se rindió tan fácil: redactó una carta al tribunal pontificio de Roma, y sumó otra carta de un cura amigo que argumentaba la existencia de un error lamentable en su árbol genealógico. En esos tiempos, el escándalo de una unión de ese tipo se disipaba con la obtención de un permiso y nadie volvía a decir nada. A las seis de la mañana del 7 de enero de 1885, Alois Hitler se casó con Klara Pözl

en presencia del patriarca Nepomuk, que viajó desde Spital para la ocasión, para nada conmovido por las relaciones incestuosas de su nieta con su hijo presuntamente adúltero —a quien además había transformado en su heredero—. El casamiento fue discreto y rápido, Alois no se había tomado libre el día. Prefirió regresar al trabajo y al salir se fue de copas con sus colegas. En esas mismas horas, Klara retomó dócilmente sus tareas domésticas. Estaba embarazada de cuatro meses y seguía llamando «tío» a su marido, con temor y deferencia. Una costumbre que conservó hasta el fin de sus días, lo cual dejaba al desnudo en el ambiente la disfuncionalidad familiar... El primer hijo, Gustav, nació en mayo de 1885; una hija, Ida, en septiembre de 1886; durante el verano de 1887, otro hijo, Otto, que sólo vivió dos o tres días. Esa muerte fue un golpe terrible para la joven madre. «¡Una desgracia nunca llega sola!», se decía entonces con pánico la desgraciada, que temía la cólera de Dios por haber tomado tan rápido el lugar de dos muertas en la cama de su tío... De hecho, la cólera divina efectivamente volvió a golpear. A Klara se le volvería a romper el corazón en dos oportunidades: el 8 de diciembre de 1887 y el dos de enero de 1888 Gustav e Ida murieron de difteria. Esas muertes no consiguieron conmover al progenitor, que solía considerar a sus retoños como desechos producidos por su gran apetito sexual. «Bah, ¡tendremos otros! Tus lamentos no los harán regresar...», le decía impávido a Klara, que lloraba en la tumba de sus pequeños para consolarse.

El niño de reemplazo

La joven mujer, aunque era amorosa con los hijos de la difunta Fanni, sufría cruelmente las desgracias de su maternidad. Además, Alois había vuelto a tratarla como una sirvienta más que como una compañera y se dejaba ver con diferentes amantes en las tabernas de Braunau. Ante esa situación, Klara comenzó a desplegar todos sus encantos para reconquistarlo, y contaba con su probada fertilidad para torcer la situación a su favor.

Ese deseo fue satisfecho el sábado previo a la Pascua de 1889, a las seis y media de la tarde. Llovía a cántaros y el termómetro marcaba apenas siete grados. Sin embargo, Alois había ido a inspeccionar sus amadas colmenas; le preocupaba más saber si sus abejas reinas soportaban bien el frío que acompañar a su esposa mientras paría. Los hijos de Fanni, Alois junior y Angela, estaban sentados junto a la estufa y decoraban huevos; prestaron poca atención a los quejidos lacerantes de su madrastra y al posterior alivio que invadió la habitación conyugal. «*Frohe Oster*,¹⁸ Klara, ¡es un varón!», le dijo la partera, Franziska Pointecher, mientras cortaba el cordón umbilical. Ese fin de semana, tradicionalmente dedicado a la renovación y la esperanza, acababa de nacer Adolf Hitler...

Klara, agotada pero feliz, apretó al recién nacido contra su pecho. A partir de ese instante, le dedicaría un amor excesivo, enfermizo, moldeado por sus propios sufrimientos, por sus frustraciones, por la ausencia absoluta de ternura que había transformado su existencia en un desierto afectivo. Al regresar, Alois muerto de frío pasó primero por la cocina para fumar una pipa antes de descubrir con una mueca circunspecta a su nuevo retoño. ¡Otro problema más! Afortunadamente, Klara cumplía perfectamente con sus tareas y se había convertido en experta en conseguir el silencio de los niños en presencia del padre. Pero ese logro fue mucho más difícil de alcanzar con el recién nacido, al que ahogaba con caricias y alimentaba sin cesar para tratar de calmar los inevitables gritos y gemidos. Esa alimentación excesiva le provocó al niño ataques de colitis y otros desarreglos intestinales que se harían crónicos y seguirían atormentando al Hitler adulto. Desde sus primeros meses de vida, Adolf Hitler, a quien la madre apodó tiernamente «Adi», sintió literalmente en las tripas los efectos alienantes de una autoridad superior —a la cual pretenderá reemplazar a lo largo de toda su vida—. «A partir de los documentos disponibles», escribió en 1985 la psicoanalista Alice Miller, «podemos representarnos con bastante facilidad el contexto en el cual creció Hitler. La estructura familiar puede ser considerada como el prototipo del régimen totalitario. La única autoridad indiscutible, y a menudo brutal, era la del padre. La mujer y los hijos estaban totalmente sometidos a su voluntad, a sus caprichos y a sus humores; debían aceptar las humillaciones y las injusticias sin cuestionarlas e incluso agradeciéndolas; la obediencia era el primer principio de vida».¹⁹ Para Alois, la obediencia ciega era efectivamente la principal virtud, tanto en la esfera privada como en la profesional. Se definía a sí mismo, incluso, como el ejecutante ideal, aquel que sigue las órdenes de la jerarquía sin cuestionarlas jamás ni evaluar su pertinencia. No debía interferir ninguna dimensión moral ni ninguna reflexión personal. Hitler padre se lo machacaba a sus hijos, Adolf Hitler lo recordaría treinta años después: «Podía suceder que le dijera [a mi padre]: “Padre, piensas que...”, y él me cortaba enseguida la frase: “Hijo, no necesito pensar, ¡soy funcionario!”».²⁰ El dictador nazi había incorporado perfectamente esa lección abyecta, y la tomó como inspiración para organizar su administración de la muerte.

Pero antes de ser capaz de hablar e importunar a su padre con preguntas, «Adi» observaba el lugar y el rol de cada uno en el seno familiar: el patriarca, siempre vestido de uniforme, controlaba a Klara, la proveedora, a su hermanastra Angela (seis años) y su hermanostrastro Alois (siete años), pero también controlaba desde hacía pocos meses a la tía Johanna, la hermana de Klara, una jorobada que hacía tareas domésticas para su propia familia. Los vínculos de consanguinidad, alimentados desde hacía varias generaciones, habían provocado diferentes deficiencias mentales o físicas en la familia del futuro Führer, e influenciarían directamente su política eugenésica: en diciembre de 1940, envió a la cámara de gas del centro de eutanasia nazi del castillo de Hartheim (en Alta Austria) a su propia prima esquizofrénica, Aloisia Veit, junto a otros 18.500 discapacitados mentales. Hitler transformaría en cenizas un pasado que evidentemente lo atormentaba...

«Adi» creció entre dos mujeres a las que su padre les negó toda identidad y de las que se servía para su pura conveniencia. Las dos hermanas, Klara y Johanna, tenían por única función satisfacer todas las necesidades de Alois. La más frágil era sin dudas Johanna, lisiada, y por lo tanto considerada como una «imbécil» en todo el sentido de la palabra. A raíz de su discapacidad, siempre tuvo que soportar las miserias y las quejas de todos. Su deformidad le había quitado también toda esperanza de engendrar y de encontrarse un «amo y señor» diferente de su cuñado. Instintivamente, toda esa ternura reprimida la volcaba en el hijo de su hermana, al que adulaba y besaba todo lo posible —a menudo resultaba invasiva para el niño e incluso molesta a los ojos del jovencito—. A pesar de todo su amor, no podría proteger por mucho tiempo a Adi del malgenio de Alois, incluso menos tiempo que su hermana. Como era en general la norma en esa época, Alois implementaba una pedagogía intolerante y brutal; pero, en su caso, le agregaba un toque personal, un ahínco aún más devastador... Desde el

momento en que comenzó a caminar. Adi se convirtió en uno de los blancos de Alois, que buscaba permanentemente las imperfecciones, los defectos y las desobediencias en sus tres hijos. No depositaba ninguna ilusión en las capacidades de Alois junior, al que despreciaba y consideraba, a sus siete años, como un fracasado irrecuperable —el pequeño era mal alumno, a pesar de los castigos que recibía con la llegada de cada boletín escolar—. «¡No se puede esperar nada! Nunca se transformará en un buen funcionario...», bramaba Alois. Por eso, la tomó desde el principio con Adi. «Cuanto antes se endereza a los niños, mejores son los resultados», se decía cada vez que tomaba el látigo colgado de un clavo para castigar a sus hijos. Herr Hitler, «amo» en uniforme pardo de los límites de su país y de su hogar, se convirtió en el modelo admirado y a la vez odiado por su hijo: en 1938, el Führer haría destruir con los tanques de la Wehrmacht el pueblo natal de su padre y el cementerio donde reposaba su abuela, en Döllersheim, al que convirtió en polígono de tiro. Una revancha amarga y tardía...

Alois pegaba fuerte. Un día, le dio un correctivo tan brutal a Alois junior, al que acusaba de haber faltado a la escuela, que el niño se desmayó. Incluso el perro de la casa no podía evadir sus enojos; lo golpeaba hasta hacerlo reptar y orinarse encima, con el único objetivo de mostrarle a sus hijos quién era el jefe. A partir de los tres o cuatro años, Adi recibiría nalgadas por razones estrafalarias: porque había derramado su leche, porque había ensuciado su ropa, etc. Solía orinarse encima por el miedo que sentía, lo cual terminaba provocando el castigo tan temido. Klara solía pasarle crema por sus nalgas irritadas, pero no se interponía ante los castigos: cuando Alois se tomaba una cerveza de más, ella debía irse si no quería recibir algún golpe. Sin embargo, una noche, Alois persiguió a Adi hasta el granero, Klara los siguió y vio a su hijo acostado en el suelo mientras el padre se ensañaba con él; intentó ayudarlo a levantarse y recibió un puñetazo.²¹ Pero fue un episodio excepcional; en general, Klara ni siquiera soñaba con contradecir a su marido. Cuando éste se ausentaba, ella actuaba y hacía actuar a sus hijos conforme a las órdenes del padre. A pesar de todo, Adi veneraba a esa mujer de tez clara y ojos hipnóticamente azules, una imagen idealizada que pasará a ser para Hitler el arquetipo de la perfección humana y «racial». Pero, según la psicoanalista Alice Miller, la sumisión de Klara ante su esposo contribuyó a destruir al niño: «La madre observaba a su hijo humillado, burlado, torturado, y no lo defendía, no hacía nada para liberarlo, con su silencio se volvía cómplice de los torturadores, abandonaba a su hijo. ¿Se puede esperar que un niño comprenda? [...] Conscientemente, ese niño sin dudas sentirá que ama intrínsecamente a su madre; más tarde, en sus relaciones con los demás, siempre sentirá que lo dejan abandonado a su suerte, que lo explotan y lo traicionan».

Cuando Alois quería convocar a Adi, no lo llamaba, sino que se limitaba a silbarle como si fuera el perro. Debía llamarlo «señor Padre» y temer sus enojos. En 1889, el oficial de aduanas por fin consiguió realizar su sueño burgués y se transformó en propietario de una casa cerca de Spital, gracias a la herencia que recibió de Nepomuk, que había muerto el año anterior. Sin embargo, la residencia duró poco, porque la familia tuvo que mudarse varias veces, al ritmo de los cambios que implicaba la profesión de Alois —la última vez los había llevado a Linz, donde la familia Hitler se radicó en 1894, poco antes de que el paterfamilias se jubile en 1895. Cuatro meses antes, Alois había comprado una granja en el pueblito de Hafeld, cerca de Fischlham. Allí, Adi ingresaría en el colegio por primera vez el 1 de mayo de 1895. A diferencia de su hermano, consiguió muy buenos resultados en la escuela primaria. La competencia se extendería apenas unos meses: a los trece años, Alois junior, que no soportaba más ser la causa del sufrimiento de su padre, se fugó definitivamente del domicilio familiar. Alois padre renegó de él y lo desheredó poco tiempo después, también rechazó cualquier búsqueda y no quiso averiguar más sobre él. Nadie en la familia estaba autorizado a pronunciar su nombre. Herr Hitler consideraba que esa fuga era una deshonra. Se la sacó rápido de la mente y otro hijo tomó el testigo.

Pánico en medio de las tinieblas

Un año antes, la familia se había agrandado. Edmund Hitler nació el 24 de marzo de 1894. La atención de Klara naturalmente se reorientó al recién nacido, al que Adi miraba con desconfianza. Desde que Alois dejó de trabajar, el clima familiar, que ya era lamentable, se degradó todavía más. A partir de entonces, su tiempo se dividía entre las sacrosantas colmenas —que a menudo inspeccionaba con ayuda de Adolf— y las visitas a la taberna. Se quedaba en casa lo menos posible, lo exasperaban las mujeres y los niños. Sin embargo, embarazó una vez más a Klara: Paula nació el 21 de enero de 1896. La casa estaba invadida por los llantos, los pañales y la maternidad intensiva, para gran cólera del padre que se dejaba invadir por los nervios y tomaba el látigo para descargarse. Desde la partida de Alois junior, Adi había asumido el rol de hijo mayor, y era ahora él el que recibía los golpes. A los siete años, sufría una presión feroz. Su padre le consumía los días y las noches. Hitler adulto nunca conseguiría liberarse del terror que le había inspirado; los más cercanos al Führer confirmaron sus pesadillas nocturnas crónicas: «Solía despertarse por la noche con gritos y convulsiones. Pedía ayuda [...]. Lo invadía un pánico tan fuerte que se ponía a temblar hasta que la cama empezaba a sacudirse. [...] Jadeaba como si estuviera a punto de ahogarse». Entre las pesadillas y las alucinaciones, creía distinguir una sombra familiar...: «¡Es él! ¡Es él!», gritaba. Sus labios se ponían azulados. Derramaba gruesas gotas de sudor. De repente, pronunciaba cifras sin ningún sentido, luego palabras, fragmentos de frases. [...] Lo masajeaban, le daban algo para beber. Y se ponía colorado: «¡Allí! ¡Allí! En el rincón. ¿Quién está ahí?». Golpeaba el suelo y gritaba.²² El niño golpeado por su padre y mimado al extremo por su madre, desgarrado entre las emociones más extremas, poseía un imaginario consolador en ese paisaje interior apocalíptico, lleno de colores, poblado de caballeros y criaturas místicas, de logros y grandeza. Desarrolló un carácter tormentoso, peleador y sujeto a fuertes enojos cuando su padre se ausentaba. Su madre y su tía Johanna le cumplían todos los deseos cuando el jefe de la familia no estaba. Apenas salía de la escuela, Adi se iba a correr por el bosque con otros niños, jugaban a la búsqueda del tesoro, a los ladrones, como todos los niños de su edad. Pero, hay que decirlo, tenía una fuerte disposición a imponer su voluntad, a gritar grandes discursos a su pequeña tropa, en resumen, a jugar con una seriedad que no dejaba de sorprender e incluso asustar a sus compañeros. Su comportamiento sobreexcitado permanentemente, su pasión —rara para su edad— por los largos monólogos exaltados, lo marginaban de los otros niños de la escuela, sobre todo cuando no lograba manipularlos para organizar y dirigir los juegos más desahogados.

En 1898, los Hitler se mudaron otra vez, abandonaron una zona demasiado rural y aislada para el gusto de Alois y se dirigieron a la pequeña ciudad de Lambach: diversión y tabernas eran allí mucho más accesibles. Adi también encontró ciertas ventajas. Siguió siendo buen alumno en su nueva escuela y su padre lo inscribió en el coro de una abadía vecina. El niño descubrió el placer del canto litúrgico y admiraba los sorprendentes frescos romanos del lugar, así como su teatro barroco. Adi, que no dejaba de oscilar entre un deseo de rebelión severamente reprimido y la búsqueda obsesiva de la pureza —una búsqueda esencial en las leyendas nórdicas que tanto apreciaba—, estaba maravillado por el decorado religioso y la solemnidad de los ritos. A los nueve años se convirtió en monaguillo de la iglesia, soñaba con ser abad, pero fue expulsado por los benedictinos de Lambach debido a su indisciplina y «amoralidad» —motivos recurrentes de sanciones en las escuelas a las que asistiría luego, pero cuyo detalle se desconoce—. En el hogar, cuando Alois no está, Adi les da órdenes con gusto a Edmund, de cinco años, y a Paula, de tres; esta última afirmaría ya adulta que Adolf solía golpearla.

El 23 de febrero de 1899, ¡volvieron a mudarse! Alois, siempre descontento con sus vecinos, siempre en búsqueda del lugar perfecto para instalarse, decidió que se mudaran a Leonding, la capital de Alta Austria. En esa época, Adi releía permanentemente los libros que lo apasionaban, algunos de los cuales provenían de la modesta biblioteca de su padre: una obra de citas latinas para lucirse en sociedad e inventarse cierto prestigio cultural, una historia ilustrada de la guerra franco-prusiana, un ensayo del neurasténico Schopenhauer, cuyo pensamiento se inspiraba en Platón, y libros sagrados hindúes —una influencia que aparecerá en los símbolos del Tercer Reich, especialmente la esvástica invertida—.

Pero un autor lo cautivaba muy especialmente: Karl May, emulador de Fenimore Cooper, cuyas novelas de aventuras se desarrollaban en el *Far West*; sus dos héroes eran Blanc Old Shatterhand y su amigo el Apache Winnetou. Esas ficciones alegraban su cotidiano, pero además el joven Adi encontraba en ellas una filosofía aplicable a todos los campos de la existencia. Y para el Adolf Hitler adulto, las aventuras de Winnetou serían siempre verdaderas lecciones que debían tomarse al pie de la letra, para aplicarlas literalmente. Mejor todavía: el dictador recomendaría expresamente esas lecturas a sus generales ¡para estimularles la creatividad estratégica!

La lectura de Karl May evocaba grandes espacios y la conquista de nuevos territorios —futuro objetivo nazi— pero también le otorgaba una libertad que, en realidad, se derrumbaba ante la férula despiadada de Alois. Sobre todo, le inspiraba la única respuesta que el joven consideraba adecuada: el ilusorio control de un odio voraz e ilimitado... A los diez años, Adolf Hitler decidió matar todas sus emociones. Lo conseguiría mucho más allá de sus primeras expectativas.

Adi había leído en una de sus novelas que los indios consideraban el hecho de no demostrar dolor como una prueba de coraje: «Fue entonces cuando decidí no volver a llorar nunca más cuando mi padre me golpeaba. Unos días después tuve la posibilidad de poner a prueba mi voluntad. Mi madre, muerta de miedo, se escondió del otro lado de la puerta. En lo que mi respecta, me dediqué a contar en silencio los palazos con los que me golpeaba».²³ Otras fantasías lo rescataban al proponerle un imaginario de pacotilla: a comienzos de la primavera de 1899, asistió «por primera vez en mi vida a ver *Guillermo Tell* y, pocos meses después, *Lohengrin*, mi primera ópera. Fue un flechazo. Mi entusiasmo juvenil por el canon de Bayreuth superó todos los límites».²⁴ La búsqueda del santo Grial en la lectura de Wagner lo sumergió en un estado casi místico y otorgó grandilocuencia al delirio de Adolf Hitler. Allí encontró una resonancia personal. La ópera, la música y la mitología funcionaban como pantallas de humo, ocultaban las monstruosidades que habían surgido en su espíritu —ya enfermo— durante veinte años.

Metamorfosis

Parte de su destino se decidió el año de su decimoprimer cumpleaños. Por entonces, los rasgos del niño comenzaron a dejar a la vista la máscara de locura fría y calculadora que caracterizó al rostro más filmado y fotografiado de la historia...

Varios acontecimientos se sucedieron y contribuyeron a la liquidación del niño. El 17 de septiembre de 1900, Alois lo inscribió en el colegio más cercano de Linz: la Realschule privilegiaba las materias científicas y tecnológicas. El padre consideraba que los talentos gráficos reivindicados por su hijo podían ser útiles —más allá del aspecto puramente artístico que dejaba en segundo plano— para un destino técnico. Como los Hitler seguían viviendo en Leonding, el joven debía recorrer un trayecto de una hora todos los días. A veces hacía paradas en el camino para dibujar y observar los paisajes. Cuando se los mostraba a su madre por las tardes, ella exclamaba toda su admiración. En su fuero interno, él estaba persuadido de ser un potencial gran artista. Pero, durante sus largas caminatas en el campo, también tenía tiempo de rumiar pensamientos oscuros y machacar sus angustias cotidianas. Los profesores del establecimiento secundario eran severos, utilizaban los castigos corporales y mortificaciones de todo tipo: un clásico, desde luego, de la «pedagogía negra» que por entonces se aplicaba y consistía en quebrar la voluntad de los alumnos para inculcarles mejor lo que fuera necesario. Los profesores de Linz eran más rígidos que los de la escuela que Adolf había frecuentado en Leonding. Pero ese método no conseguirá los efectos esperados en él: sus resultados decayeron irremediablemente. Describían a Adolf como un sujeto «obtusos, indisciplinado y mediocre, incapaz de concentrarse e irascible, además de desmesuradamente vanidoso». Entre un curso y otro, Adolf conocía a sus compañeros, la mayoría de los cuales provenían de contextos mucho más ricos que él. Los estudiantes más influyentes comenzaron a interesarse en política y convencían a los demás de seguirlos: la tendencia general en Austria se vinculaba al nacionalismo germánico y a un antisemitismo radical. El clima político ya estaba contaminado por la noción de *Deutschtum*: comunidad de civilización alemana. En la Realschule, los niños judíos se contaban con los dedos de una mano; apenas los toleraban, y sufrían las burlas de los otros alumnos y comentarios como mínimo degradantes por parte de los profesores. Fue entonces que Adolf se comprometió sin

dudarlo del lado de los germanistas radicales y colocó en su saco una cinta negra, roja y oro «en referencia a los colores panalemanes de 1848».²⁵ La brutalidad de las palabras y los actos de sus colegas lo inspiraban. La recuperaría para sí mismo y la transformaría en sistema a partir de los años 1930, como lo escribió en *Mein Kampf*: «Mi pedagogía es dura. Hay que eliminar la debilidad. En mis *Ordensburgen*,²⁶ formaremos una juventud que hará temer al mundo. Quiero una juventud violenta, dominadora, valiente y cruel. Deberá aprender a tolerar el sufrimiento. No deberá mostrar rasgos de debilidad ni de ternura. El brillo de la bestia feroz libre y magnífica deberá aparecer nuevamente en sus ojos. Quiero que mi juventud sea fuerte y bella... sólo así podré crear el nuevo orden».

Pero la «bestia» todavía no era capaz de liberar su ferocidad. Primero debía enfrentar a su progenitor... De un medio hostil a otro, cada vez que regresaba a su casa el joven era víctima de la crueldad paterna. En *Mein Kampf*, calificaría a esta etapa como «muy dolorosa». Por entonces, Alois también lo golpeaba por sus malas notas y porque se obstinaba en rechazar el destino de funcionario que su padre pretendía para él. ¡Un comportamiento insoportable para el oficial de aduanas jubilado! Adolf decidió fugarse, como había hecho su hermanastro Alois júnior. Pero su padre lo capturó no muy lejos de la casa y lo molió a golpes, estuvo cerca de matarlo. Se desconoce la reacción de Klara o si su esposo le adjudicaba alguna responsabilidad en la escapada del joven. Como fuera, ese episodio estuvo cargado de consecuencias y amenazas, por lo que Adolf renunció definitivamente a intentar otra fuga.

El tercer acontecimiento clave de ese tumultuoso año 1900 sucedió el 2 de febrero. Edmund, el benjamín de la familia, de sólo seis años, murió de rubeola. Adolf observó su agonía con distancia, pero no sin interés. Recuperó su habitación para él solo, y la atención de su madre. Más que un hermano, había perdido un rival. La familia Hitler se construyó sobre múltiples duelos, poco señalados. La vileza era la norma, no existía la piedad. Adolf consideraba a la muerte como un fenómeno banal, casi útil para sus criterios íntimos. Y la conocerá cabalmente el 3 de enero de 1903. Ese día, Alois Hitler se preparaba para beber su primera cerveza del día, sentado en una mesa de la taberna Gasthaus Wiesinger, pero cayó de repente totalmente de frente sobre su vaso. Nadie se alarmó durante varios minutos, puesto que no era algo poco frecuente. Pero como *Herr* Hitler no se movía para nada, al rato advirtieron que había muerto: por causa de un aneurisma o una crisis cardíaca. Lo acostaron en una mesa de madera y avisaron al empleado de la funeraria y a Klara. Llevaron su cadáver a casa en una carreta. Las viejas de la zona fueron a ayudarla a lavar el cuerpo y a tapar los orificios que emanaban olores pestilentes. El funeral se organizó rápidamente y cada uno retomó su existencia sin grandes problemas. Klara lloró a su marido sólo lo necesario, y guardó con mucho cuidado la pipa que el tabernero había recogido a los pies del muerto en su establecimiento: «¡Descansa en paz, Tío!». En realidad, nunca la abandonaría del todo: «Era esencialmente la actitud dominadora del amo del hogar la que inspiraba a su mujer y sus hijos el más profundo respeto. Incluso tras su muerte, la observación de sus pipas colgadas en la cocina imponía respeto y cuando su viuda quería subrayar algo en la conversación señalaba con un gesto las pipas, como para invocar la autoridad del amo».²⁷ El periódico local, el *Linzer Tagespost* del 8 de enero de 1903, publicó una necrológica para quienes supieran leer entre líneas: «Las palabras crudas que caían a veces de sus labios no podrían desmentir el corazón cálido que latía bajo ese exterior rudo... Siempre campeón enérgico de la ley y del orden, de cultura universal, era una autoridad en todos los temas que se le presentaban». El difunto era más temido que amado y cargaba con una reputación de vecino irascible en el que no se podía confiar.

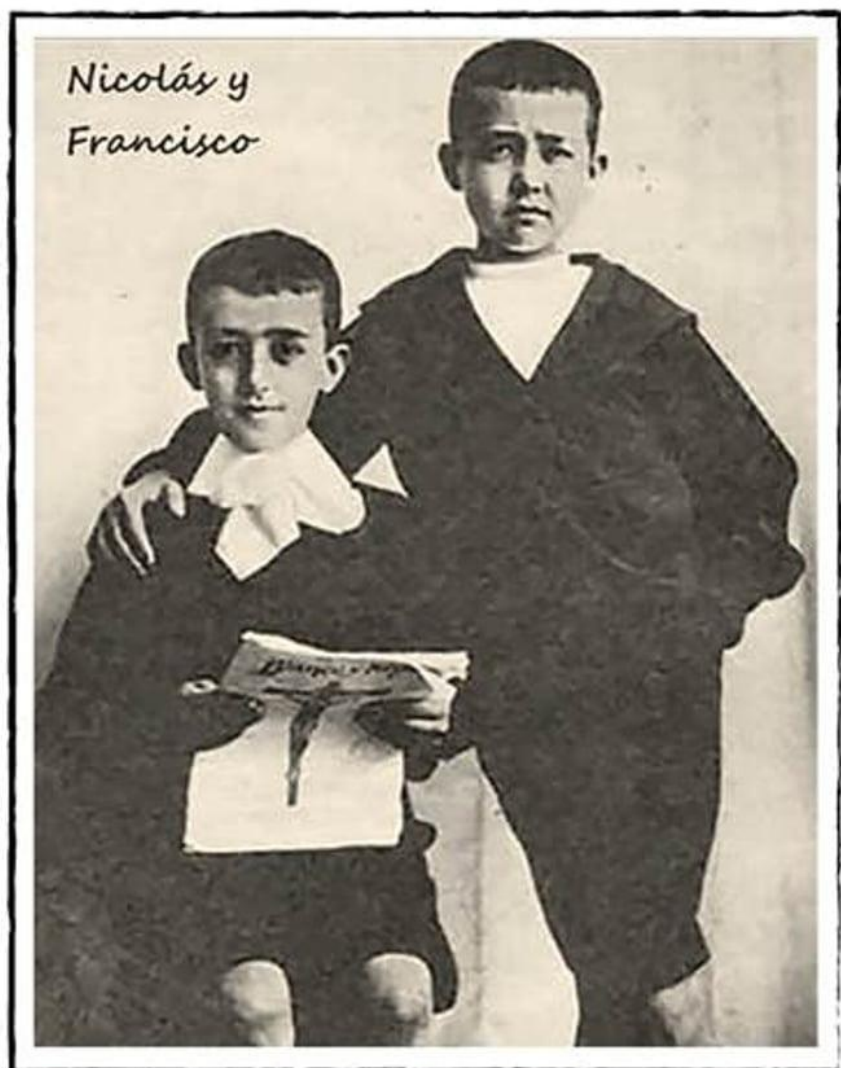
Adolf Hitler nunca se libraría de él. Su padre siempre estaría presente en su mente alterada. Pero se sentía momentáneamente satisfecho: por fin sería amo en lugar del amo. O casi. Alois quería que obtuviese su diploma de graduación para hacer carrera en la aduana, y su madre le pidió que respetase esa voluntad. Los resultados de Adolf eran cada vez peores, pasaba a los cursos superiores con mucha dificultad y repitió varias veces. En el otoño de 1905, alegó una infección pulmonar para poner un término definitivo a su inestable y mediocre escolaridad. La enfermedad era probablemente más fruto de la imaginación que de la realidad: sin embargo, Klara lo aceptó. Tenía dieciséis años, su madre lo inscribió en una escuela de dibujo en Múnich porque pretendía transformarlo en un artista: Adolf Hitler, seducido por esa consideración que ni él mismo tenía de sí mismo, pero que haría de él la excepción que siempre había soñado desesperadamente ser, se dejó llevar por la ambición de su madre y comenzó a creer en su propio talento. Su fracaso en ese campo acrecentó su odio hacia el mundo. Klara no había comprendido que su querido «Adi» ya era un psicópata insensible a la belleza o al arte y, sobre todo, incapaz de sentir la más mínima compasión hacia el prójimo. Ella murió en 1907 de un cáncer de mama y dejó solo frente a su destino a un hijo de dieciocho años, un perverso que recibió por última herencia la locura y la crueldad.



Bokassa en 1939.
Fuente: © Dominio Público.

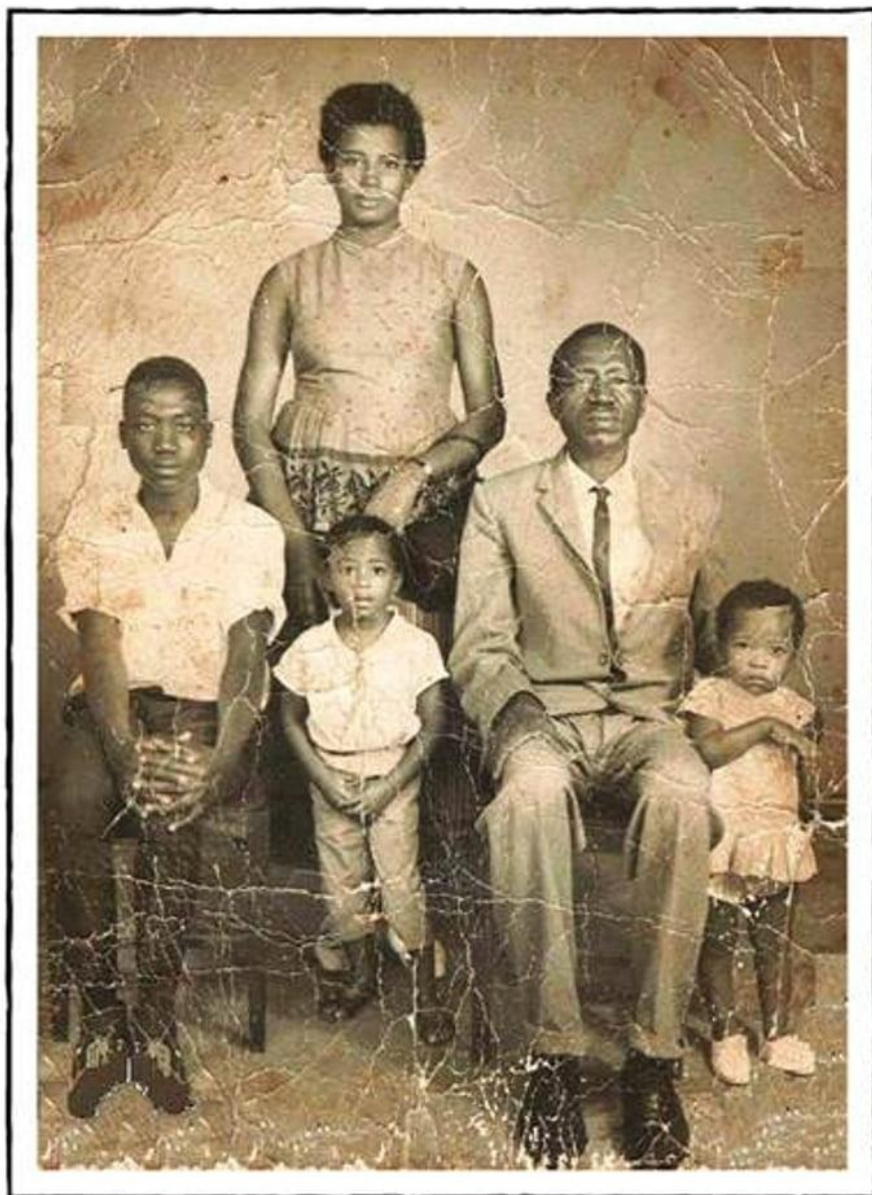


Benito Mussolini
en los brazos de su madre
Rosa Maltoni en 1884.
Fuente: © SZ Photo / Bridgeman
Images.



Francisco Franco junto a su hermano mayor Nicolás.
Fuente: © Dominio Público.





La familia de Idi Amin en Jinja, Uganda, 1965.

Fuente: © Jaffar Amin.

Véronique Chalmet
La infancia
de los dictadores

Pol Pot, Amin Dada, Stalin, Gadafi,
Hitler, Franco, Mao, Mussolini,
Sadam Husein y Bokassa

gedisa





Stalin en 1897 con su «pandilla»
en las calles del pueblo de Gori.
Fuente: © akg-images / ullstein bild.



Joseph Stalin en 1894.
Fuente: © Dominio Público.



Moamer el Gadafi o Beogradu (1969, circa).

Fuente: Stevan Kragujević, por cortesía de Tanja Kragujević, hija. © BY-SA 3.0.



Mao Tse-Tung en 1913, a la edad de 20 años.
Fuente: Autor desconocido. © Dominio Público.

6. FRANCO

Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco y Bahamonde nació un 4 de diciembre de 1892 frío y lúgubre, en El Ferrol, un puerto de Galicia, de unos 18.000 habitantes. El bebé era tan enclenque que le llaman Paquito, en diminutivo. Se lo veía muy frágil, casi fuera de lugar en ese decorado de líneas duras y angulosas, trabajado por varias generaciones de costumbres y existencias regladas con rectitud.

¡En El Ferrol no había lugar para lo imprevisto, la fantasía o lo aleatorio! El propio diseño de la ciudad no permite discrepancias: seis largas calles paralelas, conectadas por algunas callejuelas rigurosamente perpendiculares. El puerto, dotado de un anclaje vasto y profundo, pero de un canal de entrada angosto, es ideal para albergar una base naval: en el siglo xviii Fernando VI establece allí el Almirantazgo. El astillero de El Ferrol se transforma entonces en el más importante de España y produce el treinta por ciento de los barcos de guerra. Por su parte, la ciudad nueva y fortificada, construida alrededor de la bahía, adquiere el aspecto de un enclave aislado del resto de la región —una de las más pobres de España— y se transforma en un verdadero gueto militar que vive en atarquía gracias al financiamiento del Estado.

En 1737 se afinsa allí Manuel Tomás Franco de La Madrid, llegado desde Cádiz, con el título de Ministro de Velas de Su Majestad. En 1973, su descendiente, que cuenta entonces con ochenta y un años y está cerca del fin, el Caudillo, le contará con orgullo a su médico, al que había comenzado a dictar sus memorias: «[De ese antepasado, Manuel Tomás] desciende la familia Franco, que se entregó desde entonces al servicio de la Marina; entre ellos se distinguieron —lo demuestran los altos cargos a los que llegaron— don Francisco Franco Vietti y su hijo Nicolás, mi padre, ambos intendentes generales de la Armada, como lo fue también mi otro abuelo, el padre de mi madre, don Ladislao Bahamonde y Ortega, también intendente general de la Marina».²⁸ Dedicados en cuerpo y alma a la Armada y a su monarca, los ancestros de Franco también honraron a su patria al ser todos ellos muy prolíficos: el tatarabuelo paterno tuvo once hijos, de los cuales el bisabuelo del futuro «generalísimo» tendrá a su vez catorce retoños, y el abuelo, siete. Todos los varones sirven en la Marina y forman una de las líneas más antiguas de El Ferrol y, por tanto, una de las más respetadas. El padre de Franco terminará su carrera como intendente general de la Armada Española, alcanzando la cima de esa casta militar... o casi, ¡porque su hijo no dudará en inventarse el grado último de «generalísimo» al transformarse en dictador!

Tristes trópicos entre los tradicionalistas

A la espera de ese día de gloria usurpada, el joven Paquito Franco no tiene más destino que seguir las huellas de sus ancestros en la flota de guerra. En su familia, las mujeres se sumergen en la religión o procrean, mientras que los hombres son oficiales. El horizonte del niño es azul y gris, como los colores del océano y de la ciudad fortificada, incrustada entre las montañas que la dominan. Nada más paradójico que esta existencia fijada, delante del mar en movimiento perpetuo. Paquito y su familia lo único que conocen de su país es El Ferrol. En cambio, la mayoría de los hombres vagaron por las comarcas lejanas y exóticas del imperio colonial: desde el siglo xvi, los marinos españoles navegan de Puerto Rico a Cuba, de las islas del Pacífico al archipiélago de las Filipinas. Al ritmo de los anclajes, a menudo llevan una doble vida difícilmente confesable.

¡De modo que Franco tiene un medio hermano filipino tres años mayor! El padre, Nicolás Franco, reconoció a este niño llamado Eugenio y nacido en 1889.²⁹ Unos meses después, de regreso en España, se casó con Pilar Bahamonde. Ignoramos si le confesó entonces su paternidad colonial, tanto o más vergonzosa por el hecho de que la joven filipina, seducida y embarazada en circunstancias brumosas, sólo tenía catorce años... y él treinta y dos. Don Nicolás es un donjuán, tiene amantes en todos los puertos, incluido El Ferrol. Sus desvíos extraconyugales son frecuentes y evidentes, pero la discreción funciona puesto que, si bien don Nicolás da que hablar, la familia Franco es vista como muy honorable, al igual que la de doña Bahamonde, la esposa engañada. La pareja se casó el 24 de mayo de 1890. Su primer hijo, llamado Nicolás, como su padre, nació en julio de 1891; Francisco, «Paquito», un año después. Su hermana María del Pilar llegó en 1894, seguida por el benjamín, Ramón, en 1896. A los cuatro hermanos se sumaban ¡una docena de primos y primas del lado materno y once de la rama paterna! Sin contar los hijos de los vecinos, como recordará Franco en sus memorias: «Todos los niños de la ciudad [de la misma clase social] que tenían nuestra misma edad eran nuestros amigos; desde los condiscípulos hasta los familiares más cercanos, entre los que se destacaban nuestros primos hermanos, los Lafuente Bahamonde, hijos de la hermana de mi madre [...], que vivían en la casa de nuestros abuelos». En la calle María, donde residían los Franco, se instalaron luego los Franco-Salgado, once primos cuyos padres habían muerto: la hija mayor tenía veintitrés años, pero ocho niños eran menores y don Nicolás Franco fue designado como su tutor. De acuerdo con los testimonios de sus sobrinos, éste era mucho mejor tío que padre. Era afectuoso, atento y amoroso con sus pupilos, mientras que con su propia progenitura era severo y frío. Nunca los felicitaba, ni los alentaba ni se conmovía con sus penas. Jamás dejaba entrever ningún tipo de orgullo paterno. Tal vez los consideraba hijos de su esposa, trasladándoles a ellos las dificultades de su pareja y su hartazgo de marido perpetuamente insatisfecho. Al cabo de seis años de casamiento, los esposos ya no tenían intimidad. Pilar Bahamonde, muy devota, consideraba que las relaciones carnales sólo tenían sentido para la procreación. Nicolás Franco, por su parte, terminó por hartarse de una mujer tan preocupada por la maternidad en d esmedro de toda sensualidad. La sociedad patriarcal de la época toleraba el adulterio (para los hombres), mientras que la santa institución del casamiento no fuera ostensiblemente perjudicada. Pero Nicolás Franco trataba mal a su mujer. Malhumorado, arrogante, orgulloso, hacía lo que quería sin preocuparse por las consecuencias. Por su parte, Pilar, en lugar de desahogarse o expresar su pena, prefería callarse. Testigos de esta penosa situación, los niños Franco siempre negarán, al igual que su madre, el comportamiento ligero de su padre. Excepto Paquito, que dará rienda suelta a su furia en la adultez. Una vez convertido en el Caudillo, no ocultará su odio a los seductores y a los esposos infieles. Calificará el adulterio como «pecado abominable», una expresión singular en la boca de este personaje carente de toda profundidad religiosa, a pesar de la ideología nacionalcatólica que implantará con fines puramente dictatoriales.

Paquito Franco creció detestando cada día un poco más a ese padre injusto y fastidioso: las reacciones anticlericales y liberales, al igual que el humor mordaz que desplegaba con gusto, generaban conflictos y aparecían como provocaciones en el marco de aquella micro sociedad bienpensante y ultratradicionalista. Bebía mucho, pasaba muchas noches en el casino, a menudo dormía fuera de casa... Sin embargo, a pesar de que le gustaba el alboroto, el padre de Paquito también sabía asumir sus funciones con rigor; su autoridad se nutría de su sentido del deber y de su profunda honradez. Nicolás Franco era un pésimo cabeza de familia, pero era un oficial irreprochable. En realidad, su vida en El Ferrol lo aburría profundamente. Cuando no se encontraba del otro lado del mundo, se escapaba para hacer largas caminatas en la campiña gallega. A menudo se llevaba a su rebaño de pequeñines, tal como atestigua Pacón, uno de los primos de Paquito: «Hablaba sin parar por las rutas y caminos entre montañas de la Ría de Ferrol, [...]: nos describía los distintos tipos de suelos, árboles, pájaros, rebaños... todo lo que consideraba importante para nuestra formación».³⁰ Paquito, sus dos hermanos y su hermana no apreciaban tanto esos paseos instructivos, ¡opcionales para los demás, pero obligatorios para ellos! No había espacio para quejarse. Tenían que avanzar. Una vez más, los niños emulaban la sumisión de su madre. Para la joven hermana de Paquito, lo mejor era evitar los problemas y no confrontar: «Mi padre tenía muy mal carácter, pero mi madre era una santa y siempre decía amén, de manera que no había muchos temas conflictivos».³¹ Doña Pilar, henchida de un fervor religioso rayano en el misticismo, les enseña a sus hijos los valores que serían pilares del franquismo, como por ejemplo la «democracia orgánica», supuesta expresión de la voluntad popular representada por la «familia». Una familia sobre la que el generalísimo Franco propondrá su versión totalitaria, fantaseada en base al modelo de un patriarca ejemplar... el mismo que tanto le faltó durante su propia infancia.

La fortaleza vacía

Pilar no deja de repetirle a sus hijos: «En el sacrificio y el deber reposa una patria grande y fuerte, ¡y una existencia sana!». Cada día cumple con lo que profesa, no se pierde ninguna misa, ninguna procesión religiosa. La madre de Paquito renuncia a su vida de mujer para ser una esposa digna: nunca le levanta la voz a su marido ni pone en duda su autoridad, jamás expresa sus sentimientos. Se compromete en múltiples obras de caridad, ayuda a los pobres. Porque en El Ferrol los obreros sobreviven en condiciones deplorables: trabajadores y aguadoras apenas ganan lo suficiente para comer, aun matándose en el trabajo más de diez horas al día. Los niños Franco se desmarcan de ese mundo porque se sitúan en otra jerarquía. Se les enseña la caridad, pero también que no deben frecuentar a los niños de clases sociales inferiores. Los Franco viven en una casa grande y muy comfortable de dos pisos, con cuatro habitaciones y varios salones, y alquilan la planta baja. Los niños reciben golosinas, juguetes para las navidades, regalos para sus cumpleaños, chocolates para la merienda... ¡Un verdadero lujo de privilegiados en esos tiempos difíciles! Eran considerados con deferencia, les cedían el paso en la calle. La gran plaza de la ciudad les pertenecía. Paquito, sus hermanos, primos y amigos jugaban allí con cometas, a la billarda o al trompo. Durante las vacaciones más largas, viajaban a la paya, justo fuera de la ciudad: los niños de los marineros nadaban y les encantaba navegar. Paquito no era la excepción, y soñaba con recorrer los océanos como casi todos los hombres de su familia. Sin embargo, a los diez años estaba lejos de contar con el físico de un futuro navegante: seguía siendo muy flaquito, ¡su madre lo llamaba «Cerillita»! Paquito, alias Cerillita, era uno de los niños más discretos de su clan. Es probable que su baja estatura le hiciera objeto de burla. Evitaba expresarse a menos que no fuera absolutamente necesario porque, además de ser pequeño, Paquito se avergonzaba de su voz aflautada, demasiado aguda y especialmente afeminada. Algunos de sus biógrafos españoles, al igual que el historiador Bartolomé Bennassar, consideran que esa dificultad podía estar ligada a un mal desarrollo de la cavidad bucal. Lo cierto es que Franco el Cerillita era un niño especialmente introvertido, con un tremendo complejo que le impedía imponer sus opiniones. Una frustración que resolvería drásticamente algunos años después...

Entre los seis y los diez años, Paquito asistió a una escuela primaria que lo único que tenía de escuela era el nombre: dos señoritas honorables de la buena sociedad de El Ferrol prodigaban una educación rudimentaria a los niños bien de su barrio. Lecciones de buenas maneras, lectura y escritura, educación cívica... Doña Aurora y doña Pepita estaban relativamente satisfechas del rendimiento de los hermanos Franco: el mayor, Nicolás, era inteligente, tenía buena memoria, pero era bastante vago; Paquito era aún más mediocre que Pilar y Ramón, los menores: era el más distraído. La única materia en la que Paquito destacaba un poco era dibujo. Cuando sus hijos no estudiaban lo suficiente, don Nicolás enseguida distribuía algunos cachetazos para motivar a su tropa. Luego, les gustara o no, los jóvenes Franco pasaron dos años en el colegio Corazón de Jesús, una pequeña institución privada dirigida por dos curas. Para rendir sus exámenes, los alumnos debían viajar a La Coruña, la capital de la provincia. Paquito se alojaba en casa de su tía paterna, doña Gilda, una mujer tan imprevisible como su hermano Nicolás, pero mucho más ducha con el niño. Disfrutaba pasear a su sobrino por la ciudad. Conversaban largo y tendido sobre el futuro y, excepcionalmente, el joven Franco le contaba sus proyectos, evocaba sus estudios cuyo objetivo todos conocían. Esa escolaridad muy simple tenía un solo fin: preparar a los jóvenes de El Ferrol para integrar la academia naval, tal como habían hecho sus padres.

A los trece años, Paquito fue inscrito en un centro de preparación para el concurso de ingreso a la Marina de Guerra, el colegio Nuestra Señora del Carmen. El establecimiento era dirigido por don Saturnino Suanzes, capitán de corveta y padre de Juan Antonio Suanzes, un amigo de la infancia ferrolana de Paquito, que se transformaría en un colaborador cercano del Caudillo: el 25 de septiembre de 1941 sería nombrado por Franco director del Instituto nacional de la industria.³² Pero por entonces Paquito seguía los cursos del padre de su camarada que se dictaban a bordo de una fragata, la *Asturias*. Era el alumno más joven y se las arreglaba bastante bien, siempre lograba resultados en la media, suficientes para lograr ser admitido cada vez en la clase superior. Era un niño anodino, con un aire perpetuamente triste y preocupado, como si esperara una catástrofe inminente. Su pesimismo no estaba totalmente desprovisto de fundamento: el malestar entre sus padres se incrementaba. Los hijos Franco presentían que la pareja estaba al borde del abismo, el fin del matrimonio parecía inevitable. Pero otro acontecimiento impactó en la vida del joven Franco a comienzos de su adolescencia. El año de su decimoquinto aniversario estaría marcado por la amargura y las desilusiones. Durante la primavera de 1907, al cabo de dos años de impaciente espera para recibir la convocatoria al concurso de ingreso a la academia naval, se anunció el cierre definitivo de la prestigiosa institución debido a

reducciones presupuestarias. La Armada española había sido destruida durante la guerra de Cuba en 1898 y las Filipinas fueron cedidas a los norteamericanos por veinte millones de dólares. Poco a poco, el imperio español se había desmoronado y la Marina de Guerra estaba decrepita. El anuncio del cierre de la escuela de El Ferrol fue un duro golpe para el joven. El fin de una época coincidía dolorosamente con la de su propio universo: unos meses después, don Nicolás Franco partió para instalarse en Madrid con la excusa de un traslado, y convenció a su esposa Pilar para que no lo acompañara. En realidad, la familia descubriría muy pronto que se había mudado con una amante y que era una decisión definitiva. El padre de Franco abandonó a su esposa e hijos sin la más mínima duda ni el menor remordimiento. Incitados a perdonarlo por su admirable madre, los dos hermanos de Paquito y su hermana irán regularmente a visitar a su padre. Franco, por su parte, siempre se opuso. No volvería a verlo nunca más.

El retacón heroico

El adolescente timorato, ahora privado de su padre y de su carrera ideal, debía encontrar rápidamente un destino alternativo. En el crepúsculo de su vida, el Caudillo debilitado recordaría su decepción en aquel fatídico año 1907. Ni una palabra sobre la deserción paterna; solamente evocará el naufragio de la academia naval y lo analizará él mismo como un vuelco crucial de su existencia, sin el cual probablemente nunca se hubiera convertido en el «generalísimo»: «Ese acontecimiento sería decisivo para mi futuro. La mayoría de mis colegas se volcaron a la carrera militar, cuya preparación era similar y menos exigente. De manera tal que ese día regresé del colegio con la intención de convencer a mis padres de seguir el mismo camino». ³³ Al padre lo tuvo sin cuidado, la madre no dudó demasiado: daba igual, ¡lo esencial era servir bien a su país!

El 29 de agosto de 1907, Paquito se fue de su hogar en El Ferrol y dejó atrás su lúgubre y decepcionante infancia: Francisco Franco ingresó a la Academia de Infantería de Toledo. Necesitaba orden, gloria, probarse a sí mismo y a los otros que no era el hombrecillo que todos creían; y todo esto con un trasfondo de odio reprimido... El hombre en el que se estaba transformando eligió una conducta austera y desafiante, que excluía toda forma de pasión, carnal y emocional —e incluía la consigna «¡Ni mujeres ni misas!»—, que a menudo clamó el Caudillo como *credo* supremo—. Para Francisco Franco, el uniforme representaba una coraza y una conciencia. Prestancia y rigidez marci al ante todo. Desde lo alto de su metro y sesenta y cuatro centímetros superaría a los más dotados. Era un año menor que sus camaradas de promoción. El primer año sufrió los inevitables insultos, ofensas y tormentos reservados a los novatos. Todavía no hablaba mucho, pero su voz había cambiado por el efecto de las hormonas. Más masculina, más firme. Su constante reserva finalmente pasó a ser vista como signo de inteligencia. Sin embargo, su desempeño escolar siguió siendo bastante mediocre: terminaría en el puesto 251 de 312 alumnos. Por lo tanto, no obtuvo inmediatamente el destino reservado a las grandes carreras: Marruecos, donde España defendía su tutela. En lugar de aquel destino de elite, lo enviaron a la guarnición de El Ferrol.

Ese penoso regreso a la tierra natal duró dos años —dos años de purgatorio— antes de que pudiera finalmente unirse al Octavo Regimiento de África para reprimir las revueltas de los habitantes del Rif, al noreste de Marruecos, el 19 de marzo de 1912. Un verdadero bautismo de fuego, salvaje y despiadado. Pero Francisco Franco había tenido tiempo de masticar su rabia. Estaba listo para avanzar con violencia y una determinación insospechada. Su combatividad desesperada le jugó a favor. Unos meses más tarde lo aceptaron en el regimiento de regulares nativos, famoso por su «valentía» en el terreno: un eufemismo que implicaba una crueldad sin límite contra las poblaciones civiles. Francisco —¡el antiguo Paquito!— Franco pasó por la experiencia de las masacres y probó el sabor impío de las matanzas. Las deshonras y las humillaciones que le habían hecho pasar las lavó con la sangre de sus víctimas. Lo asumía como legítimo. La estatura ya no contaba, el tamaño de la mandíbula se tornó insignificante, las frustraciones del pasado desaparecieron ante la intensidad del horror y delante de la inhumanidad de la que era capaz el común de los mortales, con la única condición de que les dieran la oportunidad. En el campo de batalla uno se venga de todo, con mucha fuerza y sin pensar. Es más, cualquier cosa está justificada: ¡todo por la patria! Lo que aprendió entonces, Franco lo aplicaría más tarde, en su propio país, contra los republicanos. En octubre de 1913, obtuvo la Cruz del Mérito Militar de primera clase; en marzo de 1915, pasó a ser capitán con sólo veintidós años; en junio de 1916, fue herido gravemente en el abdomen en el marco de una operación entre Ceuta y Tánger. ¡Haber estado cerca de la muerte le dio aún más coraje! España, en una etapa política nociva, quería forjarse héroes a su imagen y semejanza: un junco flexible y, a la vez, indestructible. Franco llegó en el momento indicado. Los nacionalistas asumieron la defensa de valores esenciales en vías de desaparición. Una suerte de leyenda se instaló entonces alrededor de su persona: recompensado por su valentía, Francisco Franco fue promovido al grado de comandante del ejército español a los veinticuatro años, un emblema de la voluntad guerrera y nacionalista lleva do a su paroxismo. Instrumentalizado y empujado hacia adelante: ¡era todo lo que él esperaba! En Asturias, España, reprimió con una violencia inédita los levantamientos obreros, ya como comandante del primer batallón de la Legión extranjera española. Incitó a sus hombres a lo peor para aterrorizar y someter a la población, sin descartar ningún tipo de abuso, de acuerdo con los métodos aprendidos en Marruecos. En 1925 lo nombraron coronel. Un año más tarde, a los treinta y tres años, fue el más joven general de brigada. Los vecinos europeos envidiaban a los españoles esa valiente figura: las autoridades francesas lo nombraron oficial de la Legión de honor. Esta anécdota es una prueba del reconocimiento del que ya gozaba el personaje. El resto de su historia se desarrolló como una desconcertante y triste evidencia... El 13 de julio de 1936, aquel al que ahora llamaban simplemente Franco, impulsó junto a 30.000 de sus legionarios el levantamiento militar que conduciría en 1937 a la victoria del Caudillo. Actor trágico de la Guerra civil que dejaría como saldo más de 400.000 muertos, y a continuación una dictadura que eliminaría a 200.000 opositores.

7. MAO

«En Shaoshan, nueve de diez hombres son miserables,

¡Por nada del mundo case a su hija

con un habitante de Shaoshan!

Allí ella pasará su vida

¡Recolectando papas y leña!»

Canción tradicional de Shaoshan

El 26 de diciembre de 1893 nació en el seno de la familia Mao del valle de Shaoshan (provincia de Hunan) un bebé mofletudo con la cabeza muy redonda. Lo llamaron Tse (que brilla), una partícula que había sido adoptada por su familia un siglo antes. Sus padres le agregaron *tung*, que significa «hacia el Este»: ¡Mao Tse-tung sería por lo tanto «el que brilla hacia el Este»! Budista devota, su madre ya había perdido dos hijos muy pequeños y esperaba que ese nombre le trajera suerte al recién nacido, al predecirle un destino importante... Para seguir la tradición, moderó aquella ambiciosa elección con un segundo nombre oficioso, que supuestamente debía conjurar la mala suerte y conferirle al niño su personalidad secreta: Shi san ya-zi, «niño de piedra». Un sobrenombre que evocaba inmutabilidad, fuerza, perennidad. ¿No era acaso lógico, considerando la historia familiar?

Sus ancestros, campesinos que llegaron a ser prósperos tras conocer la pobreza, se habían instalado en ese valle fértil unos quinientos años antes. La belleza del lugar emulaba una fotografía de tarjeta postal. El tiempo parecía interrumpido, entre colinas brumosas y arrozales enmarcados por suntuosos y accidentados picos montañosos. Los bosques milenarios estaban poblados de tigres y osos; el río Xiang rebosaba de peces e incluso albergaba al extrañísimo delfín de aletas blancas, un animal casi endiosado por los niños de la zona, que lo aguardaban generalmente en vano. La naturaleza, que era exuberante debido a la espesura, el monzón y a veces los tifones, resultaba muy ruda para las personas. Los inviernos eran glaciares e inevitablemente nevados, mientras que los veranos eran caniculares. Algunos caminos en mal estado serpenteaban las colinas y conectaban a las aldeas unas con otras, pero ninguna ruta ligaba al pueblo con el resto del mundo. Era la China profunda, en todo el sentido de la palabra. Como en el resto de la provincia, se cultivaba arroz, mijo, trigo y té, dado que Hunan proveía al resto del territorio. Los negocios se hacían en Changsha, la capital, donde se encontraban mercaderes y negociantes de todo el país. La vida podía ser a la vez productiva y tranquila en esas comarcas exuberantes...

Pero la edad de oro había sido en un pasado muy lejano. Unos cincuenta años antes del nacimiento de Mao, una vasta serie de acontecimientos habían conducido al progresivo derrumbe de China. Entre 1839 y 1842, la Primera guerra del Opio contra el Reino Unido anunció el declive del imperio, incapaz de resistir la penetración y luego la injerencia occidental. El sistema imperial vacilaba, ya al borde de la desaparición. En 1842, gracias al tratado de Nankín, los británicos obtuvieron la cesión de Hong Kong y la apertura de muchos otros puertos al comercio occidental. Más tarde, Francia, Estados Unidos y Japón, al dominar regiones enteras, se repartieron concesiones y privilegios comerciales. Todo el país atravesaba una intensa agitación social, se multiplicaban los levantamientos en un contexto de estancamiento económico —agravado por un crecimiento demográfico explosivo—. Los pequeños campesinos eran los más asfixiados, la miseria condujo a los marginales y hambrientos a rebelarse contra la autoridad imperial. Una autoridad detestada por una gran parte de los chinos (94% eran de origen han) dado que la dinastía Qing pertenecía a la minoría manchú. Los grandes terratenientes formaron milicias para reprimir las insurrecciones... Hacia fines del siglo XIX, las víctimas ya se contaban por millones. Hunan había sido particularmente afectada por no menos de cincuenta y dos revueltas campesinas entre 1860 y 1885.³⁴

Fetichismo feudal y devociones campesinas

A pesar de todo, la familia Mao logró adaptarse y superar ese contexto inestable y dramático. El padre, Mao Xunsheng, tenía apenas veintitrés años cuando nació Tse-tung. Pero su vida ya era muy larga y pesada. Se alistó como soldado durante la adolescencia, dado que sus padres estaban cubiertos de deudas. Después de varios años de privaciones y de trabajo duro, logró amasar una pequeña suma de dinero que le permitió saldar las deudas familiares, pero también hacer rendir sus ahorros por todos los medios posibles: préstamos usurarios a aquellos más necesitados que él, comercio callejero, pequeños servicios... Xunsheng volvió a comprar las tierras de sus ancestros, pagó los impuestos, e incluso, a lo largo de las décadas, consiguió agrandar su propiedad... Se lanzó con éxito a la cría de porcinos y la ricultura, e invirtió todos sus ingresos en la compra de nuevas tierras. Llegó a poseer cerca de una hectárea de arrozales, lo que hacía de él uno de los hombres más ricos del pueblo. Nunca perdió el hábito de vivir modestamente, comer poco y contar moneda por moneda cada uno de sus gastos y ganancias. Tse-tung tomaba esa frugalidad por avaricia y le manifestaba el mayor de los desprecios. Siempre trató de minimizar el éxito de su padre, molesto por su avidez de ganancia, tan opuesta a las convicciones políticas del futuro Gran Timonel: «Mi padre no tenía negocio para su comercio. Se conformaba comprando granos a los granjeros pobres, luego lo transportaba a los mercados de la ciudad, en los que obtenía el mejor precio. [...] El viejo seguía acumulando bienes —o lo que era considerado como una gran fortuna en Shaoshan—.

Luego, no compraba tierras directamente, sino que compraba muchas hipotecas de los bienes que pertenecían a otros. Su capital llegó a los dos mil o tres mil yuanes». ³⁵ El padre de Tse-tung era duro y codicioso, sin ningún escrúpulo, un ejemplar de hombre banal cuya inteligencia se limitaba al arte de la especulación. Obviamente, no tenía ni el tiempo ni la sensibilidad necesaria para rodear a sus hijos de afecto —él mismo nunca había conocido la ternura—. Xunsheng consideraba que su rol de padre consistía fundamentalmente en transmitir y extender su patrimonio. Pero santificaba no poseer más que lo estrictamente necesario y valoraba el trabajo físico: dos ideas recuperadas y llevadas al extremo, algunos años después, por su hijo líder del Partido Comunista chino.

Desde que tuvo tres o cuatro años, el niño tuvo que aprender a ser útil; recolectaba frutos y forraje en el bosque para alimentar a los cerdos, juntaba maderitas para el fuego, llevaba a los búfalos a tomar agua en el estanque, trasplantaba arroz en la explotación familiar. Pero Tse-tung adoraba aferrarse al largo vestido negro de su madre, mirarla con fascinación lavar los platos, cocinar y tejer. Toda una serie de tareas que cumplía con pequeños pasos claudicantes y medidos, conforme a la manera saltarina característica de las mujeres con pies vendados, cuyo largo ideal no debía superar los siete centímetros y medio para las «Loto de oro» y diez centímetros para las «Loto de plata». En 1949, Mao, militante de la igualdad entre los sexos, prohibirá definitivamente esa tradición milenaria, símbolo del sometimiento feudal, incompatible con la modernización del país... y que había condenado a su propia madre al lugar de esclava conyugal.

La práctica del «pequeño pie» estaba en efecto destinada a consolidar la sumisión sexual de la mujer, al tiempo que ofrecía a los hombres nuevas perspectivas erotómanas: movilidad reducida de la pareja; *bondage* ³⁶ realizado con las vendas desplegadas durante los juegos previos; y, en algunos casos, orificio de penetración suplementario constituido por la bóveda de la planta del pie devenida cóncava. La pa reja era degradada al rango de objeto moldeado para el puro placer masculino, al cabo de largos años de sufrimiento. ³⁷ Toda veleidad de emancipación social estaba prohibida. Las propias madres perpetuaban esa crueldad, puesto que las niñas que no seguían esa costumbre no conseguían esposo. Wen Qimei, la madre de Tse-tung, seguramente les habría infligido esa mutilación a sus dos hijas menores si no hubieran muerto muy pequeñas: ¡perdió en total cuatro hijos de siete! En esas tierras, sólo los fuertes sobrevivían. A pesar de su frágil apariencia, Wen Qimei no era una debilucha. Asumía sin quejarse las tareas que le eran asignadas. Era una mujer dulce y obediente, que nunca cuestionaba abiertamente el orden familiar. Xunsheng y ella se casaron en 1885, justo antes de que él se enrolara en el ejército. Habían comenzado su noviazgo cinco años antes, cuando él tenía apenas diez años y ella trece. Una unión arreglada por sus familias, por entonces no había otra alternativa. La madre de Tse-tung no tenía nombre, como dictaba la costumbre: era solamente *Quimei*, la «séptima hermana» de la familia Wen. Era un simple número, destinada a la servidumbre patriarcal. Su único espacio de libertad era la religión. No faltaba a ninguna procesión, a ninguna de las ceremonias en el templo budista, y siempre llevaba con ella al joven Tse-tung, que se maravillaba con el aroma perfumado del incienso, la salmodia y los rituales. Wen Qimei confesaba todas sus penas y alegrías a los dioses y a Buda, con un fervor ingenuo y profundo. A pesar de la irreverencia que voluntariamente expresaba su esposo incrédulo, ella había instalado una estatua de bronce del Buda en la casa, para homenajearlo cotidianamente y hacerle ofrendas. Tse-tung la ayudaba y rezaba a su lado, también muy piadoso —al menos durante su infancia—. Su fe desaparecería al hacerse adulto, reemplazada por el ideal político y aniquilada por sus decisiones totalitarias. Los católicos, sobre todo, pagarían los platos rotos porque encarnaban una religión extranjera: durante los años 1950, curas y religiosas serían acusados de los peores crímenes (experiencias médicas con recién nacidos, asesinatos y canibalismo), centenares terminarían masacrados. En pocos años, China sería «limpiada» de su alrededor de tres millones de católicos practicantes. Ese ejemplo disuadió a los creyentes de otras religiones de continuar con sus cultos. Tal vez, al observar a su madre, Mao había comprendido hasta qué punto la práctica religiosa podía constituir una evasión y, por lo tanto, una forma de resistencia a la autoridad tan tenaz como difícil de controlar.

El «niño de piedra» se despierta

Wen Qimei era una madre amorosa, adorada por sus hijos. Según las propias palabras de Mao, Wen Qimei era «buena, generosa, compasiva y siempre dispuesta a compartir lo que tenía». ³⁸ Hasta el momento de su muerte, Mao la amaría y admiraría sin reservas. Sus otros dos hijos, Mao Tse-min (nacido en 1895) y Mao Tse-tan (nacido en 1905), compartían los mismos sentimientos fusionales. A sus ojos, su madre era la guardiana de la sensatez y la tradición. Reservada, trataba de enseñarles la moderación, tal como lo explicaría Mao más tarde: «Ella criticaba toda manifestación abierta de emoción y toda tentativa declarada de rebelión. Decía que ése no era el estilo chino». Desde ya, Wen Qimei era también una esposa perfecta y una maravilla para mantener correctamente el hogar. La residencia familiar, una gran finca de una planta en forma de U alargada, era vasta. La familia Mao no era propietaria de la totalidad, pero la compartía con otra familia: los Tsu. La habitación principal era de uso común para las dos familias. Pero los Mao agrandaban su superficie cada año y aportaban mejoras notables: Xunsheng reemplazó el techo de paja por tejas, construyó un chiquero y un establo adyacentes, agregó espacios de guardado. Cada niño tenía su habitación, con una cama equipada con mantas gruesas y acolchadas y un mosquitero. No había detalles superfluos, ningún objeto decorativo. El suelo era de tierra batida, las paredes de adobe. El amueblamiento estaba constituido por unos bancos y una mesa de madera oscura maciza. Cuando se hacía de noche, colocaban persianas de madera para obtener las ventanas hechas de barros sin vidrios y así conservaban el calor generado por un gran horno de ladrillos, sobre el que Wen Qimei cocinaba sus platillos. Tse-tung apenas había aprendido a caminar, pero ya se divertía reptando entre las guirnaldas de pimienta seca sujetadas en el techo; la cocina de Hunan era de las más picantes del país. Durante toda su vida, Mao disfrutaría las comidas fuertes... Pero su plato preferido siempre fue la chuleta de cerdo cocinada con azúcar y ligeramente caramelizada, de aspecto jugoso, que tanto le habían impedido comer durante su primera infancia —Wen Qimei cocinaba muy excepcionalmente esa receta rústica y dulzona—. Aun si manejaban un criadero de cerdos, los Mao no se daban el lujo de comer carne regularmente, ¡Xunsheng no hubiera tolerado semejantes banquetes! El padre era intratable y muy puntilloso con los gastos del hogar. De acuerdo con sus principios, como los niños no trabajaban no tenían derecho a la misma comida que los adultos. El presidente Mao, varios años después, expresaría su decepción: «El 15 de cada mes, [nuestro padre] les hacía un favor a sus obreros y les daba huevos con arroz, pero carne jamás. A mí, ¡no me daba ni huevos ni carne!».

Una vez en el poder, Mao tendría exigencias muy estrictas de *gourmet*, una dulce venganza del niño que había sido privado de esos placeres: «Se hacía traer su comida preferida de todos los rincones del país. Había que traerle un pez vivo especial del Wuhan, transportarlo miles de kilómetros en una bolsa de plástico llena de agua y oxigenada. [...] Para su arroz, exigía que la membrana que separa el envoltorio del grano fuera conservada [...] también teníamos que separar el arroz a mano, con el mayor cuidado. [...] Su té preferido, el té del Pozo del Dragón, tenía fama de ser el mejor de China, y se recolectaban para él las mejores hojas, cuando llegaban a la plena madurez». ³⁹ Gracias a ese brebaje, Mao esperaba (en vano) aliviar la constipación crónica que no lo abandonaría jamás.

Sin embargo, Mao Tse-tung recordaba también que su madre los proveía a escondidas de las cosas que su padre no quería ofrecerles... En el hogar de los Mao, había por entonces una gran diferencia entre lo que el padre prohibía y lo que la madre autorizaba cuando aquel se daba media vuelta. Cuando Xunsheng no estaba siempre se podía llegar a un arreglo. La realidad cotidiana se organizaba en torno a un conflicto familiar y filial larvado. Mao daría su versión, muy personal y politizada: «Había dos «partidos» en la familia. El primero era mi padre, el «poder dirigente». La oposición estaba compuesta por mí, mi madre, mi hermano y a veces el obrero». ⁴⁰ Cuando la di escusión subía de tono, el «poder dirigente» reprimía a la oposición por la fuerza, a base de cachetazos y golpes con el palo de bambú. El psicodrama campesino se extendía entre quienes caían bajo la órbita del irascible Xunsheng: primero uno y luego dos obreros agrícolas habían sido contratados para trabajar los campos. ¡También se llevaron una buena reprimenda! La fibra revolucionaria —incluso anarquista— del joven Tse-tung pudo expresarse desde muy temprano. El hogar de los Mao no era de los más serenos... A medida que los niños crecían, los gritos y peleas eran cada vez más frecuentes y violentos entre el padre y sus hijos.

En los albores del siglo xx, Tse-tung ya era un joven muy seguro de sí mismo y muy sensual, cualidades que manifiestamente había heredado de su madre. Le gustaba tocar, probar, sentir las cosas, acariciar y observar animales de la granja, admirar las transformaciones y los ciclos de la naturaleza. En cambio, aumentaba su fobia al agua y odiaba bañarse. La razón del disgusto es desconocida, pero lo acompañaría toda su vida: «A Mao no le gustaban las bañaderas ni las duchas, y pasó veinticinco años sin bañarse. ¡Se hacía frotar el cuerpo con toallas calientes!». ⁴¹ También exigía un masaje cotidiano, reminiscencias de la ternura materna... Tse-tung era una persona táctil... Wen Qimei le enseñó a mirar, a saborear la belleza, a dejarse sorprender. Con ella, Tse-tung conoció los atajos de la existencia, desvíos aleatorios de un cotidiano demasiado reglamentado. A diferencia de su padre, ella no le gritaba nunca, siempre era seductora y conciliadora, bella... y misteriosa. A partir del momento que tuvo edad de comprender, su madre lo tomaba de la mano y lo llevaba a un lugar sagrado, un poco alejado del pueblo. Luego, en base a un ritual ancestral, le pedía que se inclinara delante de una piedra de más de dos metros de alto, que coronaba un manantial. ⁴² Con esa reverencia, Tse-tung se hizo «adoptar» por el monolito encantado... El homenaje a esa «madre de piedra» mágica fue una suerte de bautismo pagano, que confería a su nombre oculto toda la potencia de protección esperada: Shi san ya-zi, el «niño de piedra», según la creencia, acababa de ser despertado en su yo secreto y profundo. Un *ego* inquebrantable que lo acompañaría hasta su último respiro...

Tse-tung estuvo rodeado de mujeres alegres y diligentes durante toda su infancia: hasta los ocho años, pasó mucho tiempo en casa de los Wen, la familia de su madre. Lo adoraban. Vivían más allá del cuello del valle del Tigre en reposo, a unos doce kilómetros de la casa de los Mao. ⁴³ Recordaría esa etapa con felicidad debido a la falta de preocupaciones: durante el día paseaba al rebaño, mientras que por las noches aprendía a leer a la luz de una lámpara de aceite. Descifraba los textos con murmullos, muy aplicado, mientras que su abuela materna y sus tías bordaban ropa y cocían zapatos. Risas contenidas, gestos lentos e impacientes, crujido de páginas pasadas con precaución... En esa etapa surgió su gusto desmedido por la lectura y las mujeres. Hasta su muerte, Mao sería un bibliómano. Su cama siempre estaría en parte cubierta y rodeada de decenas de obras. Del mismo modo, hasta una edad muy avanzada y en medio de sus libros, rendiría pleitesía a varias jóvenes mujeres a la vez... A partir de los años 1960, incluso después de sufrir una enfermedad venérea, el Gran Timonel seguiría ejerciendo sus talentos de seductor: ¡varias de sus conquistas decían estar orgullosas de haber sido contaminadas por él, y de conservar así en su cuerpo el recuerdo de aquellos preciosos instantes de intimidad!

En la primavera de 1902, Tse-tung todavía era un jovencito tranquilo, pero su carácter se afirmaba día a día. Regresó a la casa de su padre, con quien nunca había tenido un vínculo muy constructivo. La relación entre ambos, que ya no era buena, iba a degradarse por las confrontaciones cotidianas. El niño tenía ocho años y debía recibir una verdadera educación. Su padre decidió ocuparse, preocupado porque su prole pudiera ayudarlo a gestionar su explotación. Xunsheng sólo se había beneficiado con dos años de instrucción en su juventud; sabía leer y escribir —sobre todo contar!—, pero sólo utilizaba ese saber rudimentario para orientar bien sus negocios. Inscribió a Tse-tung en los cursos dispensados por un «letrado» del pueblo, allí el niño debía aprender los caracteres del alfabeto chino y recitar incansablemente los textos clásicos de Confucio destinados a los alumnos. En teoría, la escuela duraba todo el día, pero en la práctica, los niños cumplían prioritariamente los imperativos agrícolas o los suplicios domésticos impuestos por los padres. Tse-tung, por su parte, ¡prefería claramente el estudio a los trabajos en el campo! Su excelente memoria le permitía aprender rápido los textos impuestos, lo cual le dejaba un poco de tiempo para explorar sus terrenos predilectos: antes de la historia (todavía era muy chico para profundizar en esta materia), se dedicaba con ahínco y talento a la caligrafía, así como a la poesía. A lo largo de toda su vida, Mao practicaría esas dos artes, llenando centenas, incluso miles de páginas: además de la prosa política y una copiosa correspondencia, escribió muchos poemas, donde ponía en versos sus emociones. Sus camaradas del Partido aseguraban ver a menudo al presidente Mao detenerse en medio del campo para garabatear ciertas notas, bajarse del caballo y observar los sitios con un aire profundamente inspirado... Así, en 1935 daría su versión lírica de la Larga Marcha:

El Ejército Rojo no teme los rigores de la Larga Marcha.

Diez mil ríos, mil montañas no significan nada para él.

Las cinco sinuosas cordilleras le parecen pequeñas olas,
El vasto Wu Mong es un simple montículo de tierra que pisamos con los pies.

Tibios están los acantilados que azotan las aguas de arenas de oro,
Frías las cadenas de hierro sobre el puente del Tatu.

Pasó el monte Mien con mil pies de nieve,
La alegría de todo el ejército fue inmensa.⁴⁴

Cabezas que ruedan

Pero el maestro de escuela de Tse-tung, como la mayoría de los de aquella época, se limitaba a hacer aprender los manuales de memoria y distribuir golpes con el puntero para hacer entrar lo que enseñaba —que no era mucho—. Muy pronto, Tse-tung consiguió las pocas novelas que circulaban en su aldea y las leía a escondidas de su padre: «El *Shui hu zhuan* (*El borde del agua*) y el *San guo shi yan yi* (*Los Tres Reinos*). El primero relata las aventuras de ochocientos granujas que habían formado una banda; el segundo narra la historia de las guerras entre los Tres Reinos»⁴⁵. *Los Tres Reinos* había sido escrito en el siglo xvi por Lo Kuan-Chung, escritor chino de la dinastía Ming. El texto relata un período que se extiende desde 220, fecha de la caída de la dinastía Han, hasta 265 bajo la dinastía Jin, durante la cual los tres jefes de los reinos de Shu, Wei y Wu disputan el dominio de China. Mao leyó y releyó sin pausa esa epopeya política y militar en la que se afrontaban líderes carismáticos... Ansias de proezas, batallas y grandes incursiones triunfantes. Al joven Tse-tung, su universo de arrozales y bosques comenzaba a parecerle muy limitado. En 1903, cuando aún no había cumplido diez años, se fugó durante tres días. Lo encontraron perdido en el bosque, no muy lejos de su casa, pero su objetivo había sido llegar a la ciudad de Changsha. ¡La realidad lo alcanzó antes! Más allá de eso, y si bien era un privilegiado respecto a los más pobres, observaba violencias cotidianas insoportables... En 1904, ya era lo suficientemente grande como para comprender la gravedad de los desastres causados por la hambruna. Actos de antropofagia, indigentes lanzados por las rutas en busca de comida, miserables que intentaban engañar el estómago masticando cortezas... En 1906, la situación empeoró después de unas inundaciones catastróficas, que terminaron con la vida de entre treinta y cuarenta mil personas⁴⁶ e, indirectamente, causaron un número cien veces mayor de víctimas. El río Yangtsé estaba desbordado y acarreaba los cadáveres... Estallaron disturbios por el hambre. En Changsha, las autoridades torturaron y decapitaron a los insurgentes; sus cabezas fueron expuestas en picas. Los notables enviaron mercenarios para reprimir los levantamientos campesinos. La familia Mao se mantuvo prudentemente al margen. Xunsheng no expresaba ningún tipo de piedad por los miserables: ¡le habían robado algunas bolsas de arroz y no conseguía calmarse! Wen Qimei, por su parte, ejercía la caridad a escondidas con los mendigos de paso. Esa terrible experiencia significó un vuelco crucial en la vida de Mao, tal como lo relató él mismo al periodista Edgar Snow en 1936: «Esos incidentes, que se produjeron todos juntos, dejaron una huella duradera en mi joven cerebro que ya era rebelde. Durante ese período, comencé a gestar una cierta [...] conciencia política». También una cierta familiaridad con el horror, ya que su propio régimen también utilizaría ampliamente la tortura. Para disuadir a sus funcionarios de desviar fondos, Mao haría estrujar con pinzas de bambú los testículos de aquellos que estaban bajo sospecha... un ejemplo entre otros cuyo origen podemos rastrear en los jóvenes años de Tse-tung. A los trece años, todavía no tenía claro qué pensar de esa situación: decía que desaprobaba tanto a su padre como a los ladrones de arroz. La principal preocupación de Xunsheng era pasar esos días sangrientos sin perder demasiado dinero y, para simplificar la tarea, estaba impaciente por utilizar de la mejor manera los nuevos conocimientos de Tse-tung: «Mi padre quería que llevara la contabilidad de la familia desde el momento en que aprendí algunos caracteres. Quería que aprendiera a usar el ábaco». El ábaco era de por sí un símbolo de éxito, era la herramienta para llevar la contabilidad. Pero Tse-tung detestaba las cifras y sabía poco de economía, un defecto que marcaría su política de manera funesta, al causar entre quince y treinta millones de muertos durante el Gran Salto Adelante. Estaba en camino a transformarse en un adolescente y las exigencias de su padre atentaban cada vez más contra su libertad e integridad. Más aún en 1907, cuando se comprometió, en contra de la voluntad de su padre, con una de sus primas, Luo Yixiu, con la que se casaría un año después. Fue un verdadero trauma. En 1936, evocaría el hecho por única vez: «Nunca viví con ella [...] ¡No la considero mi esposa, y nunca he pensado en ella!». De hecho, la desgraciada murió en 1910, se conocieron muy poco. Mao afirmaría con inquina que jamás habían consumado su unión. Y en 1919, escribió un artículo en el que se pronunció de manera explícita en contra de la costumbre china de los casamientos arreglados: «Las órdenes de los padres son [...] incompatibles con la voluntad de sus hijos [...]. Es una especie de violación indirecta. Los padres chinos no paran de violar indirectamente a su progenie...». Podemos entonces comprender mejor lo que empujó a Mao el tirano a asociar contabilidad y castración...

La marcha del gigante rojo

En 1908, Tse-tung ya **sólo** sentía desprecio y rabia contra su padre. A Edgar Snow le contaría un episodio revelador: «Mi padre había invitado gente a nuestra casa y se desató una disputa entre nosotros en su presencia. Mi padre me insultó delante de todos, me trató de perezoso y bribón. Eso me puso furioso. Lo maldije y me fui de la casa. Mi madre corrió detrás de mí, trataba de persuadirme para que regresara. [...] Llegué al borde del estanco y amenacé con tirarme si él se me acercaba. [...] Mi padre insistió en que yo debía disculparme y hacer *koutou* en signo de sumisión. Acepté [...] si se comprometía a no pegarme. [...] Cuando yo defendía mis derechos revelándome abiertamente, mi padre cedía, pero si era más dócil y sumiso, él me retaba y me pegaba aún más».

Que le pidiera a su hijo que hiciera *koutou* o *kowtow* para implorar perdón era un hecho revelador de parte de Xunsheng, porque se trataba del saludo a tierra que habitualmente estaba reservado al emperador. Tse-tung,

que lo había vivido como una humillación suprema delante de su madre y de terceros, parecía reconfortado en su deseo de revuelta. ¿Habría realmente pensado en ahogarse en ese instante y poner fin a sus días? No se trata de un episodio menor, tal vez el niño Tse-tung tomó impulso hacia la edad adulta en ese momento... Más allá de eso, la relación entre padre e hijo había llegado a un punto sin retorno. La relación se degradó aún más cuando Xunsheng decidió dejar de pagar la escolaridad de su hijo. Quería que Tse-tung se dedicara al campo y planeaba enviarlo a aprender un oficio con un comerciante de arroz. Pero ya resultaba difícil contradecir a Tse-tung: era alto y más fuerte que su padre, y tenía un carácter como mínimo tan duro como el de él. ¡No iba a ser fácil pegarle! El único límite que se mantenía era la dependencia financiera. Entre disputas y compromisos temporarios, Tse-tung y Xunsheng cedían: si el hijo trabajaba en el campo su padre le permitía seguir estudiando. Pero la escuela del pueblo ya no despertaba el interés de Tse-tung. Su ambición era inscribirse en un establecimiento entre los cien que se habían abierto en el país durante los últimos cinco o seis años. Uno de sus primos, que era alumno en uno de ellos, le había comentado: ¡en estas escuelas modernas se aprende inglés, ciencias, historia! Tse-tung no podía sacarse esa idea de la cabeza. Pero, desde ya, su padre disfrutaba de burlarse de él, lo declaraba incapaz de seguir ese tipo de cursos. Lo atormentaba sin descanso. Poco después, Tsé-tung ya no detestaba a su padre, ¡lo odiaba! En 1968, durante una sesión de torturas para aniquilar a opositores a su régimen, Mao declaró friamente: «Una pena que mi padre esté muerto, hubiera sido necesario hacerle sufrir lo mismo». El adolescente Tse-tung se tragó todos los insultos y, para realizar su proyecto, comenzó a negociar con la familia de su madre. Los Wen le prestaron el dinero necesario para inscribirse en la «escuela primaria superior» de Dongshan. Tsé-tung era más grande que la mayoría de sus compañeros y, en comparación con el resto, ya no era un privilegiado. ¡Todo lo contrario! Los otros provenían de familias visiblemente más ricas, en esta oportunidad le tocó el rol del necesitado: «Muchos alumnos ricos me despreciaban porque con mi saco y pantalón habituales parecía un mendigo». En realidad, eso no lo afectaba; el Gran Timonel apreciaría luego el lujo y cumpliría muchos caprichos típicos de déspotas, pero durante toda su vida conservaría la manía de usar hasta el final ropa y zapatos. No lo hacía para dar un ejemplo de modestia, simplemente le parecía cómodo. Es más, solía pagar altos precios para enviar a remendar su ropa vieja a mano y ordenaba a sus guardias que le «prepararan» los zapatos antes de usarlos. Relativamente cómodo en su nuevo contexto de estudio, Tse-tung obtuvo buenas notas, sobre todo en disertación. Aprendió inglés y descubrió las biografías de Napoleón, Wellington o Pedro el Grande. Por primera vez, le hablaban de América y de Europa, de la guerra de Secesión y de la Revolución Francesa. Durante un año, absorbió todo lo que le enseñaban. Pero pronto ya no sería suficiente, por lo que decidió dar un paso más ambicioso. Juntó nuevamente sus pertenencias y retomó el camino en dirección a la ciudad prometida desde que tenía diez años: Changsha.

Imposible viajar en tren. La China de esa primavera de 1911 era todavía medieval. Mao ya era un joven de dieciséis años, de mirada inquisidora y rostro adusto, con una cabeller a negra y abundante, siempre atada con una larga trenza, el símbolo de subordinación al emperador. Llegó al destino después de viajar dos días en un carro tirado por bueyes. Tse-tung superó sin dificultades el concurso de ingreso en la escuela secundaria —el equivalente del bachillerato—. Sin embargo, seis meses después, la revolución republicana rompería con más de dos mil años de poder imperial. Como la mayoría de sus camaradas, Tse-tung se cortó la trenza y se unió al ejército revolucionario. Lo impulsaba la exaltación por el cambio y la voluntad de destruir un pasado que despreciaba. La victoria no tardó en llegar. La injerencia extranjera le dio el golpe de gracia a la dinastía Qing: el 12 de febrero de 1912, Puyi, el último emperador, abdicó, un mes después de la declaración de la República China de Sun Yat-sen. El 15 de febrero, Mao fue liberado de su compromiso militar. Pensaba que la revolución había terminado y retomó sus estudios. No sabía muy bien qué carrera seguir, comenzó una escuela de comercio, luego una formación general y terminó vagando varios meses en Changsha, sobreviviendo gracias a las residencias para estudiantes. Cuando entró por primera vez a la biblioteca municipal, fue una revelación: encontró el conocimiento que buscaba, allí pasaba todos sus días, devoraba las obras de Montesquieu, Rousseau, Kant, Bentham, Platón y Aristóteles. Mao se transformó en un autodidacta brillante... En 1913, inició los estudios para transformarse en profesor, estudió sin pausa e insaciablemente durante seis años. Fue entonces que se estructuró su conciencia política; el joven profesor detestaba la corrupción del gobierno, sus insuficiencias y su inmoralidad, y ya se preguntaba «cómo salvar a China». Soñaba con la oportunidad de implementar un sistema conducido por un déspota ilustrado, que fuera capaz de contrarrestar «la tontería del pueblo»⁴⁷ y salvarlo de sí mismo... «El país debe ser destruido [...], luego reconstruido», escribió el muchacho antes de transformarse en uno de los fundadores del Partido Comunista Chino. Y eso es lo que Mao haría, una vez al frente del país, a partir del 1 de octubre de 1949 y hasta su muerte, el 9 de septiembre de 1976. Pero ése es el comienzo de otra historia...

Bajo la égida de este personaje complejo, China se transformó en una potencia nuclear, una nación respetada y temida en el concierto internacional. Pero ya nadie llora al déspota que impulsó esa metamorfosis: los chinos hoy prefieren extasiarse con su leyenda más que recordar los sufrimientos generados por su política. Todavía hay estatuas monumentales a la gloria de Mao Tse-tung en toda China, su casa natal se llena de turistas que rinden homenaje al Gran Timonel. Estatuas y objetos de *merchandising* de lo más estrambóticos se apilan en los escaparates. El «niño de piedra», responsable de la muerte de al menos setenta millones de personas en tiempos de paz,⁴⁸ se transformó en un icono de pacotilla, sonriente y realzado con pintura dorada, para decorar la repisa del comedor.

8. MUSSOLINI

El herrero del pueblito de Dovia di Predappio, en Emilia-Romaña, era conocido por ser un hombre grosero y gruñón. Sin embargo, aquel domingo 29 de julio de 1883 no pudo impedir enjugarse una lágrima que asomaba a sus ojos: ¡tenía un hijo! Su espeso bigote negro en forma de manillar tembló ante tanta emoción contenida. Su familia iba a prolongarse, su apellido a perpetuarse. Los Mussolini habitaban el norte de Italia desde la Edad Media e incluso se contaba que, en el siglo xii, uno de sus ancestros había sido uno de los regentes de Bolonia. El registro parroquial de Santa María de Montemaggiore menciona que en el siglo xviii había vivido allí un antepasado terrateniente.⁴⁹ Alessandro Mussolini, de 29 años, estaba orgulloso de sus raíces, aunque nostálgico de los logros que su familia había cosechado en el pasado... Fornido y con el torso muy musculoso gracias a la práctica de su oficio, tomó entre sus fuertes brazos a su primer hijo. Ya había elegido los nombres que presidirían su destino: Benito, en homenaje al mexicano Benito Juárez, antiguo obrero agrícola transformado en héroe republicano y presidente de México; Amilcare, en honor a Amilcare Cipriani, patriota italiano, soldado de Garibaldi y comunero con los parisinos en 1871; y Andrea, por Andrea Costa, militante anarquista que acababa de fundar en 1881 el Partido Socialista Rivoluzionario Italiano. Esta última referencia era la más reciente y también la más virulenta, puesto que Andrea Costa preconizaba la «propaganda por el hecho», una estrategia política cuyo objetivo consistía en provocar una «concientización popular» por todos los medios posibles, incluido el terrorismo y la insurrección. Bajo tales auspicios, ¡el pequeño Benito Mussolini tenía a quién salir! Su abuelo paterno, Luigi Mussolini, aprobó dichos nombres elegidos para su nieto. Con 49 años, era teniente retirado de la Guardia nacional, pero alimentaba un anarquismo y un anticlericalismo que le habían valido varias estancias en prisión. El mismo esquema se reproducía, amplificándose, de una generación a otra.

Secretos de familias, machos y palabras

¡La prisión! Era casi un mérito para los Mussolini, prácticamente un rito iniciático. Diez años antes, Alessandro se había convertido en militante revolucionario (socialista libertario). Seguidor de Mijaíl Bakunin, había organizado encuentros y participado en los combates tanto contra las autoridades como contra otros militantes. No era lo que se dice un modelo de tolerancia. Alessandro golpeaba a todos aquellos que no estaban de acuerdo con él. En 1874, a pesar de haber sido elegido consejero municipal de Predappio, seguía propinándoles palizas a sus contrincantes. En el año 1878 fue arrestado por fomentar la «destrucción de bienes ajenos» y amenazar a varias personas. Con intervalos episódicos en libertad, estuvo en prisión hasta el año 1882.⁵⁰ Ese año, inmediatamente después de salir de la cárcel, se casó con Rosa Maltoni, una joven de buena familia de 24 años. Rosa provenía de la pequeña burguesía de Forlì, a unos pocos kilómetros de distancia; su padre era veterinario... ¡y a priori vio con muy malos ojos que su hija se convirtiera en la esposa de esa bala perdida llamada Alessandro Mussolini! Cuando el pretendiente fue por primera vez a pedirle la mano de Rosa, lo echó a la calle sin miramientos. Con todo, su oposición no duró mucho tiempo y terminó por dar su aprobación... No se conocen los motivos de este cambio de parecer, pero es posible sospechar algunos de ellos: Alessandro, aunque era un elemento perturbador, poseía peso político y, en consecuencia, una influencia nada desdeñable en su provincia. Por otra parte, no era bueno oponerse a un personaje propenso a las amenazas y a los ataques de furia. El *signore* Maltoni, oscilando entre la esperanza y el temor, prefirió sin duda ceder.

Rosa Maltoni era una mujer educada y distinguida. Había cursado estudios superiores, obteniendo sin dificultad su diploma de institutriz, oficio que ejercería a partir del año 1877. Le gustaba la música clásica y se expresaba con delicadeza. Era amante de la literatura y prefería hablar el italiano antes que el dialecto de Romaña, mucho más común entre los locales. Fueron su espíritu y su delicadeza los que sedujeron a Alessandro. Rosa no era muy bella. Chaparrita y rellena, con un rostro demasiado anguloso, había mostrado así y todo un encanto particular al posar su mirada en él. Los ojos muy negros y brillantes, hundidos en unas grandes órbitas; Alessandro tuvo la impresión de que ella podía leer hasta sus más íntimos pensamientos... y que aquello no la atemorizaba por nada del mundo. Rosa era, a su manera, una mujer de armas tomar. Supo domar al niño bonito de Dovia di Predappio, perdonándole sus frecuentes infidelidades. El joven herrero era conocido en esa parte de la Emilia-Romaña por sus múltiples conquistas. ¡Los italianos tenían reputación de tener sangre caliente! Pero no era eso lo que preocupaba a Rosa. Una mujer en particular había conseguido cautivar a Alessandro, acaparándosele más de la cuenta: Anna Lombardi, una mujer casada. ¡No pasaba nada! Alessandro, a quien poco le importaba el decoro, solía manosear a la hermosa rubia de formas pulposas sobre los fardos de paja, a plena luz del día... El marido de la infiel, Agostino Guidi, acabó muriéndose oportunamente y la feliz viuda se entregó a su impetuoso hermanito con más fogosidad que nunca. A partir de ese momento, Alessandro compartió sus favores entre la morena razonable y la rubia incendiaria —¡la *mamma* y la *puttana*!—. Pero los arquetipos son difíciles de cambiar. Y, hablando de eso, esta historia se prolongó hasta la generación siguiente: durante su matrimonio, Anna había tenido una niña que nació el 11 de abril de 1890, la pequeña Rachele... quien sería la amiga de la infancia primero y luego la amante de Benito Mussolini. En 1909 (cuatro años después de la muerte de su madre Rosa), Benito convocó a Anna Lombardi y a su padre Alessandro para pedirles permiso para contraer matrimonio con Rachele. Los viejos amantes le respondieron con una terminante negativa —cuyo motivo, jamás revelado, permite conjeturar que tiene que ver con un posible origen filial común—. A pesar de la prohibición de los padres, Rachele y Benito terminaron casándose por lo civil el 17 de diciembre de 1915, y tuvieron cinco hijos.

Alessandro coleccionaba, pues, las amantes, pero al regresar al hogar, le gustaba vivir en el orden y el rigor. Su mujer Rosa se preocupaba por satisfacerlo; luego de dar clases en la escuela primaria de Dovia, ella se encargaba de sacar adelante la casa sin escatimar esfuerzos. Su hijo recordaría siempre el olor almizclado de transpiración que despedía la piel lechosa de su *mamma* —y, ya adulto, detestaba a las mujeres que escondían sus efluvios naturales perfumándose—. Esta primera conmoción sensual estaba asociada con la maternidad. El 11 de enero de 1885 nació un segundo hijo, Arnaldo, y el 10 de noviembre de 1888, una hija llamada Edvige vino al mundo. La familia ocupó al principio la planta alta de una granja algo deteriorada y alejada del pueblo; en la planta baja se hallaban la fragua del padre y una trilladora que Alessandro rentaba a los campesinos para las cosechas. En diciembre de 1883, los Mussolini se mudaron justo al lado de la escuela, en el centro de Dovia.

Sobre la colina, detrás de la casa, la pareja cultivaba un pequeño viñedo y vendía el vino en los albergues de los alrededores o a los aldeanos, en lo que se convirtió en un improvisado despacho de bebidas. Los dos hermanos dormían en una pieza que hacía las veces de desván y de cocina, mientras que su pequeña hermana y los padres dormían en la sala de estar.

El bebé Benito no habló durante los tres primeros años de vida. No decía una sola palabra, articulando apenas algunos sonidos deformes; no hacía sino gruñir y llorar para atraer la atención. Alessandro y Rossa estaban desconcertados y decidieron consultar al médico de familia, en Forlì. El veredicto cayó como una bomba: Benito Mussolini era un retrasado mental. El padre, de elocuencia exuberante, se apartó de este hijo decepcionante cuyo silencio le parecía una afrenta... Pero Rosa no se desanimó; sacó a relucir todos sus recursos de madre y de maestra para extraer algunas sílabas de ese hijito suyo que pasaba largas horas mirando fijo con sus inmensos ojos negros. En el transcurso del año 1886, sin embargo, su lengua se liberó. Tal vez no le quedaba otra alternativa, al constatar que su madre debía ocuparse también de su hermano menor que transcurría por entonces su primer año de vida. Al no ser ya el centro exclusivo de la atención maternal, tuvo que modificar la estrategia para conservar sus ventajas de hermano mayor. No tenía sentido seguir haciéndose el chiquillo «retardado». De buenas a primeras, Benito comenzó a hablar sin parar. Su logorrea no se detuvo jamás, alcanzando su punto culminante en las arengas que el Duce lanzaría a las multitudes. Una vez dominada el habla, el joven Benito pasó casi simultáneamente a la palabra escrita.

Entre la hoz y el martillo

Gracias a su madre Rosa, Benito se apasionó por las óperas de Verdi, aprendió a leer y a escribir en italiano, así como algunos rudimentos del latín. Comenzó a tocar el violín con entusiasmo, algo que continuaría haciendo en la adultez. El niño memorizaba bien y consiguió recuperar el tiempo perdido con el lenguaje. Pero junto con la capacidad de expresarse en diferentes ámbitos se manifestó también un temperamento muy difícil y sujeto a cambios bruscos. Su padre, Alessandro, no era ajeno a esta evolución: partidario de los castigos corporales, no dudaba en golpear a Benito cada vez que podía con el objetivo de *forjarle el carácter*. Al mismo tiempo, se apegó mucho a su hijo, a quien le machacaba, cada vez que tenía la oportunidad, sus convicciones ideológicas. Esta mezcla tóxica de violencia y adiestramiento, indisociable del afecto paterno, fue naturalmente difícil de sobrellevar para el niño. Sentimientos confusos y contradictorios, ansiedad y radicalismo formaban una perturbadora amalgama. Si a ello se añade las infidelidades crónicas del padre y su alcoholismo cada vez más devastador, se obtiene un cuadro familiar inestable y preocupante. De reuniones políticas a conquistas femeninas, Alessandro gastaba en alcohol las ganancias familiares y trabajaba de manera cada vez más errática. Era Rosa, sin duda, quien llevaba el pan a la mesa gracias a su magro salario de maestra. Pero no quedaba gran cosa después de pagar las facturas: «¡La comida más común en casa era la sopa», dirá Mussolini, «teníamos pan, verduras y eso era casi todo! La carne no estaba en el menú de los domingos, se reservaba para los días festivos...».

Todos aquellos quienes se acuerdan del joven Benito evocan a un niño que no lloraba ni reía jamás⁵¹ y que charlaba y jugaba muy de vez en cuando con los demás niños de su edad, de quienes no buscaba la compañía. Prefería leer, acurrucado durante horas en el gran baúl de madera en el que dormía junto a su hermano Arnaldo.

Entre 1889 y 1890, asistió a la escuela en Dovia, en la clase de su madre. Al año siguiente pasó de grado. Rivalizó tanto con la autoridad del maestro que todavía en 1911, año en que el Duce dictó su autobiografía, seguía recordando el nombre de «Silvio Marani, maestro superior».⁵² A los ocho años, Benito terminó sus estudios primarios en Predappio: a pesar de ser buen alumno, era considerado un elemento perturbador, propenso a las brutalidades y constantemente opuesto a cualquier disciplina. El mismo año, 1891, fue expulsado de la iglesia del pueblo por arrojar piedras sobre los fieles a la salida de la misa... Veinte años más tarde confesaría, restándole importancia a los hechos: «Era un bribón revoltoso y brutal. ¡Muchas veces regresaba a casa con la cabeza abollada! Pero sabía cómo vengarme... Era un muchacho del campo pícaro y extremadamente audaz».⁵³ Durante las vacaciones, Benito y su hermano Arnaldo andaban por el bosque, sacaban de sus nidos a los pájaros, atrapaban ranas... se peleaban con otros pequeños del pueblo hasta volver junto a su madre todos llenos de sangre. Rosa vendaba y regañaba a su hijo mayor, que arrastraba al más joven por el mal camino. En realidad, la brutalidad de Benito superaba largamente los límites infantiles habituales. Golpeaba sin saber cómo detenerse, se hacía golpear tremendamente pues era raro que un solo adversario bastara para controlarlo, hacían falta muchos chicos para hacerlo entrar en razón. Cuando la rabia lo sumergía, sus ojos negros se quedaban fijos, se crispaban sus rasgos duros y su mandíbula apretada se volvía rapaz. Sólo se calmaba cuando se cansaba de pegar. La tregua era por lo general breve. La ira no lo abandonaba nunca. Creció junto a ella.

Benito trabajaba a veces con su padre: «Solía frecuentar la fragua de mi padre, quien me hacía soplar con el fuelle». Alessandro aprovechaba para arrojarle algunos golpes precisos cuando atizaba demasiado el fuego y hacía saltar ceniza o carbonilla. Del lado maternal, Benito era incitado —sin éxito— a la piedad y a la modestia ante Dios. La liturgia lo fascinaba, pero sobre todo provocaba en él un extraño malestar, una angustia casi insostenible que manifestaba somáticamente: náuseas y vértigo. ¿Un misticismo al revés? «Yo seguía las prácticas religiosas con mi madre creyente y con mi abuela, pero me resultaba imposible quedarme demasiado tiempo en la iglesia, sobre todo cuando había grandes ceremonias. La luz rojiza de los cirios encendidos, el olor penetrante del incienso, los colores de las vestimentas sacerdotales, el canto lánguido de los fieles y el sonido del órgano me perturbaban profundamente»⁵⁴. ¡Podemos también apostar a que su propensión a apedrear a los feligreses no contribuía mucho a que tuviera un buen recibimiento!

La sombra del Duce ya se perfilaba: el esbozo de una personalidad mórbida, autoritaria, ambivalente y excesiva. Un personaje astuto que no sabía distinguir con facilidad entre el bien y el mal y a quien la violencia compulsiva conducía al límite de la psicopatología. Sus inclinaciones negativas eran alentadas con vehemencia por Alessandro, quien veía en ellas un motivo de orgullo: ¡su hijo era un combatiente, un líder con agallas! Creía

que esa fortaleza era inseparable de las convicciones ideológicas que le había inculcado sin descanso. Padre e hijo Mussolini siguieron una trayectoria casi calcada entre la adolescencia y la vida adulta.

Alessandro no había asistido demasiado a la escuela, pero leía mucho. Como luego su hijo, escribió numerosos artículos políticos para un diario local, *La Rivendicazione*. ¡Y reivindicaciones, a él, no le faltaban! El padre de Benito venía de una familia de modestos terratenientes que habían perdido sus bienes a lo largo de dos o tres generaciones y se habían proletarizado: Alessandro se convirtió en un pequeño artesano con sed de revancha, pues carecía de patrimonio. No tenía nada para legarle a sus hijos salvo su amargura y su saña política. Odiaba a la burguesía, que se había beneficiado de la unificación de la península mientras el pueblo continuaba sin pan y sin trabajo. Odiaba a la clase terrateniente, a la que pertenecían sus antepasados. De hecho, los propietarios explotaban al extremo a los jornaleros y a los pequeños campesinos, que vivían en una miseria extrema; los más pobres entre los pobres era los *braccianti* que eran, literalmente, aquellos que no tenían para ofrecer «más que sus brazos» para trabajar en los *latifondi*, las vastas tierras que pertenecían a los *latifondisti*.⁵⁵ Este sufrimiento generalizado había llevado a una fuerte emigración. Alessandro le repetía sin cesar al joven Benito: «Los hijos de Italia están obligados a abandonar su patria... ¡Qué vergüenza!». Entre los años 1876 y 1880 cerca de cien mil italianos por año abandonaron su país en busca de trabajo. En el año 1887, fueron casi doscientos cincuenta mil los que emigraron a otros países de Europa y a los Estados Unidos.

El padre de Mussolini estaba del lado de los oprimidos, se adhería al internacionalismo de Bakunin, exaltaba la figura de Karl Marx, pero dejaba ver al mismo tiempo un sentimiento nacionalista muy fuerte. Invocaba a Carlo Cafiero, un hijo de burgueses reconvertido en comunista libertario que estaba a favor de la abolición del Estado. Cafiero, en un comienzo discípulo de Marx y Engels, rompió con ellos espetándoles: «¡Vuestro programa es, para mí, un gran absurdo reaccionario!». Alessandro Mussolini seguía también el ejemplo de Giuseppe Garibaldi, el padre de la Italia unificada, proclamada el 17 de marzo de 1861. Siguiendo las convicciones de su padre, Benito Mussolini habría de ingeniárselas, una vez en el poder, para recuperar para su causa el heroísmo garibaldino, llegando incluso a exhumar sus restos para trasladarlos a Roma. Sin embargo, tras la caída del Duce, los antifascistas restablecieron la figura de Garibaldi como republicano y patriota. Y lo mismo ocurrió con el otro gran personaje venerado por Mussolini, Giuseppe Mazzini, quien, en política italiana, es una figura insoslayable citada una y otra vez y reivindicada por todas las tendencias, tanto fascistas como republicanas. En sus *Memorias*, Metternich (el célebre diplomático austríaco) escribió en 1880: «Conseguí que se pusieran de acuerdo emperadores, reyes y papas. Nadie me dio más trabajo que un bandido italiano flaco, pálido, harapiento, pero elocuente como la tormenta, apasionado como un apóstol, astuto como un ladrón, desenvuelto como un comediante e infatigable como un amante que lleva por nombre Giuseppe Mazzini».⁵⁶

Bakunin, Cafiero, Garibaldi, Mazzini... Éstos eran los héroes de los Mussolini padre e hijo: teóricos, pero sobre todo hombres de acción que no dudaban en tomar las armas para defender sus ideas y separarse de sus mentores. Unos brillantes y belicosos herejes. En aquella Italia de finales del siglo XIX, el compromiso político implicaba en último término el enfrentamiento físico. ¿Cómo podía ser de otra manera? Menos del siete por ciento de los italianos estaban en condiciones de votar a causa de un sistema electoral particularmente restrictivo.⁵⁷ Las clases trabajadoras consideraban que el gobierno estaba sometido por los ricos. Las relaciones del pueblo con las autoridades se limitaban a menudo al pago de contribuciones e impuestos. Los más necesitados tenían muchas obligaciones y ningún derecho. El dinero iba principalmente para el ejército y la Iglesia, mientras que la mayor parte del país seguía viviendo en un subdesarrollo económico, social y administrativo. El analfabetismo era la norma y el banditaje asolaba las provincias. Regiones enteras carecían de escuelas y de estructuras sanitarias elementales. La electricidad era un lujo. En el año 1900, la industrialización apenas estaba comenzando, y sólo en algunos sectores, como la química y la metalurgia. En ese contexto, pertenecer a un grupo político significaba participar en una suerte de guerrilla. Los italianos estaban socavados por el deseo de un cambio profundo, asfixiados por las frustraciones, y vivían en un clima de hostilidad política permanente. En ese caldo de cultivo proliferaban grupos y grupúsculos de tendencias muy diferentes entre sí. En la derecha se congregaban militantes que pretendían mantener «el orden» oponiéndose a la violencia de las reivindicaciones de los movimientos de izquierda. Las milicias arremetían primero contra los pequeños campesinos y luego contra los obreros. Sus golpes comando prefiguraban las expediciones punitivas de los futuros fascistas, llevadas a cabo a cachiporrazos y haciendo beber forzosamente aceite de ricino, al que a veces se le agregaba gasolina para causar la muerte. En la izquierda, numerosas organizaciones anarquistas o socialistas se concentraban la mayoría de las veces en defensa de sus intereses locales, pelándose a menudo con las autoridades. En aquella época, la mayoría de los socialistas no hacía sino reaccionar ante el recrudescimiento de la miseria, sin plegarse a la emergencia de una doctrina política definida. Un denominador común se imponía, no obstante, entre unos y otros, tanto en los conservadores como en los oprimidos: una mayoría reclamaba un cambio radical, el advenimiento de una política que fuera, a la vez, potente y pragmática.

Pasar al acto

Benito prácticamente no tenía más lecturas que las de su padre. Uno de sus personajes emblemáticos era Carlo Pisacane, cuyo *credo* era explícito: «Las ideas resultan de los hechos y no al revés, el pueblo sólo será libre cuando se instruya, pero se instruirá más rápido cuando sea libre [...] La utilización de la bayoneta en Milán produjo una propaganda más eficaz que un millón de libros».⁵⁸ El socialismo de los Mussolini, como el de muchos otros miembros del Partido socialista italiano, viró rápidamente hacia el extremismo: en el año 1893, Benito tenía diez años cuando siguió, por mediación de su padre y de sus camaradas, las intervenciones del Congreso socialista de Emilia-Romaña. El doctor Cesare Lombroso, famoso médico legista y criminólogo, causaba sensación. Sus investigaciones versaban sobre la «teoría de la degeneración»⁵⁹ y sobre el racialismo. Lombroso consideraba que la humanidad había evolucionado de los «negros» a los «amarillos» y luego a los «blancos», afirmando que en Italia la raza del sur era inferior a la del norte. Este ejemplo cientificista, llamado «socialismo científico», se inscribía en una corriente cada vez más importante que cuestionaba el régimen parlamentario y la eficacia del sistema democrático. El pensamiento del joven Mussolini no dejará de impregnarse de él.

Al mismo tiempo que textos políticos, Benito leía algunas novelas que no lo apasionaban, salvo *Los miserables* de Victor Hugo. Mostraba también un marcado interés por los vestigios de su región y por los castillos de la Edad Media, que «daban cuenta de la vitalidad de los siglos pasados». Rosa deseaba que su hijo cursara estudios clásicos y trabajó duro para que Alessandro aprobara su anhelo... porque los únicos establecimientos susceptibles de garantizar ese tipo de educación eran religiosos. Ella ya había tenido que ser muy persuasiva para obtener de su marido la autorización para bautizar a sus hijos. Alessandro era anticlerical, aunque profesaba una suerte de respetuoso temor hacia Cristo que era una mezcla de admiración por Jesús —en tanto que personificación sublimada de la rebelión—, pero también de superstición. En aquellas tierras tan violentas, todavía se ve neraban a los santos con un fervor absolutamente pagano. Así, en la casa de los Mussolini, colgaban de las paredes, frente a frente, ¡los retratos de la Madona de Pompeya y de Garibaldi! Otra razón, mucho más prosaica, llevó a los padres de Mussolini a escolarizar a su retoño en una escuela estrictamente vigilada: los problemas de disciplina se sucedían uno tras otras y eran cada vez más preocupantes y graves.

Cuando se le anunció que le habían inscrito en un internado, Benito ni se inmutó. No le producía ninguna pena dejar a sus padres, ni a Arnaldo (siete años) y Edvige (cuatro años), para el comienzo de clases del año 1892. Una venda cubría una de sus manos. Al querer darle una trompada a otro chico, golpeó una pared y se rompió las falanges. Partió hacia el internado acompañado por Alessandro en una carreta tirada por una mula. A lo largo de la treintena de kilómetros que debían recorrer, el padre le dio al hijo uno de sus últimos consejos: «¡No te dejes embaucar por los curas!». Se dirigían al colegio de los hermanos salesianos de Faenza, una congregación de la Sociedad de San Francisco de Sales —¡el santo de la amabilidad!— cuya vocación consiste en educar a la juventud. Fue necesaria toda la paciencia de los religiosos para contener la agresividad de su nuevo interno... al menos por un breve tiempo.

El Duce cuenta que su padre y él se emocionaron al despedirse frente a la pesada puerta del internado, y que fue presa de una crisis de llanto cuando ésta se volvió a cerrar. Emoción inventada o no, el comportamiento adoptado por Benito tuvo una rigurosa constancia: odio y rencor fueron los únicos sentimientos que cultivó en el internado. En 1932, Mussolini le aseguraría al biógrafo Emil Ludwig que los dos años pasados en Faenza fueron particularmente difíciles de soportar, puesto que estuvieron marcados por «insoportables e injustas humillaciones».⁶⁰

Claro que Benito poseía un sentido cuanto menos singular de la justicia. Detestaba a los hermanos porque éstos le imponían su disciplina, y al resto de los niños porque se plegaban a ella sin chistar. Tenía un solo amigo, un mal alumno fortachón con quien se divertía haciéndose desafíos estúpidos, como el de ver quién podía romper el objeto más duro con la cabeza... Benito se regocijaba cuando conseguía perturbar la rutina del colegio. No tenía el más mínimo respeto por sus maestros y lo demostraba cotidianamente. Las horas de estudio y los castigos no hacían sino exacerbar su rebelión y su deseo de represalias. La venganza lo obsesionaba. Un día se peleó con uno de sus profesores y a punto estuvo de herirlo de gravedad arrojándole un tintero a la cara. Los hermanos salesianos intentaban comprender y domesticar a su furioso alumno por todos los medios posibles, de los más severos a los más conciliadores. Redactaban largos informes al respecto en sus registros, en los que daban fe de sus esfuerzos, tan repetidos... como condenados al fracaso. Los hermanos habían descubierto al menos que Benito les tenía rencor a sus padres por haberlo enviado al internado; como no podía hacerles pagar por esa traición, se desquitaba con sus compañeros. El 23 de diciembre de 1892 hizo su primera comunión. ¡Poco le importaba! Unas semanas después apuñaló a un alumno con un abrecartas. Por suerte, la herida fue superficial. Lo expulsaron. Ganó. Al pasar de la teoría a la práctica, el joven Mussolini se convenció de que la violencia era la verdadera llave para el cambio.

El lobo sale del bosque

Al no poder hallar un establecimiento que lo aceptara para el curso siguiente, Benito continuó su escolarización estudiando junto a su madre entre los años 1893 y 1894. En octubre de 1894, asistió un establecimiento laico, la Scuola normale di Forlimpopoli, en una pequeña ciudad situada a unos quince kilómetros de su casa. Camorrero e impulsivo como siempre, logró pese a todo trabajar correctamente, obteniendo notas bastante buenas en historia, geografía, italiano y... ¡pedagogía! El diploma le iba a permitir convertirse en maestro, como su madre. Para leer sin que nadie lo molestara, en los recreos se refugiaba en una capilla en desuso que lindaba con la escuela. Su formación duró seis años. Durante los tres primeros, fue externo, y se hospedó en la casa de una familia de Forlimpopoli. Esta relativa autonomía le resultaba conveniente y lo tranquilizaba un poco. El adolescente iba entrando a la edad adulta. De 1898 a 1901 fue interno, pero con libertad para salir todas las veces que quisiera. Esa nueva vida en la ciudad le permitió abrirse a nuevos placeres. Atraído cada vez más por la música, participaba de la orquesta de la escuela tocando la trompeta y el violín. El 27 de junio de 1901, subió a escena junto al resto de los demás alumnos para actuar como inspector en una pieza titulada *El triunfo de la justicia*, representada en el teatro de la ciudad. ¡Fue una verdadera revelación! Benito estaba emocionado por la importancia y el interés que le dieron a su trabajo, subyugado por los aplausos, enfervorizado por su propio potencial de seducción y maravillado de descubrir en sí mismo un verdadero carisma... Arriba del escenario se erguía cuan largo era (1,69 metros que eran compensados con las botas) para declamar su parlamento; explotaba su gestualidad grandilocuente, movía sus inmensos ojos, ¡comulgaba con los otros! Mussolini estaba conmovido. Las candilejas lo inspiraban y hacían nacer en él el gusto por el público. Embebido en fe, creía, ¡jamén!, en él mismo.

Entre los trece y los catorce años, Benito comenzó a probar sus dotes de seducción con las muchachas. Sus primeras exploraciones en la materia fueron prometedoras, pero desde su punto de vista, insuficientes. Mussolini no soportaba la frustración. Algunos meses antes de su desempeño teatral, decidió, pues, perder la virginidad en un lupanar. Quería servirse de la sabiduría de una profesional para descubrir sin restricciones las voluptuosidades más inimaginables. Por algunos pocos billetes, hizo su elección. A la salir del burdel, la experiencia había sido tan excitante que decía haberse sentido «vacilante como un hombre ebrio. Creía haber cometido un crimen», lo cual no parecía molestarle en absoluto. Muy por el contrario, una nueva dimensión de la existencia, rica en placeres insospechados, parecía en ese mismo instante abrirse ante él: «La brutal

revelación del goce sexual me perturbaba. La mujer desnuda había entrado en mi vida, en mis sueños [...] Desvestía con los ojos a las muchachas que me cruzaba por la calle, las deseaba con violencia en el pensamiento». Las prohibiciones no lo amedrentaban. La transgresión lo divertía y favorecía a sus intereses, pues su noción de la ética consistía exclusivamente en satisfacer sus necesidades y sus ganas. Enardecido por este estado de ánimo, llevó por la fuerza a su casa a una muchacha, poseyéndola brutalmente en las escaleras. Retrospectivamente, Mussolini no sentía ningún remordimiento, confirmando aquel episodio sin hacerse de rogar, incluso con un asomo de orgullo. Afirmaba inclusive que esa violencia fue el punto de partida de un corto idilio durante el cual la víctima y él se amaron «poco con el alma, pero bastante con la carne», según su propia versión de los hechos. Para Mussolini, la noción de violación era absurda: si una chica se le resistía era porque todavía no lo conocía.

A menudo, sexualidad y poder van de la mano: cuando la adrenalina sube, la tensión debe ser evacuada por algún lado. La virulencia y la agresividad del joven Mussolini se prolongaban pues, sin sorpresas y en un mismo movimiento, hacia la política. El mismo año 1901, a los 18 años, arengó al público en un homenaje a Verdi en el teatro municipal, comenzando por un elogio al gran compositor que aprovechó para, desde esa tribuna, llamar a la insurrección. Igual que su padre antes que él, escribía artículos en los periódicos de la región. Algunos meses después, en mayo, fue el líder de una huelga en la Escuela Normal que duró cuatro días. En julio, obtuvo su diploma de maestro; estaba muy decidido en aprovechar su nueva profesión para hacer valer sus ideas. El oficio de maestro le era indiferente, pero le confería cierta influencia. Para construir su personaje, adoptó un estafalario atuendo integralmente negro, con sombrero de fieltro, traje y corbatón del mismo color. Su rostro de ojos negros, siempre bien abiertos e hipnóticos, estaba dominado por un gran bigote. Al cabo de un año, logró ser elegido presidente del grupo socialista local y miembro del comité de la cooperativa de trabajadores. Oportunista y orgulloso, desarrolló un desprecio cada vez más grande por los reformistas que deseaban conseguir sus objetivos por caminos legales y parlamentarios. Mussolini pretendía, según sus propias palabras, hacer «volar por los aires la sociedad».

En julio de 1912, tras haber sido secretario de la federación socialista de Forlì, accedió a la dirección nacional del partido, de donde fue expulsado el año 1914: militaba por una política militarista y expansionista. En 1915 fue enviado al frente, en donde se distinguió por su excesiva combatividad. En el año 1917, herido durante un ejercicio, fue exento. Regresó al país... Durante por lo menos un año, trabajó para el servicio secreto británico haciendo propaganda militarista y reprimiendo por los medios más violentos las manifestaciones de los pacifistas que podían entorpecer la producción industrial necesaria para la guerra. El veterano de guerra cumplió con su trabajo mostrando un entusiasmo manifiesto. De allí en adelante sabía qué dirección tomar. Habiendo pasado de cabecilla a líder carismático, Mussolini formó una guardia personal. Deseaba encarnar la fuerza, la renovación, el ideal patriótico.

El 23 de agosto, participó del congreso socialista de Milán expresándose con vehemencia en contra del sufragio universal. La ruptura con la democracia estaba consumada. El 23 de marzo de 1919 fueron creados los *fascios* de combate (semilla del futuro Partido Nacional Fascista). El *leitmotiv* de Mussolini tenía una fórmula: «Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado». El 9 de noviembre de 1921 fue fundado el Partido Nacional Fascista. El 28 de octubre de 1922 se llevó a cabo la marcha sobre Roma. Veinticuatro horas más tarde, el rey Víctor Manuel III nombraba a Mussolini jefe del gobierno italiano. El 3 de enero de 1925 era instaurada la dictadura. Los milicianos adoptaron el saludo romano y se enardecían vociferando consignas tan profundas como «*Boia chi molla*» (muerte a los cobardes), «*Me ne fregó*» (me la suda), «*O con noi o contro di noi*» (con nosotros o en contra nuestro). El símbolo elegido por Mussolini era el «haz de varas atadas sujetando un hacha», el antiguo símbolo de los *licttores*⁶¹ de la antigua Roma, que se usaba para aplicar castigos corporales o dar muerte por decapitación. ¡Benito no había olvidado las lecciones de historia antigua de *mamma Rosa*!

Durante más de veinte años, los esbirros del fascismo hicieron reinar el terror. Aquel que se consideraba el nuevo César, extendería su imperio por toda Italia hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El 25 de julio de 1943, abandonado por su propio bando, que deseaba el armisticio, Mussolini fue tomado prisionero. Liberado por un comando alemán, fue instalado por Hitler a la cabeza de la efímera República de Saló, el Estado fantoche aniquilado por los aliados en abril de 1945. En fuga, el Duce fue arrestado por un grupo de partisanos comunistas el 28 de abril de 1945 y fusilado junto con su amante y otros dignatarios fascistas. Sus cuerpos fueron transportados a Milán, colgados de los pies, expuestos a escupitajos, luego arrastrados por toda la ciudad y, finalmente, decapitados.

9. SADAM HUSEIN

«¡Arriba, hijo de puta! ¡Muévete!». El niño de cuatro años, acurrucado sobre una manta extendida directamente en el suelo, no había dormido más que un puñado de horas, y lleno de preocupación. Lanzó hacia el adulto una mirada furiosa de odio. No tuvo tiempo de evitar una segunda patada en el vientre, pero alcanzó, de todos modos, a ponerse de pie y luego esfumarse para escapar de su padrastro. Acababa de amanecer y debía ir a cuidar las ovejas. Detrás suyo, su perseguidor seguía vociferando, el puño en alto: «¡Corre, corre, maldito bastardo! ¡Y que no vuelva a ver tu asquerosa cara de rata antes de que te hayas ganado el pan!».

El que no debía nacer

Sadam Husein Abdulmayid al Tikriti nació a finales del mes de abril de 1937. «Abdulmayid» era el patronímico de su padre, Husein. Negándose a seguir la tradición, Sadam no lo utilizó jamás. Prefirió, en cambio, incorporar «al Tikriti» a su propio nombre. Tikrit era la capital de su provincia natal: Salâh ad-Dîn, en Irak, a orillas del Tigris.

Sadam nunca conoció a su progenitor. La historia oficial dice que éste murió algunos meses antes de su nacimiento. Según otras fuentes, simplemente habría abandonado su hogar y a su mujer, Subha Talfah al-Mussallat. Esta última versión, confiada por el futuro amo y señor de Bagdad a uno de sus secretarios particulares,⁶² parece verosímil: Subha y Husein acababan de perder a su primer hijo, un niño de doce años, como consecuencia de una larga enfermedad, probablemente un cáncer. Poco después de esta cruel desaparición, el marido decidió rehacer su vida en otra parte, dejando a Subha desesperada y embarazada de siete meses.

En adelante sola, sin esposo ni sostén económico, sólo pensaba en deshacerse de ese bebé no deseado. Su abdomen hinchado la horrorizaba. ¡El retoño de Husein no le inspiraba más que rencor y vergüenza! Subha era una campesina fuerte, conocida por su carácter vehemente y determinado. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de volver a casarse si conservaba al niño que estaba en su vientre. En su pueblo de Al-Aouja, perdido en el desierto a cincuenta kilómetros de Bagdad, las costumbres eran rudas e implacables con los débiles. Por esa razón, durante varios días intentó abortar sirviéndose de los miserables medios que tenía a su alcance, en especial golpeando y presionando su vientre con sus puños o contra las paredes.⁶³ Todos sus intentos fracasaron y ella misma estuvo a punto de perder la vida.

El niño que no debía nacer terminó así por ver la luz del día. Subha miró con asco al recién nacido ensangrentado que gemía por primera vez entre sus muslos. Habría podido matarlo, ¡pero Dios se lo había impedido en el momento en que lo llevaba en sus entrañas! De modo que, supersticiosa, prefirió aceptar su destino. ¡*In šâ' Allâh!* «Si Dios quiere».

Llamó a su hijo Sadam, que significa, dependiendo de las traducciones, «choque violento» o «aquel que hace frente». Para Subha, pues, este hijo encarnaba a la vez un acontecimiento traumático, a un combatiente y a un superviviente. Sin ironía ni compasión, no hizo sino enunciar los hechos y las consecuencias de ese terrible nacimiento. ¡Todavía ignoraba hasta qué punto sus palabras iban a ser premonitorias para la historia del pueblo iraquí!

Sadam entró a la vida a la fuerza. Así y todo, Subha no se enterneció frente a esta irrupción asombrosa de vitalidad y se negó a asumir la carga. Sin medios para hacer frente a las necesidades de su hijo aun cuando lo deseara, lo condujo con su hermano, Khairallah Talfah, que vivía en Tikrit. La ciudad se hallaba un poco más lejos, sobre la costa del Tigris. El ferrocarril que unía Bagdad con Mosul se detenía allí y era casi lo único que comunicaba Tikrit con el mundo exterior. Por lo demás, el lugar no tenía ningún atractivo, con sus casitas cuadradas y decrepitas rodeando una fortaleza que dominaba el río, lamentable vestigio de un esplendor pasado. Habría que volver ochocientos años atrás para ser cautivado por ella: Saladino, el conquistador de Jerusalén, nació allí en el año 1138. Su padre había sido el gobernador de esa ciudad, entonces floreciente y rica culturalmente. Fue en esa región de la Mesopotamia donde nació la escritura, hace aproximadamente 5.500 años... Sin embargo, cuando su madre dejó allí a Sadam, Tikrit era una ciudad que desde hacía mucho tiempo estaba en decadencia: sucia, pobre y poblada de analfabetos. No había ni agua corriente ni electricidad. Sólo la ciudad principal estaba adoquinada, último testimonio de un arrebato de prosperidad que había tenido lugar un siglo antes, gracias al comercio de una especialidad local: los *kalaks*, embarcaciones redondas de cuero. Una industria efímera que no fue continuada por ninguna otra. Con todo, no hay que fiarse de ese monótono paisaje. Tikrit albergaba clanes que se oponían con fiereza al gobierno de Bagdad, con líderes dispuestos a tomar las armas para usurpar el poder...

La sangre de la tierra

El tío Khairallah aceptó a Sadam sin dudar. Todavía no tenía hijos y no podía negarse a ayudar a su hermana. Nobleza obligada. Era un hombre autoritario y educado que gozaba de una posición importante en Tikrit: se lo valoraba como potentado local, se le pedía consejos, se lo respetaba. Era oficial del ejército iraquí. Sus ideas y sus actos podían ser un ejemplo para el joven Sadam y de hecho fueron, desde su más tierna infancia, un punto de inflexión para el resto de su vida. Khairallah era un nacionalista convencido, un armador que estaba preparando la insurrección a la manera de un caudillo en el momento mismo en que Subha abandonaba a su criatura. Encubaba la marcha sobre Bagdad desde hacía mucho tiempo...

Desde la Primera Guerra Mundial, el país, compuesto por un mosaico étnico y religioso, estaba bajo el poder británico, que defendía allí sus intereses estratégicos y económicos. En agosto de 1921, los ingleses habían hecho rey de Irak, con el nombre de Faysal I, a Faysal ibn Husáin, hijo de Husáin ibn Ali, jerife de La Meca, estableciéndose una constitución monárquica hereditaria para ponerle un cerrojo, por mucho tiempo, al nuevo régimen. El rey pertenecía a la minoría de los musulmanes sunitas y se encontró, a partir de ese momento, a la

cabeza de una nación mayoritariamente chiita, lo cual no contribuía justamente a afirmar su legitimidad. Desde entonces, los levantamientos no cesaron de ser reprimidos en todo el país, con frecuencia de forma salvaje, por el Reino Unido. En 1925, la provincia de Mosul, con mayoría kurda, fue anexada por Irak, lo cual hizo que crecieran las tensiones y las revueltas. Churchill, entonces secretario de Guerra, no dudó en arrasarse las poblaciones con la Royal Air Force, haciendo esparcir gas mostaza sobre la ciudad kurda de Solimania y envenenando a las dos terceras partes de la población.⁶⁴ La historia no dejará de repetirse... En esa parte del mundo, una vida costaba menos que un barril de petróleo. Obviamente, los occidentales no tenían pensado abandonar la región: el 15 de octubre de 1927, un nuevo yacimiento fue descubierto en Baba Gurgug, cerca de Kirkuk, en el norte de Irak. Ingleses, franceses, holandeses y americanos se dividieron el oro negro gracias a la creación de la Iraq Petroleum Company (IPC) que, tras un acuerdo puramente formal otorgado por Faysal I, obtuvo una concesión sobre la totalidad del territorio, chupando —literalmente— las riquezas del país. En 1932, Irak obtuvo su independencia, pero la presencia militar y el control occidental seguían en pie. El gobierno de Bagdad no conseguía imponerse ante la población. Los conflictos interétnicos y religiosos se multiplicaban, comenzando por la masacre de centenares de cristianos asirios. Los militares iraquíes, en un comienzo⁶⁵ formado s y entrenados por el ejército inglés para relevarlos en el país, se organizaron en células clandestinas y fueron los instigadores de estas atrocidades. Depuración étnica y religiosa, panarabismo, reconquista de la nación... esos eran sus objetivos. Fueron ganando cada vez más importancia: de 10.446 hombres en 1929, los efectivos se elevaron a cerca de 41.000 hombres en 1941. El 1 de abril del mismo año, algunos oficiales fomentaron un golpe de Estado con el apoyo del Tercer Reich. Khairallah Talfah, el tío de Sadam, participó de él. Después de más de un mes de horror, los británicos consiguieron desbaratar el golpe, colgando a los principales líderes y deteniendo al resto. Khairallah fue encarcelado seis años.

A la edad de cuatro años, Sadam se halló, pues, privado de su beligerante protector. La mujer de Khairallah, quien también acababa de tener un hijo, envió de vuelta al niño con Subha. El regreso al pueblo de Al-Auja fue un drama para el chico. Su madre se había vuelto a casar con un pariente cercano de su difunto marido — ¡porque Husein ahora estaba bien muerto!—. El nuevo cónyuge sería, dependiendo de las fuentes, uno de sus primos o incluso un hermano. La deshonra que Husein había provocado en Subha fue de este modo borrada con esta nueva alianza en la misma familia. Al menos hasta el retorno inopinado del «bastardo», la prueba viviente de las faltas cometidas en el pasado.

Ibrahim Hasan era un coloso de temperamento vicioso y brutal. Adiposo, el rostro enmarcado en un collar de barba, la mueca coronada por un fino bigote, tenía la mirada dura y fría. En su vecindario lo apodaban «Hasan el mentiroso»: sería el torturador de Sadam durante seis largos años.

Subha tuvo tres niños con su nuevo marido, Sabawi, Barzan y Watban, que se quedarán junto a su medio hermano cuando éste se convierta en el tirano de Bagdad. Pero en aquellos días finales de 1941, Sadam no era más que un «indeseable»: «¡No quiero saber nada con ese malparido!», espetó Hasan al llegar Sadam. Hasta ese momento, el niño de cuatro años había sido tratado bien por el tío Khairallah. Pero era un tiempo definitivamente pasado. Su madre no lo defendía, pues aún seguía considerándolo una molestia. Ella también poseía un carácter bien templado: Hassan tenía otras esposas (podía, según la tradición, tener cuatro), pero ella consiguió disminuirlas a todas para convertirse en la primera. ¡Subha no era una blanda! Ella escrutaba a Sadam sin ninguna compasión. Pese a ello, el niño llevaba aún ese aire ingenuo que iluminaba unos rasgos regulares e inocentes, un mentón prominente y grandes ojos marrones. Casi de inmediato, Hasan se encargó de apagar esa chispa infantil: las noches de Sadam habrían de ser igual de infernales que los días.

Los orígenes de la locura

Sadam era el esclavo de Hasan. La sumisión comenzó por el abuso sexual y los golpes repetidos. El padraastro transpiraba como un buey y apestaba como un chivo. Sus olores corporales invadían todo el espacio, en la choza de barro y de caña calentada con fuego de hosta de vaca seca. Sadam lo sentía acercarse, rodeándolo cada vez más, trepándosele como una bestia malvada siempre lista para abalanzarse sobre él. A los 63 años, «el nuevo Saladino», como quería que lo llamasen, seguía conservando en la memoria ese recuerdo nauseabundo y terrible. No lo evocaba directamente, pero le recomendaba al pueblo iraquí: «No es apropiado sentir la transpiración, arrastrar consigo un olor corporal fuerte, sobre todo cuando estamos con nuestros niños. Lo mejor es bañarse dos veces por día [...] Cuando un niño no puede recordar el rico olor despedido por su padre, su amor se debilita».⁶⁶ El tirano, para demostrar que no tenía nada que ver con aquellos padres sucios y malolientes, obligaba a los hombres de su entorno, a sus generales y a sus ministros, a saludarlo inclinándose como para besarlos a unos pocos centímetros de su axila; una manera, a la vez, de infantilizarlos y de obligarlos a humillarse en signo de lealtad.

Ya adulto, Sadam no soportaba que lo tocasen. Impuso su proxemia a todos sus huéspedes internacionales, incluidos los más eminentes. Los médicos personales de Sadam les advertían la distancia exacta que debían respetar cuando se acercaban al Rais.

De los cuatro a los diez años, Sadam fue un miserable que se cubría con harapos. Evidentemente, Subha y Hasan no se preocupaban en vestirlo decentemente. El niño ni siquiera llevaba ropa interior y cubría sus partes íntimas como podía. Debía recolectar las deyecciones de los animales para las fogatas. Cuando estaba enfermo, nadie se ocupaba de curarlo. Con el tiempo, el déspota habría de tener fobia a los gérmenes y a la contaminación. Su cohorte de doctores se encargaba de verificar la temperatura de su despacho para preservar lo mejor posible su salud. Cada visitante era sometido con varios días de antelación a una requisa corporal, y era informado de la manera y de la duración que debía respetar para estrechar la mano del presidente Sadam. Convertía en una cuestión de honor mostrarse siempre de punta en blanco, con bigote y cabellos impecablemente teñidos y peinados; sus trajes estaban forrados con una seda que combinaba con sus corbatas. Coleccionaba también sombreros, la mayoría de los cuales eran incluso a prueba de balas. Muchos años de distancia separaban al pequeño granjero del dictador.

A los cinco años, Sadam era obligado por su padraastro a robar animales y aves para revenderlos. El niño se las

arreglaba para dejar contento a su verdugo y de ese modo sobrevivir. Fue así como aprendió a matar. Se entrenaba con los animales, descubriendo un goce inédito y exclusivo con la sangre que sale a chorros, los gritos de pavor, el pánico de sus víctimas. Degollaba, asfixiaba y torturaba hasta la muerte. Pasaría a los especímenes humanos unos diez años después, cuando se convirtió en uno de los asesinos del partido Baaz, a mediados de los años 1950, y luego, en 1968, jefe de los torturadores.

A los nueve años, Sadam era un muchacho solitario, irreversiblemente retorcido y cínico. Llevaba siempre consigo una barra de hierro con la cual mataba perros. La gente del pueblo había aprendido a temerle y a respetarlo. No tenía amigos, pero había adquirido una reputación de duro en el clan Al-Khatab, de la tribu Al-Bu Nasir, cuyo símbolo llevaba tatuado en el puño: un alineamiento de tres puntos de color azul oscuro que siempre mostraba orgulloso. Al conquistar el poder, su tribu y su familia se convirtieron en los pilares de su autoridad. Ninguna deslealtad era tolerada: habiendo comenzado de cero, único entre los suyos, Sadam no vaciló nunca en dar muerte a familiares y amigos por poco que los creyera susceptibles de traicionarlo. En Al-Aouja, asistió a múltiples ajustes de cuentas. Uno de sus vecinos de la infancia, Omar al-Ali, afirmó en 2011: «La gente de la provincia de Tikrit era dura, no vacilaba en matar, la mayoría eran campesinos, pero algunos eran ladrones». Una de las especialidades de los lugareños consistía en atacar y asaltar las embarcaciones que pasaban por el Tigris. Sadam aprendió a mantenerse permanentemente alerta. La paranoia le permitió seguir con vida. Se convenció, a partir de ese momento, de que poseía un poder sobrenatural, un verdadero sexto sentido que le permitía detectar infaliblemente a la gente de la que tenía que desconfiar. «Si tengo la más mínima sospecha sobre alguien, lo mato», decía a menudo el amo de Bagdad.

El muchacho no toleraba la debilidad: la sensibilidad, la emoción, la ternura estaban definitivamente desterradas de su universo. Cuando le llegó el turno de convertirse en padre, Sadam Husein no se comportó mejor que su padrastro. Latif Yahia, un antiguo agente de seguridad de Uday Husein —el hijo mayor del dictador— contaba, cinco años después de la caída del régimen: «Uday me dijo que, cuando era tan sólo un niño, su padre lo golpeaba con una barra de hierro cada vez que se mostraba débil o timorato. Luego, lo obligaba a mirar vídeos de prisioneros que habían sido torturados». La «pedagogía» de Sadam tuvo sus frutos: Uday Husein se convertiría en un asesino y un violador serial.

Said Aburish, quien fuera uno de los consejeros del Rais en la década de 1970, y más tarde, su biógrafo, resumió simplemente, a modo de explicación: «Sadam fue el producto de una niñez miserable plagada de experiencias amargas que jamás olvió ni pudo superar».

El aprendizaje

En el año 1947, otras «experiencias» aguardaban al preadolescente salvaje. Su tío Khairallah acababa de salir de prisión. Sadam, que recordaba algunos momentos vagamente felices, sólo anhelaba volver a vivir con él. Envidiaba muchísimo a su primo Adnan, tres años menor que él, que vestía correctamente, calzaba zapatos ¡e incluso sabía leer y escribir! Sadam le pidió entonces a Subha y a Hasan que lo mandaran a la escuela. ¡Ni se te ocurra! Sadam se escapó y se refugió junto a su tío Khairallah, que vivía ahora en Bagdad. El antiguo oficial había sido expulsado del ejército y se había convertido en maestro. Halagado por la admiración que le profesaba Sadam, aceptó tenerlo en su casa y ocuparse de su educación. A los diez años, el niño fue a la escuela por primera vez. Pero su principal aprendizaje tuvo lugar junto a su tío, que le inculcaba sus ideas políticas y alentaba sus pulsiones violentas aun cuando, como militar y golpista, nunca había tenido él mismo las agallas de matar ni de cometer actos violentos. Khairallah le dio a Sadam, antes de cumplir los catorce años, el primer regalo que le hicieron en toda su vida: ¡un revólver! Y le enseñó a usarlo... El chico no dejaba nunca su arma; la guardaba bajo su almohada antes de irse a dormir y también la llevaba a la escuela. Y, entonces, pasó lo que tenía que pasar: en clase, el maestro golpeó a Sadam, quien se quedó sin reaccionar. Pero esa misma noche, alguien llamó a la puerta del profesor. El hermano de éste fue quien abrió y fue abatido de varios disparos. El maestro, luego de llevar a su hermano al hospital, denunció y acusó al sobrino de Khairallah. Cuando los policías irrumpieron en la casa de este último, en el barrio tikriti de Al-Karkh, encontraron al niño apaciblemente dormido... y ninguna prueba de su crimen. En cuanto al maestro, cuyo hermano murió a causa de las heridas de bala, decidió prudentemente abandonar la región. Entendió que lo mejor era alejarse de Sadam y de su familia —y, en general, de su clan y de su tribu—. Venganza y clientelismo; todos lo cubrían, así eran las cosas. Este episodio anunciaba la futura gestión totalitaria: «La familia Sadam, el clan de Tikrit, era una banda de criminales. Cuando Sadam tomó el poder, fue como si la mafia tomara el control del país», afirmó también el viejo agente de seguridad, Latif Yahia.

El tío de Sadam, como un Pígalión infernal, le prometía un futuro de gloria: «¡Eres alguien especial, conseguirás grandes cosas en la vida!», le repetía. Le contaba los éxitos de Saladino y del rey Nabucodonosor, el hacedor del imperio babilónico. Ya presidente, Sadam se preocuparía constantemente de su posteridad, acosando a sus consejeros: «¡Quiero que se me recuerde dentro de quinientos años!». Obligó a los horrorizados conservadores del sitio de Babilonia a restaurar los espacios con ladrillos nuevos y a construir un templo en la cima de una colina vecina. Después de que un arqueólogo le enseñara los ladrillos originales, que estaban estampillados con el nombre de Nabucodonosor, dio el orden de hacer lo mismo con su nombre. Así se puede leer en el lugar, modernizado y desnaturalizado, inscripciones de cimientos dedicadas su gloria: «Hecho bajo el régimen del victorioso Sadam Husein, presidente de la república, que dios lo guarde, él es guardián del gran Irak, el renovador de su renacimiento y el constructor de esta gran civilización, por eso ha reconstruido la gran ciudad de Babilonia».

En el año 1952, el futuro soberano babilónico estaba lejos de sus preocupaciones pseudoarqueológicas. Prefería nadar en el Tigris y pescar con granada —conservaría esta costumbre más tarde, obligando a algunos buceadores a recuperar sus «presas»—. A los quince años, Sadam era un estudiante mediocre. Los cursos lo aburrían y sólo conseguía seguirlos con mucha dificultad. Estaba mucho más interesado por la política tal como la enseñaba su tío. Leía cualquier cosa que encontrara sobre sus grandes hombres favoritos: Hitler y Stalin. Con el tiempo, se apasionó por la historia de la mafia. Veinte años después, en 1972, vio *El Padrino* de Francis Ford

Coppola, que habría de convertirse en su película favorita. Progresivamente, el joven Sadam parecía encontrar su camino. Ibrahim Zobedi, a quien frecuentó en las aulas del colegio, explicó en septiembre de 2002 a la cadena británica BBC: «Nuestro amigo Nabil quería ser doctor. Yo, poeta. Adnan [el primo de Sadam] se veía oficial en el ejército. En cuanto a Sadam: todo lo que quería era un todoterreno, un revolver y un par de binoculares».

El ascenso del dios viviente

Los acontecimientos le ofrecieron a Sadam la oportunidad que él estaba esperando. Medio Oriente estaba en ebullición. En 1952, los oficiales del ejército egipcio derrocaron a la monarquía a través de un golpe de Estado y, dos años más tarde, Nasser se instaló en el poder. En 1956, se enfrentó a Occidente nacionalizando el canal de Suez; Francia, Gran Bretaña e Israel pusieron todo su empeño en defender su posición. Pero el presidente egipcio se llevó la victoria, altamente emblemática para el conjunto del mundo árabe. El antimperialismo y el nacionalismo profesados por el nuevo héroe árabe se propagaban con más fuerza que nunca.

A los dieciséis años, Sadam abandonó sus estudios. Se inscribió en la escuela militar, pero reprobó el examen de ingreso. Su desilusión fue terrible: ¿jamás llegaría a ser militar? ¡No importa! El presidente Sadam usará uniformes robados, cada uno más prestigioso que el otro. A comienzos de 1970, se dio a sí mismo el título de «general honorario». Una manera de oficializar una trayectoria que se había abierto paso con las armas. En los años 1950, Sadam se convirtió en miembro del partido Baaz iraquí, partido político panárabe y laico, que militarizaría y radicalizaría a su manera cuando llegase a ser líder. Lo estimulaba su tío Khairallah, su mentor y alma condenada, de quien tomó prestado una de sus fórmulas preferidas: «Hay tres cosas que Dios no debería haber creado: a los judíos, a los persas y a las moscas». A Sadam, la ideología del odio y de la violencia le venía como anillo al dedo. A los dieciocho años, creía cumplir una profecía que le permitiría acceder a los más altos cargos. Lo habitaba un delirio mesiánico que fue creciendo con el paso de los años y de sus acciones. En el año 1956, participó de un golpe de Estado fallido contra la monarquía. Dos años más tarde, algunos oficiales no baazistas, conducidos por el general Kasem, asesinaron a Faysal y a su familia. El 7 de octubre de 1959, Sadam y su grupúsculo Baaz intentaron asesinar a su vez a Kasem. Un año antes, habían masacrado friamente a uno de sus primos, con quien Khairallah había tenido una diferencia política. Cuando finalmente el partido Baaz pudo conquistar el poder, el 19 de julio de 1968, Sadam eliminaría a sus rivales uno tras otro, ayudado por su tribu y su familia —incluso hasta arrogarse, gracias a sus intrigas, el título de presidente, el 16 de julio de 1979—. Aquel que se definía como «dios viviente» y pretendía hablar con Mahoma en sueños tomó las riendas del país durante treinta y cinco años de dictadura. Sadam, autoproclamado «el humano más cercano a Dios», dejó tras de sí un saldo de más de dos millones de víctimas.

10. BOKASSA

«Por supuesto, hay que mostrar interés por los indígenas, amarlos, pero si perciben debilidad en quien manda (y la bondad demasiado obvia siempre será considerada por ellos como ausencia de energía), para ellos el jefe dejará rápidamente de ser considerado como tal». (André Gide, *Viaje al Congo*).⁶⁷

Entre julio de 1925 y febrero de 1926, André Gide recorrió el África Ecuatorial Francesa (AEF), desde la desembocadura del río Congo al lago Chad. Atravesó un territorio que había sido descubierto recientemente, el Ubangui-Chari —futura República Centroafricana—. En sus libretas de viaje, el escritor describe minuciosamente la fauna, la flora, los paisajes, pero también a los lugareños y sus modos de vida... tal como estaban, en ese momento, determinados por el colonialismo. Y tal como habrían de determinar el surgimiento de uno de los más sanguinarios tiranos del continente.

Caza de mariposas y caza de hombres

El nuevo país que visitaba Gide era un territorio limítrofe con Chad al norte, al sur con el Congo, con Sudán al este y con Camerún al oeste. Había sido descubierto en el año 1885 por algunos aventureros belgas y franceses. Los ríos Ubangui y Chari delimitaban sus fronteras, otorgándole su nombre. En el año 1903, los franceses habían establecido allí su administración colonial. Desde entonces, el Ubangui-Chari se hallaba enclavado en lo que quedaba del imperio francés de África subsahariana. Casi al mismo tiempo había sido instaurado el sistema del «indigenazgo», inaugurado en 1830 en Argelia y que ya había entrado en vigor en el resto de los países bajo dominación francesa. Este «código» apuntaba a perpetuar de manera legal una situación que iba en contra del decreto de abolición de la esclavitud firmado el 27 de abril de 1848, y del decreto del 12 de diciembre de 1905 que prohibía «atentar contra la libertad de un tercero» en África Occidental Francesa. Este estatuto discriminatorio, que perduró hasta el año 1946, trivializaba la servidumbre de los pueblos autóctonos y les denegaba los principios elementales del derecho francés. En cambio, los colonos podían infligir sanciones colectivas, deportar etnias enteras, asfixiar por medio del trabajo obligatorio y los impuestos más inverosímiles... Ninguna ley protegía a los africanos, desposeídos de su tierra, de sus recursos y de sus vidas. Sólo contaba el beneficio de las compañías concesionarias europeas, que conformaban el imperio colonial y recurrían al gobierno para proteger sus intereses gracias a la intervención militar y política. Por otro lado, los dirigentes de la metrópolis no tenían el control total de lo que ocurría realmente en el lugar. Es lo que descubrió Gide durante su periplo, designado como responsable de misión por Léon Perrier, el ministro de las Colonias. Ingenualmente, el escritor, convertido en testigo directo, entregó un relato que es casi una crónica en el cual denuncia las derivas de la colonización, aunque sin arriesgarse jamás a cuestionar «la misión civilizadora europea», una idea predominante en aquella época.⁶⁸

Cerca de Bangui, Gide descubrió que la Compañía forestal de Sanha-Ubangui (CFSO), todopoderosa en la región, ejercía un verdadero derecho de vida y muerte sobre la población. La belleza de la selva, donde el autor gozaba de los placeres de bañarse en el río y de cazar mariposas, contrastaba con el sufrimiento de los autóctonos. Gide atravesó Lobaye, en el sudoeste, en la linde del Congo. Menos de cinco años antes, el 2 de febrero de 1922 o 1923,⁶⁹ en Bubangui —uno de los principales pueblos de este distrito—, había nacido un niño llamado Bokassa. De grandes ojos reflexivos, el niño observaba cada día a los miembros de su familia y a sus vecinos, forzados a las peores vejaciones y a los tormentos más duros impuestos por los blancos. ¿Se cruzó, tal vez, la mirada de Gide con la del niño africano? Gide mismo describió a hombres obligados a caminar hasta el agotamiento bajo el sol, con un poste sobre los hombros por haber hecho disgustar a los esbirros de la compañía. Pero contrariamente a lo que ocurrió con el escritor que estaba de paso, el joven Bokassa veía cotidianamente sufrir a aquellos de su misma piel: suplicios infligidos a fugitivos que intentaban escapar del trabajo obligatorio; niños de unos diez años extirpados de sus familias, atados del cuello con cuerdas y obligados a trabajar sin parar bajo los golpes de las chicotas⁷⁰ de los milicianos blancos; las mutilaciones (manos cortadas) sufridas por aquellos que no alcanzaban las cuotas de producción... Había que cosechar el café y el caucho en condiciones que únicamente denunciaron, en vano, algunos pocos misioneros franceses. Bubangui se vaciaba a veces durante más de un mes seguido, cuando la población apta partía a la selva para desangrar los árboles de caucho para obtener látex. Las epidemias se propagaban como nunca antes, al ritmo de los desplazamientos forzados. Viruela, malaria y desnutrición diezaban a la población. Sin embargo, lo peor aún no había llegado.

Grisgrís contra los fusiles

Mindogon Mbougoulou Bokassa había sido un jefe de pueblo muy respetado antes de la llegada de los blancos. Pero desde el momento en que los agentes de la CFSO comenzaron a invertir en las tierras de sus antepasados, se convirtió en un hombre desesperado y empujado a la sumisión. Mindogon se despertaba cada mañana con miedo en el vientre. No por él sino por los suyos: por su mujer, Marie Yokowo, y por sus doce hijos. Durante las primeras semanas, accedió a colaborar con los blancos: como la administración tenía necesidad de trabajadores, enviaron a los pueblos a algunos milicianos para reclutar obreros. Daban una compensación insignificante a cambio del trabajo realizado. Lamentable mercado de incautos... Ante la brutalidad de los mercenarios que hacían las veces de capataces, la situación se degradó con mucha facilidad. Estuvieran los jefes de acuerdo o no, los hombres —y a veces también las mujeres y los niños— eran capturados y llevados con lazo como si fueran animales.⁷¹ Violaciones, crímenes y actos de tortura se multiplicaban, bajo el pretexto de «apaciar» la mano de obra desobediente. Mindogon, convertido a la fuerza en auxiliar de colonos, había llegado a odiarlos en igual medida que a desprenderse a sí mismo. Su último hijo, con apenas cinco años, lo miraba fijamente con un aire de dolorosa sorpresa cuando lo veía acatar frente a sus perseguidores. ¡Mindogon no soportaba más su impotencia de jefe, mucho menos su impotencia de padre! Progresivamente, el estupor y la resignación fueron dejando lugar a un sentimiento mucho más poderoso que el temor: la revuelta.

Desde hacía algunos años llegaban a Bubangui noticias que le devolvían la esperanza al jefe Mindogon. Una

r existencia se estaba organizando en la etnia Baya, establecida en el oeste y mayoritaria en el país justo frente a los Banda, que ocupaban principalmente el este. La familia Bokassa pertenecía a los Baka, que eran bantús del sudoeste. Los tres grupos tenían sus territorios, sus costumbres, sus dialectos y un pasado común no siempre armónico. Los blancos no dejaban de atizar los rencores para sacar provecho de los disensos. Pese a ello, un grupo se alzó, agrupando a los miembros de las tribus contra los opresores franceses. El líder se llamaba Ngainoumbey, pero era conocido por todo el país como Karnu, extraño personaje mitad brujo, mitad profeta, guerrero y héroe ya legendario, que había declarado la guerra a los blancos. Karnu y sus combatientes conducían una guerrilla que era un rompecabezas para el enemigo. Gracias a su conocimiento del territorio, los insurgentes se camuflaban y atacaban con machetes a las tropas coloniales. Al principio, el efecto sorpresa les daba ventaja y les había permitido obtener algunas victorias resonantes, confiriendo a Karnu el aura de un poderoso mago. Se decía que conocía una planta capaz de transformar a los invasores en gorilas, que arrojaba hechizos para transformar las balas de los fusiles en inofensivos chorros de agua, ¡y que sabía cómo hacerse invisible! En parte, este último poder era auténtico, ya que Karnu, con su tropa y sus mujeres, solía ocultarse en una red de grutas adonde los franceses no podían seguirlos. Sus hazañas, reales o imaginarias, eran divulgadas de pueblo en pueblo. Tal como admitía la tradición, los rebeldes comían a veces a sus adversarios caídos en combate para apropiarse de sus fuerzas. Se cree que el futuro emperador Bokassa solía hacerlo también: en los sótanos de su palacio fueron descubiertos, en septiembre de 1979, cuerpos parcialmente descuartizados. Llevaba también supuestos grisgrís que lo volvían invulnerable; mandó matar a la costurera de una de sus esposas, llamada Anne-Marie Pamala,⁷² para extraerle su hígado y destinarlo a «recargar» un fetiche. Magia y rituales guerreros impregnaban el espíritu de Bokassa desde la infancia. Cincuenta y dos años antes, los hijos de Mindogon habían escuchado a su padre contar la epopeya de Karnu en medio de un ferviente murmullo.

En 1927, Mindogon decidió no bajar más la cabeza ante los colonos. La Compañía forestal había tomado de rehenes a los padres de muchos de los pobladores para obligarlos a trabajar.⁷³ Mindogon, entonces, intentó un golpe por la fuerza y consiguió liberarlos. Interceptado por los milicianos, fue finalmente capturado. El jefe de Bubangui fue arrastrado por todo el pueblo, encadenado. ¡Los administradores querían darle un castigo ejemplificador! La familia de Bokassa asistió, impotente, al calvario. Mindogon fue conducido a Mbaiki, subprefectura de Lobaye, y conducido a prisión. Condenado a muerte en un juicio sumario, fue masacrado a palazos y a chicotazos en la plaza ubicada delante de las oficinas de la administración colonial, el 13 de noviembre de 1927. En julio de 1973, Bokassa, ya dictador, habría de dar muerte a uno de sus empleados de la misma manera, a palazos. El hijo del supliciado repitió los gestos del verdugo del pasado...

Una semana después de la ejecución de Mindogon, el 30 de noviembre de 1927, su esposa, Marie Yokowo, se suicidó —un acto tan grave como inhabitual en la cultura bantú—. Los niños quedaron huérfanos. El abuelo paterno, Mbalango, se hizo cargo de ellos. Bokassa y sus hermanos vivían con el abuelo en Berengo, cerca del pueblo de Ubangui. Casi exactamente cuarenta y nueve años más tarde,⁷⁴ ese lugar se convirtió en la residencia principal del emperador Bokassa: un palacio construido exactamente en el mismo lugar, que comprendía su propia fábrica de discos, un estudio de grabación, un cine, una granja, una fábrica de ropa y unos «mataderos imperiales». Fue en ese exacto lugar donde el dictador fue inhumado, en 1996. Singular extremo de un destino: menos de un siglo antes, el niño Bokassa se había encerrado allí mismo bajo el shock del doble drama que acababa de golpearlo. No tuvo verdaderamente tiempo de hacer el duelo. Con el sentimiento de abandono y de incompreensión, se mezclaban el instinto de supervivencia y una rabia helada. Bokassa observaba cómo actuaban los más fuertes (soldados y mercenarios) y concluyó que tenía que ser como ellos. Sus padres habían muerto. Víctimas. Demasiado vulnerables. ¡La Historia no había estado de su lado! Como prueba, el 11 de diciembre de 1928, es decir un año después de ellos, desaparecía a su vez el heroico Karnu... Al cabo de una serie de expediciones punitivas particularmente sangrientas contra los pueblos de su etnia, el símbolo de la rebelión había sido acorralado y asesinado por los franceses en el pueblo de Nahing, a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Bouar, cerca de la frontera con Chad, donde la revuelta había comenzado. El movimiento iniciado por Karnu lo sobrevivió cinco años más por lo menos, hasta que fueron eliminados los más duros resistentes, unos diez mil, en 1933.⁷⁵ El Ubangui-Chari siguió siendo devastado por las crueldades coloniales y las hostilidades tribales alimentadas deliberadamente por los ocupantes. El círculo infernal de la violencia estaba muy lejos romperse.

Los fantasmas de la libertad

Evangelizada, la familia de Bokassa decidió que este último recibiera una educación cristiana. A los siete u ocho años fue enviado, pues, a la escuela Santa Juana de Arco, fundada en 1925 por el padre Herriau y continuada en 1928 por el padre Leperdriel, ambos misioneros espiritanos.⁷⁶ La escuela se hallaba en Mbaiki, allí donde el padre de Bokassa había sido ejecutado. Días tras día, el niño debía pasar por los lugares donde Mindogon había sufrido su larga y terrible agonía... Este fantasma ensangrentado no era el único tormento que debía afrontar: continuamente también debía pelearse con los demás alumnos que se burlaban de él por ser huérfano. Bokassa recibía muchos golpes, pero él comenzaba también a devolverlos. Aunque los misioneros habían conseguido disciplinar a sus pupilos, no tuvieron éxito en inculcarle al pequeño recién llegado el gusto por el estudio. Observaron, no obstante, la fascinación de Bokassa por un manual de gramática de 1899, *El año infantil de la lengua francesa*. Como no sabían —o no retenían— el nombre de pila del niño, lo rebautizaron con el nombre del autor: Jean Bedel. Ésa es, al menos, una de las versiones que con más frecuencia se invoca respecto de la génesis de la identidad del dictador.⁷⁷ Jean Bedel Bokassa continuó su escolarización en la escuela Saint-Louis de Bangui, bajo la égida del padre alsaciano Charles Grüner. La intención inicial era que fuera sacerdote, pero el carácter impulsivo del muchacho no servía para el sacerdocio. Rebelde y verborágico, Jean-Bedel no era exactamente lo que se dice un devoto. Tampoco era brillante, aunque sí astuto y pragmático. Su última etapa de escolar lo había llevado aún más lejos, a una escuela de Brazzaville, donde trabajaba más como cocinero que dedicándose al estudio. En 1939, a los 17 o 18 años, regresó a Berengo, a casa de su abuelo, quien le aconsejó que se convirtiera en soldado: «Allí aprenderás como si vivieras tres vidas juntas».

El 19 de mayo de 1939, Bokassa se alistó en el regimiento de infantería. El ejército francés prolongó el aprendizaje cruel recibido en su primera infancia, sumergiéndolo en el torbellino de las más salvajes batallas.

Su carrera militar fue ejemplar: se convirtió en sargento de las Fuerzas Francesas Libres, participó del Desembarco de Provenza, combatió en Indochina y luego en Argelia. Fue condecorado como caballero de la Legión de Honor con carácter de militar y obtuvo la Orden de Mérito Militar. Durante un momento, mientras ingresaba la Escuela de formación de oficiales de Fréjus pensó en abandonar el ejército para abrir... una cafetería. La broma que le hizo a su destino no fue fugaz. Francia perdió a un apacible cantinero, pero la República centroafricana proclamada el 1 de diciembre de 1958 ganó un déspota. Bokassa terminó su carrera en el ejército francés con el grado de capitán y se convirtió en consejero militar para la formación del ejército centroafricano que acababa de crearse. Francia ubicaba a sus peones en su antigua colonia. El primo de Bokassa, David Dacko, se convirtió en el primer presidente de la República mientras que Jean-Bedel —sostenido por la metrópolis— fue promovido a jefe del Estado Mayor en su país. El 31 de diciembre de 1965, Dacko fue derrocado por aquel a quien consideraba un idiota: Jean-Bedel Bokassa se convertía en jefe de Estado con la bendición del Hexágono. En 1972, se proclamó presidente de por vida. El huérfano de la sabana se tomaba revancha y, en adelante, no se privaría de ningún abuso. Le gustaba distraerse, por ejemplo, arrojando vivos a sus rivales a los leones y los cocodrilos de su zoológico personal. Bokassa confundía poder político con poder personal. Y puesto que las autoridades francesas se habían cargado, en el pasado, a sus padres, ¡los forzaba ahora a ser parte de su familia! En cartas enviadas a De Gaulle, insistía en llamarlo «papá», mientras el general, exasperado hasta el límite, lo llamaba a su vez «el bruto», «el idiota», o «el lunático». Bokassa llamaba a Pompidou «hermano», mientras que Valéry Giscard d'Estaing era su «primo». ¡Y él mismo era «el emperador»! Su coronación napoleónica tuvo lugar el 4 de diciembre de 1977 y constituyó el punto más alto de un régimen que había caído en la locura. En enero de 1979, se dice que él mismo fue partícipe de la masacre, en la prisión de Bangui, de un centenar niños detenidos a quienes había ordenado detener, pues se habían manifestado contra el precio demasiado elevado de los uniformes escolares, que comenzaban a ser obligatorios. Ocho meses más tarde, fue derrocado mientras realizaba una visita a Gadafi, en Libia, por su viejo rival David Dacko, que contaba con el apoyo del ejército francés, decidido a deshacerse del monstruo que él mismo había creado en la época en que André Gide recorría el Ubangui-Chari. El número de víctimas que dejaron esos trece años de régimen sigue siendo desconocido. Pero la odisea de Bokassa continuó, a título póstumo, porque murió el 3 de noviembre de 1996: durante el cincuentenario de la independencia de la República Centroafricana, el nuevo presidente, François Bozizé, antiguo edecán del «emperador», «rehabilitó en todos sus derechos», el 1 de diciembre de 2010, a quien fuera bautizado como el Ogro de Berengo.

NOTAS

- ¹ Véase *Cambodge: la dictature des Khmers rouges*, documental de Adrian Maben, 2012.
- ² Véase entrevista exclusiva de Nate Thayer, realizada en octubre de 1997.
- ³ Región de la antigua provincia del Nilo occidental.
- ⁴ Kyemba, H., *A state of blood*, Ace Books, NYC, 1977. [Trad. cast.: *Un Estado sangriento*, Grijalbo, Barcelona, 1978].
- ⁵ Monestier, M., *Cannibales. Histoire et bizarreries de l'anthropophagie. Hier et aujourd'hui*, Le Cherche Midi, París, 2000.
- ⁶ Savon, H., *Du cannibalisme au génocide*, Hachette, París, 1972.
- ⁷ Véase Montefiore, S., *Young Stalin*, Weinfield & Nicolson, Londres, 2007.
- ⁸ Trotski, L., *Staline*, Grasset, París, 1948. [Trad. cast.: *Stalin*, Juan Pablos editor, México, 1973].
- ⁹ Fragmento de «To a Foil'd European Revolutionaire».
- ¹⁰ Trotski, L., *op. Cit.*
- ¹¹ Najjar, A., *Anatomie d'un tyran*, Actes Sud, Arlés, 2011.
- ¹² *Ibid.*
- ¹³ Jouve, E., *Dans le concert des nations*, L'Archipel, París, 2004.
- ¹⁴ Véase Cojean, A., *Les Proies*, Grasset, París, 2012.
- ¹⁵ Bianco, M. *Kadhafi, messenger du désert*, Stock, París, 1974.
- ¹⁶ *Ibid.*
- ¹⁷ Jouve, E., *op. Cit.*
- ¹⁸ «Felices pascuas», en alemán.
- ¹⁹ Miller, A., *C'est pour ton bien*, Aubier, París, 1985.
- ²⁰ Hitler, A., *Libres propos sur la guerre et la paix recueillis sur l'ordre de Martin Bormann*, Flammarion, París, 1952.
- ²¹ Diario íntimo de Paula Hitler, citado en *The Guardian*, 4 de agosto de 2005.
- ²² Rauschnig, H., *Hitler m'a dit*, Pluriel, París, 2012. Prólogo de Raoul Girardet. Se trata de una obra criticada por las supuestas confesiones que Hitler le habría hecho directamente al autor. En cambio, los testimonios reunidos y compilados por Rauschnig conservan todo su interés histórico. [N. de la A.].
- ²³ Recuerdos de Hitler narrados a una de sus secretarias, en Troland, J., *Adolf Hitler*, Pygmalion, París, 1978.
- ²⁴ *Mein Kampf*.
- ²⁵ Véase Folco, M., *La Jeunesse mélancolique et très désabusée d'Adolf Hitler*, Stock, París, 2010.
- ²⁶ Literalmente «castillos de orden»: centros de adoctrinamiento ideológico y de entrenamiento militar reservados para la elite de las juventudes del NSDAP y de las SS, seleccionados para formar a los nuevos cuadros del Reich. Existirían tres: en Renania, Algovia y en Pomerania. Los Ordensburgen, instalados en viejas fortalezas medievales, tenían dormitorios, comedores, claustros, calabozos, salas de meditación y hasta cementerios privados. [N. de la A.].
- ²⁷ Stierlin, H., *Adolf Hitler, psychologie du groupe familial*, PUF, París, 1975.
- ²⁸ Pozuelo, V., *Los últimos cuatrocientos setenta y seis días de Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.
- ²⁹ Revista *Opinion*, febrero de 1977, citado por Bennassar B. en *Francisco Franco Bahamonde*, Autrement, París, 1999.
- ³⁰ Bennassar, B., *op.cit.*
- ³¹ Franco Bahamonde, P., *Nosotros los Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.
- ³² Genieys, W., *Les Élités espagnoles face à l'État*, L'Harmattan, París, 1997.

³³ Bennasar, B., *op. Cit.*

³⁴ Reclus J., *La Révolte des Taiping*, Éd. Du Pavillon R. Maria, París. 1972. Reeditado en 2008 por ediciones L'Insomniaque, París.

³⁵ Snow, E., *Étoile rouge sur la Chine*, Stock, París, 1965. Se trata de una obra fundamental en la cual el autor —periodista norteamericano— obtuvo después de ocho años de investigación en China la «confesión» autobiográfica de Mao, por entonces de cuarenta y tres años. El Gran Timonel siempre aceptó la autenticidad de las palabras allí vertidas, por lo que este libro sigue siendo hoy una fuente inestimable: la única narración hecha por el propio Mao de su juventud y de sus comienzos políticos.

³⁶ Práctica sadomasoquista que consiste en atar al partenaire.

³⁷ Alrededor de los cinco años, se comprimían los pies de la niña para romper el arco del pie y replegar los dedos —con excepción del dedo gordo— hacia el interior hasta la necrosis. Para acelerar el proceso, a veces se rompían los huesos a pedrazos. Se estima que al menos diez por ciento de las niñas morían de septicemia. Las demás debían tolerar dolores insoportables hasta que terminaran de crecer. Finalmente, el pie, totalmente triturado, adquiría su forma definitiva. Pero incluso entonces permanecer parada seguía siendo muy doloroso.

³⁸ Snow, E., *op. cit.*

³⁹ Jung, Ch. y Holliday, J., *Mao: l'histoire inconnue*, Gallimard, París, 2006.

⁴⁰ Snow, E., *op. cit.*

⁴¹ Jung, Ch. y Holliday, J., *op. cit.*

⁴² Li, X., *Histoire de la famille Mao*, Éd. Du Peuple, Pekín, 1966. Citado por Faure J. y Rolland D., *1968 hors de France, histoire et constructions historiographiques*, L'Harmattan, París, 2009.

⁴³ Jung, Ch. y Halliday, J., *op. cit.*

⁴⁴ En *La Poésie chinoise*, Seghers, París, pág. 265. [Trad. cast.: Mao, *Poemas*, Visor, Madrid, 1974].

⁴⁵ Wang, N., *Mao Zedong*, Autrement, París, 1999.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Véanse los textos de juventud de Mao, de junio de 1912 a noviembre 1920.

⁴⁸ Véase Jung, Ch. y Halliday, J., *op. Cit.*

⁴⁹ Véase <https://www.geneanet.org/nom-de-famille/MUSSOLINI> o <https://www.wikitree.com/genealogy/Mussolini-Family-Tree-1>, biografía de la familia Mussolini: «un bisavolo di Benito Mussolini, agricoltore in proprio, Mussolini Jacobus Antonius, nato nel 1730 —non è scritto dove— morì il Settembre 1810 alla età di 80 anni».

⁵⁰ Haugen, B., *Benito Mussolini: Fascist Italian Dictator*, Compass Point Book, Minneapolis, 2007.

⁵¹ Véase Mack Smith, D., *Mussolini*, Knopf, Nueva York, 1982.

⁵² Mussolini, B., *La mia vita*, redactado entre diciembre de 1911 y 1912.

⁵³ Traducción del autor: «*Io ero un monello irrequieto e manesco. Più volte tornavo a casa con la testa rotta da una sassata. Ma sapevo vendicarmi. Ero un audacissimo ladro campestre*».

⁵⁴ Traducción del autor: «*Frequentavo anche la fucina di mio padre che mi faceva tirare il mantice. [...] Seguivo anche le pratiche religiose insieme con mia madre, credente, e mia nonna, ma non potevo rimanere a lungo in chiesa, specie in tempo di grandi cerimonie. La luce rosea dei ceri accesi, l'odore penetrante dell'incenso, i colori dei sacri paramenti, la cantilena strascicante dei fedeli e il suono dell'organo mi turbavano*».

⁵⁵ En 1976, la película *1900*, de Bernardo Bertolucci, muestra cómo estos trabajadores sin tierra y sobre explotados eran presa de las milicias de escuadrones, los futuros fascistas.

⁵⁶ von Metternich, K., *Mémoires*, Plon, París, 1880 (publicación póstuma).

⁵⁷ Véase Gregor A. J., *Young Mussolini...*, Université de Californie, Berkeley, 1979.

⁵⁸ Referencia a la insurrección obrera del 6 de febrero de 1853 en la ciudad de Milán: cerca de mil hombres armados únicamente con cuchillos y puñales atacaron los puestos de vigilancia y los cuarteles; la revuelta fue reprimida con sangre y sofocada en algunas horas. El levantamiento es un emblema de la asociación entre ideales socialistas, patrióticos y nacionalistas.

⁵⁹ Las enfermedades mentales, calificadas de «taras», serían, según él, hereditarias y la criminalidad estaría relacionada con el atavismo (los «criminales de nacimiento»).

⁶⁰ Ludwig, E., *Entretiens avec Mussolini*, Albin Michel, París, 1932.

⁶¹ Oficiales encargados de ejecutar la decisión de los magistrados.

⁶² Miller J. y Mylroie L., *Saddam Hussein*, Random House, Nueva York, 1990.

⁶³ *The Wall Street Journal*, febrero de 1991; véase sobre el mismo tema la entrevista filmada de Baram A., historiador de Irak, en *Tyrants and Dictators*, Go Entertain Editor, 24 de octubre de 2011.

⁶⁴ Véase Declaración de Churchill, el 12 de mayo de 1919, citada por Gilbert M. (1991), *Winston S. Churchill*, vol. 4, Heinemann, Londres: «No entiendo esta excesiva delicadeza en la utilización del gas. Hemos adoptado definitivamente la posición, en la conferencia por la Paz, argumentando a favor del mantenimiento del gas como un instrumento permanente de guerra. Es puro artificio lacerar a un hombre con fragmentos perniciosos de una explosión de obús tan to como hacerle llorar los ojos con gases lacrimógenos. Estoy decididamente a favor del uso de gas venenoso contra las tribus incivilizadas. El efecto moral debería ser tal que la pérdida de vidas humanas debería reducirse al mínimo».

⁶⁵ C reacción oficial del ejército de tierra, el 21 de junio 1921.

⁶⁶ Véase *Onclé Saddam* (2000), filme dirigido por Joël Soler.

⁶⁷ Gide, A., *Voyage au Congo* (1927-1928), Gallimard, París, 1995.[Trad. cast.: *Viaje al Congo*, Península, Barcelona, 2004].

⁶⁸ El 28 de julio de 1885, Jules Ferry afirmó en su discurso ante la Cámara de diputados: «Hay que decir abiertamente que las razas superiores tienen un derecho frente a las razas inferiores. Repito que hay para las razas superiores un derecho, porque tienen un deber. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores». Esta posición fue el comienzo del fin de su carrera política.

⁶⁹ La fecha de nacimiento exacta sigue siendo imposible de verificar: su certificado de nacimiento fue establecido recién en el año 1974, en Bangui.

⁷⁰ Látigo hecho de cola de hipopótamo.

⁷¹ Véase www.afrik.com, entrevista con Antoine Madoumou, historiador congolés, el 1 de agosto de 2006.

⁷² Germain, E., *La Centrafrique et Bokassa, 1965-1979: Force et déclin d'un pouvoir personnel*, L'Harmattan, París, 2001.

⁷³ Véase Titley, B., *Dark Age: The Political Odyssey of Emperor Bokassa*, Liverpool University Press, Liverpool, 1997.

⁷⁴ Oficialmente, el 4 de diciembre de 1976.

⁷⁵ En el punto más álgido de la rebelión, en 1928, se contabilizaban cincuenta mil combatientes.

⁷⁶ Congregación del Espíritu Santo.

⁷⁷ La otra hipótesis planteaba que su madre había elegido su nombre consultando un calendario y que optó por el de S. Jean B. de L., el acrónimo de San Juan-Bautista de la Salle.

Table of Contents

LA INFANCIA DE LOS DICTADORES

PREFACIO

1. POL POT

Entre dos mundos

La vía real

Una sonrisa tan agradable

Los jefes jemereros rojos en pantalones cortos

De S aloth Sar a Pol Pot

2. IDI AMIN DADA

Brujería y despedazamiento

La herencia de sangre

El rey de la jungla

Masacres y cuentos de hadas

3. S TALIN

¿El hijo de Besó el Chiflado?

Sintecho y superdotado

La voz de Dios, la belleza del diablo

Eros y Thánatos

Rimas de sangre

4. GADAFI

El niño milagro

El pirata del desierto

5. HITLER

El aduanero priápico y la pastora ingenua

El niño de reemplazo

Pánico en medio de las tinieblas

Metamorfosis

6. FRANCO

Tristes trópicos entre los tradicionalistas

[La fortaleza vacía](#)

[El retacón heroico](#)

7. MAO

[Fetichismo feudal y devociones campesinas](#)

[El «niño de piedra» se despierta](#)

[Cabezas que ruedan](#)

[La marcha del gigante rojo](#)

8. MUSSOLINI

[Secretos de familias, machos y palabras](#)

[Entre la hoz y el martillo](#)

[Pasar al acto](#)

[El lobo sale del bosque](#)

9. SADAM HUSEIN

[El que no debía nacer](#)

[La sangre de la tierra](#)

[Los orígenes de la locura](#)

[El aprendiz](#)

[El ascenso del dios viviente](#)

10. BOKASSA

[Caza de mariposas y caza de hombres](#)

[Grisgrís contra los fusiles](#)

[Los fantasmas de la libertad](#)

NOTAS

